

Boletín oficial del



# Arzobispado de Burgos

Arzobispado  
de Burgos



Tomo 156 – Núm. 10  
Octubre 2014

# BOLETIN ECLESIASTICO

## DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración  
RESIDENCIA ARZOBISPAL

*El Arzobispo*

### Homilía



I

### FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE ALTAMIRA

(Parroquia de Santa María, 12-9-2014)

De hoy en un mes, estarán reunidos en Roma el Papa y los presidentes de las Conferencias Episcopales de todo el mundo, para preparar el documento-base sobre el Sínodo de la Familia, que se celebrará en Roma en octubre de 2015. Pienso que es una oportunidad de gracia que Dios nos da para que reflexionemos y recemos sobre la familia, esa gran institución que él ha creado para prolongar la sociedad y la Iglesia. Por eso, vamos a reflexionar nosotros en este día de la Patrona de Miranda sobre la Virgen como modelo de Esposa

y Madre para los esposos y padres de este momento. Fijémonos, en primer lugar, en María como Esposa ideal.

Cuando un chico y una chica de la época de José y María decidían unirse en matrimonio, realizaban dos actos. El primero se llamaba “los esponsales” o “desposorios” y se celebraba un año antes del matrimonio. Consistía en algo parecido a lo que en esta tierra se llamaba “la pedida”. El novio y la novia no iban a convivir juntos, sino que permanecían en casa de sus padres. El segundo era el matrimonio propiamente tal, y consistía en que el novio iba a casa de la novia y la traía a su casa. El evangelio de san Mateo nos describe estos dos actos en estas palabras: “Estando José desposado con María, antes de que convivieran, resultó que ella esperaba un hijo”. “Estando desposados” y “antes de que convivieran” indican con claridad que José y María habían celebrado los esponsales para contraer matrimonio, pero todavía vivían cada uno en casa de sus padres. El mismo san Mateo nos cuenta también que cuando san José estaba pensando romper esos esponsales, al ver que María esperaba un hijo, el ángel del Señor se le apareció y le dijo: “No tengas miedo en casarte con María, pues lo que hay en Ella viene del Espíritu Santo”. Y luego añade que José obedeció al ángel y “la llevó a su casa”, es decir, se casó con ella.

José y María no tuvieron relaciones íntimas, porque María había hecho promesa de permanecer siempre virgen y José lo había aceptado. De hecho, María no tuvo más hijos que Jesús, cuya concepción fue virginal y obra del Espíritu Santo.

Pero el matrimonio no se reduce a tener relaciones sexuales y el no tenerlas no invalida que María y José fuesen verdaderos esposos. Lo fueron, porque se hicieron entrega de sus personas como esposos. María fue verdadera esposa de José y José fue verdadero esposo de María. Vivieron juntos hasta la muerte de José, que falleció antes que María; probablemente cuando Jesús comenzó su ministerio público. En ese momento Jesús tenía unos treinta años; María unos cuarenta y cinco y José unos cincuenta.

El Evangelio no cuenta muchos detalles del matrimonio de José y María, porque a los evangelistas les interesaba narrar, sobre todo, lo que Jesús hacía hecho y había dicho: su vida y sus enseñanzas. Por lo que hacían las mujeres casadas de Nazaret, sabemos que María molía en casa el trigo o la cebada necesarios para hacer el pan del día; hacía cada día la hornada de pan, atendía las labores de casa: recoger las esteras donde se dormía, hacer la comida, ir a la fuente del pueblo a buscar agua, lavar la ropa, adecentar el taller de José, iba cada sábado a la Sinagoga para escuchar la Palabra de Dios y hacer las oraciones comunitarias, y subía a Jerusalén por la Pascua y Pentecostés.

Pero la vida de María y José tuvo momentos muy particulares y ellos los vivieron como esposos que se aman profundamente. Uno de ellos tuvo lugar al poco de casarse. Cuando María estaba muy avanzada en su embarazo, el emperador Augusto mandó hacer un censo de todos los varones. Éstos tenían que dar su filiación completa en el lugar donde habían nacido, no donde vivían. José era natural de Belén, que distaba de Nazaret unos ciento cuarenta kilómetros. José tuvo que ponerse en camino estando María en la situación que estaba. Por eso la llevó consigo. El recorrido del camino era muy penoso, especialmente por la distancia. María no protestó ni culpó a José pasar tantas incomodidades.

Tampoco protestó cuando José no encontró en su parentela de Belén nadie que le diera albergue y todo lo que pudo ofrecer a María para el parto fuese un establo de animales. Ni tampoco se rebeló contra José cuando, al poco del nacimiento de Jesús, de noche le dijo que tenían que ponerse en camino hacia Egipto, porque Herodes buscaba al Niño para matarlo.

Nos gustaría saber cómo cuidó María a José en el momento de la muerte. No es difícil imaginar que se desvivió por él y le cuidó con todo esmero. Por otra parte, si María es la llena de gracia y, por tanto, en ella no hay el menor rastro de pecado, su comportamiento con José fue siempre un modelo de cariño, de comprensión, de ayuda, de disculpa de sus limitaciones, de apoyo incondicional en todo. Un modelo, por tanto, de esposa. Más aún, el modelo de la esposa ideal.

2. Algo semejante cabe decir de su maternidad. María fue verdadera Madre de Jesús. Ella aportó en esa maternidad, lo mismo que aportan todas las mujeres que son madres. Ella concibió por la acción del Espíritu Santo, pero la gestación fue igual que la nuestra. Luego, aunque el nacimiento fue virginal –“a la manera de un rayo de sol entra por un cristal sin romperle ni marcharle”, decía el Catecismo que muchos hemos aprendido–, fue verdadero alumbramiento. Después del nacimiento, María hizo con el Niño Jesús lo que hacéis todas las madres con los niños pequeños: darle el pecho, limpiarle, cambiarle los pañales, enseñarle a hablar y a andar, y todo lo demás.

Todos sabemos cómo reaccionó cuando Jesús se perdió: tres días buscándole llena de dolor y angustia. Y cuando Jesús le contestó, por qué me buscabais, Ella no comprendió la respuesta, pero la aceptó con fe.

Cuando Jesús se fue de casa para su ministerio, Ella no se lo impidió; al contrario, le dio su bendición y, aunque se quedaba sola, le animó a cumplir su misión. En el momento tremendo de la Pasión, todos volvieron la espalda a Jesús: un discípulo le vendió y traicionó, otro le negó, los demás le dejaron solo, las autoridades le insultaron y condenaron, el pueblo pidió su muerte,

Pilato lo mandó crucificar. En medio de tanto abandono y dolor, María es la única que –con un grupo de parientes y amigas– da la cara y se hace presente en el momento de la cruz: “Estaba junto a la Cruz, dice san Juan, su Madre”. Un poco más tarde, Ella acogió entre sus brazos el Cuerpo muerto de Jesús y acompañó su sepultura. ¡¡Qué gran Madre fue María!!

Queridos hermanos. Las circunstancias de nuestra sociedad son muy diferentes de las que le tocó vivir a María como Esposa de san José y Madre de Jesús. Pero así como “la campana suena igual, aunque la cambien de sitio”, –porque el sonido no depende del sitio sino de la campana– el matrimonio cristiano tiene que seguir siendo como el de María y José, aunque hayan cambiado mucho las circunstancias: esposo y esposa, juntos hasta que la muerte les separe y entregados en cuerpo y alma el uno al otro, para hacerse la vida agradable y ayudarse a recorrer el camino que conduce al Cielo. Así mismo, las relaciones entre las madres y los hijos, no obstante todos los cambios sociales que hay respecto al tiempo de la Virgen, tienen que mantener el mismo clima de entrega, de amor incondicional, de ayuda para que sigan la vocación a la que Dios les llame, de compañía en los momentos difíciles que la vida pueda depararles: enfermedad, paro, dificultades en el matrimonio, infidelidades y traiciones, y tantas cosas.

Se lo pedimos a la Santísima Virgen de Altamira para todos los esposos y padres y madres de Miranda y su comarca.



## II

### **FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VIÑAS**

(Aranda de Duero, 14-9-2014)

La celebración de la Virgen de las Viñas tiene lugar este año en el marco de la exposición de las Edades del hombre en Aranda, sobre el misterio de la Eucaristía en el arte castellano. Es obligado, por tanto, hablar de María y la Eucaristía y preguntarnos: ¿Qué relación tiene María con la Eucaristía y cuál es el mensaje que nos trasmite a nosotros?

Las relaciones de María con el misterio eucarístico son muchas e importantes. Podemos fijarnos en estas tres: María hizo posible la Eucaris-

tía, María consintió en el ofrecimiento del sacrificio que se actualiza en la Eucaristía y se unió íntimamente a él, y María vivió toda su vida con una dimensión eucarística.

En primer lugar, María hizo posible la Eucaristía. En efecto, la Eucaristía es el sacramento del sacrificio que Jesucristo ofreció por la salvación del mundo en el altar de la Cruz. Ese sacrificio pudo realizarlo, porque Jesucristo era hombre. Si sólo hubiera sido Dios, no habría podido hacerlo. Ante todo, porque Dios no puede ofrecerse el sacrificio de sí mismo. Además, el sacrificio tenía que ofrecerlo alguien que fuera hombre y representara a los hombres, que eran los que habían ofendido a Dios. Jesucristo necesitaba un cuerpo y una sangre humana. Y lo recibió de su Madre, la Virgen. Gracias a ello, pudo entregarse por nosotros y salvarnos del pecado y de la muerte eterna. No cabe, por tanto, mayor vinculación con la Eucaristía que la que tuvo María.

Por otra parte, la Eucaristía es, no sólo un sacrificio que Jesucristo ofrece por nosotros al Padre, sino que es un sacrificio en el cual nosotros participamos, sobre todo, por medio de la comunión sacramental. Lo que nosotros comulgamos es el cuerpo y la sangre que previamente hemos consagrado y ofrecido. Ciertamente lo comemos y bebemos bajo las especies de pan y vino. Pero realmente no de modo metafórico o meramente espiritual. Si nosotros podemos participar en la Eucaristía, sobre todo, mediante la comunión, se debe a la Virgen María hizo posible ese sacrificio y esa comunión.

Veamos ahora el segundo aspecto de la relación de María con la Eucaristía: el consentimiento que Ella dio a su Hijo para que entregara su vida por nosotros. El plan de salvación que Dios había previsto después del pecado de nuestros primeros padres –y que nosotros contraemos al ser concebidos– preveía que su Hijo muriera por nosotros. Jesús tenía que entregarse voluntariamente a esa muerte redentora. María, en cuanto Madre verdadera de Jesús, tenía derecho, de alguna manera, a la vida de ese Hijo. Hace falta ser madre y tener un hijo tan bueno para saber el dolor inmenso que supuso para María aceptar y consentir que su Hijo muriera en la Cruz. Sobre todo ante los dolores, burlas y desprecios que acompañaron su muerte. El dolor de la Virgen fue inmenso; la liturgia de la Iglesia pone en sus labios estas palabras: “Mirad y ved si hay dolor como mi dolor”.

María, además, no se contentó con consentir al sacrificio de su Hijo, sino que se asoció amorosamente a él, aceptó morir místicamente con él, siendo corredentora con él. Ofreciendo el sacrificio de Jesús en unión con él, la Virgen María realizaba su propio sacrificio.

Finalmente, María está unida íntimamente a la Eucaristía con toda su vida, de tal modo que puede considerarse como “vida eucarística”.

La Eucaristía es, en efecto, un misterio de fe tan grande, que supera del todo nuestro entendimiento y nos obliga a un total abandono a lo que dice la Palabra de Dios. Cuando María concibió a su Hijo, tuvo que fiarse completamente de lo que le decía el ángel de parte de Dios: “Concebirás y darás a luz un hijo por obra del Espíritu Santo”. Ella se fió y, efectivamente, se convirtió en la Madre de Jesús por obra del Espíritu Santo.

Esta actitud de fe la mantuvo a lo largo de toda la vida de su Hijo, para admitir que ese Hijo, que crecía y se desarrollaba como los demás chicos y jóvenes de Nazaret, era Dios. Sobre todo, en el momento tremendo del Calvario, cuando su Hijo era vencido y derrotado por sus enemigos y, además, se sentía como abandonado del Padre: “Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?” Ella no desfalleció en su fe sino que continuó fiándose de la Palabra de Dios, que le había dicho: “Al tercer día resucitará”. ¡Qué fe tan enorme!

Ya hemos visto que María se unió al sacrificio de su Hijo en el Calvario. Pero esta actitud marcó toda vida. Baste pensar que cuando Simeón le dijo –al presentar al Niño Jesús en el Templo– que ese Hijo “será signo de contradicción” y a Ti “una espada te atravesará el alma”, preanunciaba el drama de su Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el momento de estar al pie de la Cruz. Desde entonces, María vivió con la mente y el corazón el momento del Calvario y fue preparándose día a día para ese momento. Al hacerlo, “María vive una especie de Eucaristía anticipada, una ‘comunidad espiritual’ de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con su Hijo en la pasión y se manifestará después –en el periodo pascual–, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles” (Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía*, 56-a).

¿Qué enseñanzas podemos deducir para nuestra vida, como devotos de la Virgen de las Viñas? Pienso que, ante todo y sobre todo, esta: que nuestra vida tiene que estar tan unida a la Eucaristía como lo está la de nuestra Madre. Para ello, es imprescindible que participemos en la misa los domingos. La misa del domingo es la misa de la comunidad cristiana y en la que nos encontramos como hermanos en torno a Jesucristo, para ofrecer, junto con él, nuestros trabajos, nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestras penas y necesidades. Un domingo sin participar en la misa no es un domingo cristiano ni un domingo de un devoto de la Virgen de las Viñas.

Quizás alguno piense que es poco. Yo preferiría decir que, sin serlo todo, es algo muy importante; más aún, imprescindible. Hoy no se lleva ir a misa el domingo y se deja de ir por cualquier bagatela. Yo os invito a ir contracorriente y a dar a la Virgen de las Viñas la alegría de acudir y participar con Ella y como Ella cada domingo en el sacrificio de su Hijo y sacar de la Eucaristía las fuerzas que necesitamos para vivir cada día

mejor nuestra fe de cara a Dios y a nuestros hermanos. Lo pedimos así a Santa María. Así sea



### III

## FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

(Catedral, 14-9-2014)

“Nosotros hemos de gloriarnos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en él está nuestra salvación, vida y resurrección; él nos ha salvado y liberado”. Estas palabras del introito de la misa –que hemos cambiado por el canto de entrada– son un resumen y una glosa de toda la teología de san Pablo. Pero son también las palabras que llevaron a Pablo a ser el gran perseguidor de los cristianos.

Él, como culto fariseo, pensaba que la salvación era consecuencia de una observancia meticulosa de la Ley mosaica; y como buen judío, pensaba que el Mesías vendría a librarles de la dominación romana y traerles un reino de prosperidad material. Por eso, cuando los Apóstoles comenzaron a predicar que Jesús era el Mesías y que el Crucificado era el Salvador del mundo, reaccionó no sólo de modo negativo sino violento: ¡Aquello era una blasfemia y había que acabar con quienes la propagaban!

Por si fuera poco, él era un judío helenista, que hablaba el griego y había adquirido una notable cultura griega en su ciudad de Tarso, que sobresalía entre las más cultas. Para un griego culto, lo más importante era la sabiduría, el saber. ¿Cómo admitir que la persona más deseada y amada tenía que ser un ajusticiado en una cruz? ¡Eso era una locura! Si existía un Salvador, tenía que ser un héroe y un sabio.

Dios, sin embargo, pensaba de modo diferente. Su plan sobre el hombre que se había rebelado contra él en el Paraíso no era la destrucción sino la salvación; y una salvación no con gloria y poder sino con humildad y amor. Si el hombre había sido vencido en un árbol, en un árbol debía ser salvado. Ese árbol salvador sería la Cruz. No importaba que esto fuese un escándalo para los judíos y una locura para los griegos. Así, con ese absurdo y esa locura, el mundo fue salvado y liberado del pecado y de la muerte eterna.

Desde ese momento, la Cruz no fue el castigo más infamante y el objeto más odiado, sino el instrumento más amado y venerado. Lejos de ser un instrumento de castigo y de vergüenza, se convirtió en estandarte de salvación. Realmente, no exageraba Jesús cuando le dijo a Nicodemo las palabras que nos ha recordado el evangelio: “Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que nadie perezca”. ¡La cruz fue una locura y un escándalo, pero una locura y un escándalo de amor! Sólo el amor hizo posible que el Hijo de Dios se humillara hasta la muerte y una muerte de Cruz. Sólo el amor y la misericordia trocaron en salvación lo que era instrumento de condena.

Pablo no lo entendió al principio, aunque era un judío piadoso y un hombre culto. Lo comprendió cuando el mismo Crucificado se lo hizo entender en el camino de Damasco. Cuando lo comprendió, ya no fue capaz de predicar otra cosa que a Cristo y a éste crucificado.

Queridos hermanos: estamos celebrando la Exaltación de la Santa Cruz. Es decir, la fiesta que proclama y confiesa que la Cruz es un trono de gloria y de triunfo, el lugar más sagrado de la tierra, porque en ella murió el Autor de la vida, y el templo más santo, porque en él se ofreció el sacrificio con el cual fueron salvados todos los hombres y mujeres del mundo. Con esta fiesta celebramos y confesamos que en la Cruz –y sólo en la Cruz– está el Salvador del mundo, el vencedor del pecado y de la muerte, el restaurador de la nueva creación. No exageraba el introito de la misa cuando cantaba –como decíamos al principio– que en ella está nuestra “gloria y resurrección”.

Nuestra salvación y la salvación de la humanidad no está en tener cada vez más dinero, en no carecer de ninguna comodidad, en disfrutar de la vida sin cortapisas, en imponernos con la fuerza y el poder a los demás, en las ofertas que nos hacen a diario los anuncios de las televisiones y las revistas. Nuestra salvación está en acoger a Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros y dejar que su ejemplo y sus enseñanzas rijan nuestros proyectos de vida, nuestro trabajo, nuestro matrimonio, nuestra convivencia social.

Hermanos: nosotros tampoco entendemos este mensaje. Más aún, lo rechazamos, como lo rechazaba san Pablo antes de su conversión. Pensamos –como pensaba él– que esto es una locura, y un escándalo para el hombre progresista y cultivado del siglo XXI. Nuestra mentalidad es como la suya.

Por eso, necesitamos que el Crucificado realice con nosotros el mismo milagro y tenga con nosotros la misma misericordia que tuvo con él. Necesitamos que el Crucificado cambie nuestra mentalidad pagana en una mentalidad cristiana. Esta tarde se lo pedimos con humildad y con fe al

Santo Cristo de Burgos. Que él nos conceda la inmensa gracia –porque es gracia muy grande– de mirar hacia el árbol de la Cruz con verdadero dolor por nuestros pecados y el firme deseo de cambiar nuestros modos de pensar y nuestros modos de obrar.



#### IV

### HOMILÍA EN LA INAUGURACIÓN DE CURSO 2014-2015

(Seminario Menor, 17-9-2014)

Estamos celebrando esta Eucaristía para implorar al Señor los dones para este grupo que quiere formarse, dejándose modelar según el corazón de Cristo, y un día atender y servir con el espíritu de Cristo y la unción sacerdotal a los fieles cristianos de las Diócesis de Burgos, La Rioja y Soria.

Me venía a la mente que muchas de las personas a las que vais a servir, necesitan muy particularmente al ministro de Cristo. Son como un conocido mío, que deambula por las calles sin rumbo fijo, buscando saciar sus necesidades, buscándolas a veces en los contenedores, cuando él tiene un abundante haber. Lo hace porque tiene un tanto alteradas sus facultades, y no vive conscientemente la realidad de su vida.

Hay junto a nosotros muchos hermanos nuestros que buscan la felicidad, y quieren saciar ese deseo profundo de necesidades, de aspiraciones. Van buscando saciarlas en charcas, charcas donde hay aguas contaminadas, y en lugar de ser cada vez más felices, sienten cada vez más el vacío profundo del sentido de la vida. Más aún, muchos de ellos, llegan a la conclusión de que la vida no vale la pena vivirla, que ya han experimentado todo lo que podía satisfacerlos. Tantos de ellos consciente y voluntariamente, aunque en su corta inteligencia y claridad mental, deciden acabar con sus vidas. Hay muchos que mueren en la carretera, pero hay muchos más que mueren por suicidio.

Nosotros, los sacerdotes, y, vosotros, los que deseáis formaros para un día recibir el don sagrado del ministerio, no podemos ser indiferentes a estas realidades y por eso tenemos que aprovechar este tiempo en todos los

órdenes. Desde un orden físico, el intelectual, desarrollando las capacidades de conocer y de saber la cultura de nuestro tiempo. Además hay que tener la capacidad de adquirir todo el conocimiento de Dios, a través del estudio de la revelación, de lo que Dios nos ha manifestado de sí mismo y de la indagación por la razón para conocer, en la medida de lo posible, más y mejor lo que Dios nos ha revelado.

Pero si son necesarios estos datos o estos conocimientos, es mucho más importante el que vosotros tengáis una sintonía de mente y corazón con quien es el poseedor pleno de ese ministerio, del cual un día participaréis. Y para ello, ya sabéis la ley de los vasos comunicantes. Si establecéis un punto de conexión con Aquel que tiene la plenitud de la riqueza del espíritu, podréis participar en comunión con Él de la reserva maravillosa que Él posee.

Y me viene a la mente una imagen: la electricidad condensada en una batería fuerte, inmensa batería. Si no se establece una conexión en la que yo pueda participar de la electricidad que posee esa batería, no pasará nada, por muy cerca que esté de ella, en todo caso quizás algún calambrazo. Pero si yo establezco un conducto habitual con esa batería, me estará pasando una porción importante de esa electricidad que hace que yo pueda iluminar o que pueda mover un motor o que pueda dar energía a otros.

Ya me habéis entendido que esa batería fenomenal es Cristo y que solo en la comunión con Él tendréis una gran participación de esa electricidad, de esa capacidad de iluminar, de esa capacidad de dar calor y energía.

Y, ¿cómo se establece esa conexión con Él? A través del conocimiento de Él, a través de la participación de sus sacramentos y a través de la oración. He dicho tres cosas.

*Conocimiento.* Para conocer a una persona hay que amarla. Y cuanto más se la ama, más capacidad hay de conocerla. Seguro que conoces a Jesús, pero seguro que le puedes conocer mucho más. Pues yo pondría en tu corazón el deseo de conocerle más y más, sin límite. Y eso puede ser una petición que tu le manifiestas al Señor: ¡hazme conocerte! Todos estos sacerdotes estamos para ayudarte. Los instrumentos no te van a faltar. Desde la lectura del Evangelio, a la reflexión y el rumiar y contemplar lo que has leído en él.

*La participación en la Eucaristía.* La participación en la comunión. La participación en la confesión, porque con esa luz de Cristo descubrirás en tu corazón tantas cosas que hay que abandonar y despojarse de ellas, o porque son claramente incompatibles con la amistad de Jesús o porque te hacen perder la electricidad inútilmente. Y entonces se va a la enfermería, se cicatriza esa herida y no hay pérdidas inútiles sino que toda la comunicación de la energía se va condensando en tu corazón para que tú puedas servir a los demás.

Digo que todos los sacerdotes estamos para ello. Hay algunos que lo están específicamente: el director espiritual. Pero también los formadores. La sencillez para abrirte, para contar, para abrir tu alma con esa persona que te va a ayudar es fundamental. Porque si uno es como un animal que no habla, pues necesita un veterinario. Pero como nosotros hablamos, solo necesitamos un médico al que podemos expresar lo que nos pasa: es que estoy enfadado, es que es con éste... Después que lo manifestamos, se puede remediar más fácilmente.

Pero hay otros que son formadores y que van a tratar de sacar de tí capacidades buenas, que tienes, para desarrollarlas. Y hay otros especialmente dedicados a tu capacitación humana e intelectual.

Yo le pido al Señor que comencemos el curso con deseos grandes, con deseos altos, no con aspiraciones mínimas. Que tú le digas al Señor, en tu corazón, y quienes estamos junto a tí porque te apreciamos, comenzando por los papás, las familias, que le digas: ¡Señor, más, más! Y no te contentes con pasos de pulga. Sino que estés dispuesto a crecer y desarrollar tantas cosas nobles, que el Señor ha sembrado en tí y que en tu casa han tratado de potenciar. Así tu sabrás ayudar un día a esos hombres y mujeres desorientados. Que la felicidad, esa felicidad que buscan, no está en tener mucho dinero o en tener muchos placeres sino en saber descubrir en sus propios corazones esa vocación humana y cristiana de mirar a Dios, de saber descubrirle y acoger los designios de Dios sobre su propia persona. Y no serán hombres y mujeres que van por ahí, por las calles, sin sentido, sin ilusión ninguna, como pobretones, buscando saciar su hambre de felicidad en charcas podridas. Necesita saber que él es querido por Dios y que Dios es su amigo. Para ello os quiere el Señor un día, para esto nos quiere a nosotros el Señor como ministros suyos. Para llevar el gozo de su salvación, aquí en la tierra, a tantos jóvenes, niños y mayores que de otra manera pueden tener riquezas, pueden tener lujos, pueden tener satisfacciones, pero sus corazones están tristes y deprimidos porque no han descubierto el sentido de sus vidas.

Le pedimos a la Virgen que os acompañe. Ella hizo de madre para Juan, el discípulo querido, cuando Jesús nos había dejado el hueco de su ausencia visible. María sustituía la ausencia de su Hijo con una presencia que mantenía unidos a los apóstoles. Vamos a pedirle a la madre que el curso que hoy iniciamos sea especialmente fecundo para todos los que os aprovecháis de todo este servicio que las diócesis hacen por vosotros en beneficio de vuestro posible sacerdocio.



## V

**ENCUENTRO NACIONAL DE CONFRADÍAS DEL ROSARIO**

(Caleruega, 21-9-2014)

Estamos celebrando el domingo 25 del Tiempo Ordinario y, a la vez, la clausura del Encuentro Nacional de Cofradías del Rosario, aquí en este emblemático lugar. Permitidme una palabra sobre cada una de ellas.

1. El evangelio nos ha recordado una parábola muy conocida y muy propia de este tiempo de vendimia. Un labrador salió a la plaza del pueblo –como ocurría en esta tierra hace décadas– a contratar jornaleros para ir a la vendimia. Salió a las nueve, y contrató los que había en un denario, que era el jornal habitual de un día de trabajo en el campo. Luego salió a las 12, a las 3, a las 5 y casi a la puesta del sol, diciéndoles a todos: “Id a mi viña y os pagaré lo que sea justo”. Siguiendo la costumbre, al finalizar la jornada pagó el salario, comenzando por los últimos. Aunque sólo habían trabajado una hora, les dio un denario.

Los que habían aguantado el peso del día y del calor, pensaban que recibirían mucho más, pero únicamente recibieron un denario. Se enfadaron con el dueño y le echaron en cara que les hubiese pagado como a los que apenas habían hecho nada. Pero él, les contestó: “¿No os he pagado el jornal convenido? ¿No puedo hacer con lo mío lo que quiera, o es que vas a tener envidia de que yo sea generoso?”.

La enseñanza de esta parábola es muy rica. Ante todo, indica que Dios ofrece su salvación a todos. Los judíos pensaban que sólo ellos eran los destinatarios y que los demás quedaban excluidos. Pero Jesucristo se hizo hombre para salvar a todos y murió por todos: por los judíos y por los gentiles (que eran todos los demás). Ni unos ni otros tenían derecho, sino que fue un don gratuito de Dios. Los judíos protestaron cuando Pablo y los demás apóstoles se dirigieron a los gentiles para llamarles a la fe y al bautismo; pero ellos siguieron haciendo esa llamada y esa convocatoria.

Es una lección siempre actual. Dios quiere que todos los hombres se salven: los de Europa y los de Asia, África o China. Pidamos al Señor que todos esos pueblos reciban su mensaje y abracen la fe.

La segunda gran enseñanza es que Dios llama en todos los momentos de la vida: cuando somos niños, jóvenes, adultos y ancianos. Incluso no es infrecuente que llame a la conversión y a la salvación en el momento de la muerte. Hay casos muy conocidos y recientes sobre este particular. Es lo que

ocurrió con Gramsci, el fundador del partido comunista italiano y con la Pasionaria. Ambos se confesaron cuando ya estaban a la puerta de la muerte. También el magnate de las editoriales italianas, Mondadori. Después de una vida muy desarreglada, en la que, entre otras cosas, había tenido dos divorcios, al final de su vida rectificó públicamente y murió como un santo. Si, finalmente murieron en amistad con Dios, todos habrán ido al Cielo.

¿Es injusto Dios haciendo esto? No lo es. Porque la gracia es un don; lo mismo que lo es la perseverancia final. Nosotros no entendemos este plan de Dios y reaccionamos como los de la parábola: protestando contra este modo de proceder de Dios. Sin embargo, lo correcto es que le agradezcamos que desde niños nos bautizaran y luego hayamos recibido tantísimas gracias. Y que le pidamos vivir y morir en su amistad. Así mismo, hagamos el propósito de llevar nosotros, en su nombre, el anuncio de la fe y de la misericordia a nuestros parientes, amigos y conocidos. Sin preocuparnos de que puedan estar muy lejos. Dios va con nosotros y puede convertirlos, como en los casos a los que antes me he referido.

2. La celebración de vuestro Encuentro Nacional nos brinda la oportunidad de recordar que el Santo Rosario sigue siendo una oración actual y maravillosa. Pablo VI, que pronto será declarado beato, dijo en una exhortación apostólica de 1972, que el Rosario cumple perfectamente lo que el Vaticano II pide a la piedad de la Iglesia, a saber: que sea bíblica, trinitaria y cristológica.

Lo de ser bíblica, es una evidencia. Porque los misterios son un resumen perfecto de la vida oculta y pública de Jesús, de su pasión, muerte, resurrección y ascensión, y del envío del Espíritu Santo. Es trinitaria, porque todos los misterios concluyen con la doxología menor: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”. Es cristológica, porque todo el Avemaría está orientado hacia la última palabra: “de tu vientre, Jesús”. Es además una oración de ferviente súplica por nuestras necesidades y las de todo el mundo, especialmente por la Iglesia.

El Rosario, por tanto, no ha pasado de moda. Baste pensar, por ejemplo, que los últimos Papas han sido muy devotos de él. San Juan XXIII rezaba a diario las tres partes; san Juan Pablo II, estaba siempre con él e introdujo los “misterios luminosos”; Benedicto XVI rezaba un misterio entre audiencia y audiencia; y el Papa Francisco reza más de una parte cada día.

Hay muchos cristianos que viven –como vosotros– en medio del mundo y lo rezan a diario: padres de familia, profesionales, amas de casa, profesores universitarios, directoras de empresas de moda, etc. Sin contar que es práctica diaria de todos los conventos y monasterios de religiosos y religiosas.

Os animo a que sigáis rezando el rosario vosotros y a que seáis apóstoles del rosario; sobre todo en vuestra familia. Si se unen los hijos, estupendo; y si no se unen, habrá que rezar más por ellos.

Rezadlo con amor y devoción. Para ello, contemplad los misterios, poned intenciones en cada misterio, fijaos en alguna palabra del Avemaría o del Padre Nuestro. La letanía –que tienen 50 piropos a María– puede ser un modo estupendo de acordarnos de Dios y de pedir por tantas necesidades que hoy hay en el mundo y en la Iglesia. Os lo recomiendo de modo especial para este mes de octubre, mes consagrado al rosario y, este año, espacio donde se celebrará el importantísimo sínodo sobre la familia. Acudamos a María, pidiéndole que guíe los trabajos de los Padres sinodales, les haga sensibles y perspicaces para ver las necesidades de la familia actual, y dóciles a lo que les pida el Espíritu Santo.

Demos gracias a Dios por los abundantes frutos que se cosecharán como consecuencia de este Encuentro Nacional y pidamos al Señor que bendiga vuestras familias y vuestros trabajos profesionales y apostólicos.



## Mensajes

### I

## VUELTA A LA VIDA DE CADA DÍA

(Cope, 7-9-2014)

Pienso que muchos de los lectores habituales u ocasionales de esta columna habréis disfrutado de unos días de vacaciones. Otros, quizás habéis tenido que contentaros con los fines de semana y poco más. Incluso no faltarán quienes, en lugar de descansar, han tenido que hacer frente a situaciones especiales que les han supuesto un esfuerzo supletorio. De todos modos, independientemente de las circunstancias del verano, con septiembre volvemos a la normalidad y tenemos la sensación de comenzar o recomenzar de nuevo. ¿Qué podríamos plantearnos para esta nueva andadura?

Personalmente pienso que todos hemos de aspirar a ser mejores personas y proponernos hacer todo el bien que podamos a los que se crucen en el camino de nuestra vida, comenzando por la mujer, el esposo, los hijos y los compañeros de trabajo. Dentro de este capítulo habría que pensar en algún gesto solidario con los enfermos, ancianos solos, matrimonios en crisis o quebrados, emigrantes, parados. Si todos damos parte de nuestro tiempo y de nuestro dinero a estas personas, además de sentirnos mucho mejor con nosotros mismos, habremos creado un mundo más humano y más habitable.

Un segundo ingrediente para el nuevo curso que ahora comenzamos es ser más positivos ante la vida: quejarnos menos y disfrutar más con lo que tenemos. Actualmente existe una tendencia muy acusada a quejarnos y lamentarnos de todo. Sin negar que existan dificultades y aspectos

negativos, habrá que convenir que no es lo único ni lo más importante. Necesitamos descubrir tantas cosas positivas y agradables que nos depara la vida: el matrimonio bien avenido, los hijos, los nietos, la comida de cada día, la salud, la amistad, la cobertura social de la enfermedad y de la educación y mil cosas más que nosotros disfrutamos y de las que están privadas muchísimas personas del tercer y cuarto mundo. La visión negativa de las personas y de los acontecimientos tiene el efecto de la tinta del calamar: lo emborrona todo de negro, distorsiona la realidad y no conduce a ninguna parte.

A la hora de volver de nuevo a la vida ordinaria, habría que pensar también en dar a Dios mucho más espacio en nuestra vida. El hombre no es ateo por naturaleza, al contrario, es naturalmente religioso. Cuando contempla la grandeza y belleza de la creación, los fenómenos cósmicos y los grandes acontecimientos se siente superado y necesitado de un ser superior. Esta impresión se agudiza cuando se detiene a preguntarse por los grandes porqués de su existencia: por qué ha venido al mundo, por qué un día morirá, por qué existe el dolor, sobre todo, el de los inocentes, por qué triunfa el tramposo y fracasan las buenas personas y qué hay después de la muerte. El materialismo no resuelve estas cuestiones. Tampoco la ciencia y el progreso. Tiene razón Eagleton, un pensador actual muy escorado, por otra parte, al marxismo, al decir que “el Dios de los cristianos sigue siendo insustituible” y que “ninguna forma simbólica ha igualado la aptitud de la religión por relacionar las verdades más elevadas con la existencia cotidiana de incontables hombres y mujeres”.

Los cristianos deberíamos repensar, de cara al nuevo curso, que la mejor herencia que los padres y abuelos pueden transmitir a sus hijos y nietos es la fe que ellos han heredado. Para ello, no necesitan ser grandes teólogos ni grandes expertos. Si bendicen la mesa antes de las comidas, si Dios es un tema más de las conversaciones, si van a misa los domingos, si ayudan a Cáritas, si dan catequesis en la parroquia, si ven buenos programas de televisión... están creando un clima en el que sus hijos y nietos asimilarán la fe con la misma naturalidad con que respiran el aire puro.

¡Buen regreso y buen comienzo de curso a todos!



## II

**LA FAMILIA CRISTIANA ANTE EL NUEVO CURSO PASTORAL**

(Cope, 7-9-2014)

En los años sesenta y setenta del siglo pasado, la familia española sufrió un fortísimo impacto social y religioso. En ese momento comenzó un declive, paulatino pero creciente, en la transmisión de la fe de los padres a los hijos. El tema “Dios” dejó de aflorar en las conversaciones habituales, los criterios cristianos sobre el sentido de la vida, del dolor y de la muerte dejaron de manejarse y la práctica de la oración en familia y la misa dominical dejaron de ser una costumbre.

Esto no supuso que la mayoría de los padres se hicieran ateos, hostiles o indiferentes al fenómeno religioso. De hecho, siguieron optando por los colegios de religiosos y religiosas para la educación de sus hijos y, con todas las matizaciones que haya que hacer, solicitando el bautismo y la primera comunión para sus hijos. Justo es reconocer que, en no pocos casos, estos sacramentos eran considerados más como momentos de fiesta familiar y una costumbre social que un convencimiento. También es verdad que no pocos padres siguieron preocupándose, incluso más, de la educación cristiana de sus hijos y solicitando esos sacramentos por convencimiento de fe. La mayoría, sin embargo, aunque pedía la enseñanza de la religión en el colegio o instituto y enviaba a sus hijos a la catequesis, sufrió un serio quebranto en su fe.

Estas tendencias se han agudizado en las últimas décadas. En no pequeña medida, debido al ambiente permisivo de la sociedad y a la legislación hostil al matrimonio tradicional. Una de las consecuencias ha sido aumento notable de niños que no han recibido el bautismo. Aunque no hay estudios científicos sobre el particular, la estimación de los agentes de pastoral es que puede oscilar entre un 25 y 30%, con clara tendencia al alza. También ha crecido mucho el número de niños que, estando bautizados, no han tenido un “despertar a la fe” cuando llega el momento de la Primera Comunión.

Como cabía esperar, los párrocos han tomado cartas en el asunto y ofrecen itinerarios para ese despertar religioso, en vistas a la administración de los sacramentos. Pero, sabedores de que ese despertar comporta la implicación de los padres, las propuestas que ofertan no sólo se dirigen a los niños sino también a sus padres. Muchos de estos los toman como una “obligación más” que hay que asumir o incluso “un precio” que hay que

pagar si quieren que sus hijos se bauticen y hagan la primera comunión. Otros se justifican con razones de tiempo y de trabajo. Tampoco faltan los que manifiestan una actitud negativa frente a las propuestas de la parroquia o permanecen pasivos respecto a cualquier iniciativa.

Por lo que respecta a la diócesis, la experiencia del “despertar religioso” para los niños menores de seis/siete años ha sido muy positiva y esperanzadora. Muchos padres y, sobre todo, madres han asistido con regularidad a las catequesis y medios de formación ofertados por sus respectivas parroquias. Es preciso proseguir en este camino y hacer que no sólo aumente el número de padres que asisten a estos medios sino también su interés y compromiso. Los padres han de ser conscientes de que no es un capricho ni, menos todavía, un castigo de la parroquia sino una necesidad imperiosa impuesta por la nueva situación de fe. Además, puede suceder –y sucede– que Dios se sirva del “despertar religioso” de los hijos para que los padres redescubran la fe de modo más genuino y vuelvan a sentir el gusto por la práctica religiosa.

Ante el nuevo curso pastoral y en vísperas del comienzo del Sínodo sobre la familia, deseo confirmar, apoyar y animar a los sacerdotes y catequistas en este empeño de “despertar la fe” de los niños y de involucrar cada vez más a los padres en esta tarea. Deseo también invitar a los padres a implicarse en esta tarea, venciendo todas las dificultades que les salgan al paso. Dios no se deja ganar nunca en generosidad y los frutos serán, a la corta o a la larga, abundantes.



### III

## UN PEQUEÑO GRAN LIBRO PARA EL NUEVO CURSO

(Cope, 21-9-2014)

En su novela “Los hermanos Karamazov”, Dostoievski pone en labios del monje Zósimo estas palabras: “Lee la Sagrada Escritura, léesela a la gente, no espongas grandes teorías, grandes palabras acerca de ella. Deja siempre que sea la palabra misma, con pocas aclaraciones, la que penetre en sus corazones y no temas que la gente no pueda entenderla. El corazón creyente lo entiende todo”.

Aunque estas palabras fueron escritas hace mucho tiempo, su fuerza y verdad tienen gran actualidad. Cada día me convengo más de que la Palabra de Dios es clave para la nueva evangelización, en la que estamos inmersos, y para la renovación espiritual y pastoral de todas las comunidades cristianas. La Biblia y, más en concreto, los Evangelios, son el libro de referencia de todo bautizado. Ciertamente, el Catecismo es muy importante, pero es el “segundo libro”. El “primero” es la Palabra de Dios.

De todos es conocido que personas no cristianas, incluso abiertamente hostiles al cristianismo, han sentido fascinación por el Evangelio. Es el caso, por ejemplo, del director de cine italiano, Pasolini. Un día estaba en una sala de espera, aguardando ser recibido por una persona. Entre las lecturas que se ofrecían al visitante se encontraban los cuatro Evangelios. Pasolini no los había leído nunca, pero decidió coger “ese libro” para curiosear y matar el tiempo. Al abrirlo se topó con el evangelio de san Mateo. Y fue tal el impacto que le produjo que, después de la visita a su anfitrión, no sólo terminó de leerlo sino que decidió llevarlo a las pantallas del cine. Así nació su película “Il vangelo di san Mateo”.

Ghandi no era cristiano pero sentía respeto y aprecio hacia el cristianismo. Un día alguien puso en sus manos los Evangelios. Comenzó a leerlos y ya no dejó de hacerlo en los siguientes veinticinco años de vida hasta su muerte. Estos testimonios son sólo una pequeña muestra. Quien lee el Evangelio da un paso de gigante hacia su encuentro con Jesucristo.

Porque de esto se trata. La lectura del Evangelio no tiene, ante todo, carácter informativo o doctrinal. Su centro es la Persona de Jesucristo: su vida, su doctrina, su pasión, muerte y resurrección, su amor incondicional por todos los hombres y por cada uno en particular. Por eso, no hace falta ser un erudito ni un gran profesor de Sagrada Escritura o tener muchos estudios para comprender el Evangelio. Jesucristo no habló ni obró para los intelectuales, sino para la gente sencilla.

Además, el Evangelio es ante todo un testimonio de fe. Lo más importante es dejar hablar a los Evangelios, tal y como se encuentra ahí, tal y como la Iglesia nos los ha regalado con la ayuda y el sostén del Espíritu Santo. La “fe de los sencillos” les hace acertar con el sentido exacto de un texto bíblico, aunque no posean un conocimiento muy amplio de la historia, geografía y ambiente en que fueron escritos. No se trata de minusvalorar y, menos aún, despreciar los estudios científicos. Pero lo más importante es no perder de vista que los Evangelios son testimonios de fe y para la fe, y que quienes más han penetrado en ellos han sido los santos.

Durante los últimos meses, el papa Francisco ha recomendado a los fieles que estaban presentes en las audiencias de los miércoles que compra-

ran, si no los tenían, unos Evangelios, que los llevaran en el bolso y que los leyeran cada día unos minutos. Incluso aprovechando los desplazamientos en el metro o el autobús.

Por mi parte, me adhiero a esta iniciativa y la propongo para todos los cristianos y para cuantas personas quieran conocer la figura entrañable de Jesucristo. Caminar con los Evangelios a lo largo de los meses del año académico y pastoral que ahora estamos comenzando, me parece una propuesta que está al alcance de todos y que a todos nos vendrá bien ponerla en práctica.



#### IV

### UN NUEVO INTERCESOR PARA LOS BURGALESES

(Cope, 28-9-2014)

Ayer tuvo lugar en Madrid la beatificación de Álvaro del Portillo. Yo tuve la suerte y la dicha de participar en ese fausto acontecimiento, junto con varios centenares de obispos y la participación de muchos miles de personas en la misa que presidió el cardenal Angelo Amato. Fue una gran fiesta de fe cristiana y un cántico de alabanza a Dios Nuestro Señor, de quien procede toda gracia y todo don. Para mí fue un motivo añadido de alegría el hecho de haberle conocido y tratado personalmente y ser arzobispo de una ciudad en la que él vivió durante algunos meses. Durante la ceremonia pensé que desde ahora los burgaleses tenemos otro intercesor en el Cielo.

¿Quién era el Beato Álvaro del Portillo? Hijo de madre mejicana y padre español, nació en Madrid el 11 de marzo de 1914. Después de cursar el bachillerato, hizo la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y la de Filosofía y Letras (Sección de Historia), en la que se doctoró en 1944.

En 1935 se incorporó al Opus Dei y recibió directamente del fundador, san Josemaría Escrivá, la formación y el espíritu de esa institución. En 1944 fue ordenado sacerdote y en 1946 se trasladó a Roma, donde convivió con san Josemaría durante muchos años y del cual fue leal, eficaz y fidelísimo colaborador.

Durante sus años en Roma comenzó una honda reflexión sobre el papel y responsabilidad de los fieles laicos en la misión de la Iglesia, a través del trabajo profesional y las relaciones familiares y sociales. Años más tarde escribiría a este respecto: “En el hospital, la Iglesia no está sólo presente por el capellán: también actúa a través de los fieles que, como médicos o enfermeros, procuran prestar un buen servicio profesional y una delicada atención humana a los pacientes; en un barrio, el templo será siempre un punto de referencia indispensable: pero el único modo de llegar a los que no lo frecuentan será a través de otras familias”.

Como consecuencia de todo esto, los Papas, desde Pío XII a san Juan Pablo II, lo llamaron para desempeñar diversos cargos en la Santa Sede. San Juan XXIII le nombró consultor de la Sagrada Congregación del Concilio y Pablo VI consultor de la Comisión posconciliar sobre los Obispos y el Régimen de las Diócesis. Durante el concilio Vaticano II fue secretario de la Comisión sobre la Disciplina del Clero y del Pueblo cristiano, que preparó el decreto de dicho concilio sobre “La vida y ministerio de los presbíteros”. El Padre Congar, que había trabajado en varias comisiones conciliares, dijo que se había encontrado muy a gusto con don Álvaro del Portillo por su bondad, sencillez y eficacia. San Juan Pablo II le consagró obispo y le tuvo como un gran amigo. De hecho, el día de la muerte de don Álvaro se desplazó al lugar donde vivía. Convencido de su santidad de vida, invitó a los presentes no a rezar un responso sino a cantar una Salve a la Virgen.

Tras la muerte del fundador del Opus Dei, fue elegido por unanimidad su sucesor. Cuando esta institución fue erigida como Prelatura personal, él fue elegido primer Prelado y, luego, obispo. Durante sus años como Prelado del Opus Dei estimuló la expansión de la Prelatura en veinte nuevos países y la puesta en marcha de numerosas iniciativas sociales y educativas: Cebú, Nigeria, Congo, etc., etc., la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, de Roma, el Seminario Internacional “Sedes Sapientiae” (Roma) y el “Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa”, en Pamplona.

Dios le llamó a su presencia el 23 de marzo de 1994. Muchos miles de personas testificaron por escrito sobre su bondad, su humildad, su audacia sobrenatural y sobre la paz que transmitían sus palabras y gestos. Tras el reconocimiento de un milagro, el Papa Francisco aprobó la beatificación, que ayer celebramos con gozo en Madrid. ¡Demos gracias a Dios!



## Agenda del Sr. Arzobispo

### AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE SEPTIEMBRE

- Día 4: Comisión Permanente del Consejo de Gobierno.
- Día 5: Visitas.
- Día 6: Preside la eucaristía y encuentro con las MM. Bernardas.
- Día 8: Preside la reunión de Tribunales Eclesiásticos de nuestra Provincia Eclesiástica. Por la tarde Consejo de Economía.
- Día 9: Visitas. Reunión con el Colegio de Consultores.
- Día 10: Visitas.
- Día 11: Por la tarde entrega de los premios de pintura AXA.
- Día 12: Preside la eucaristía en la parroquia de Santa María de Miranda de Ebro con motivo de la fiesta de la Virgen de Altamira.
- Día 14: Celebra la santa misa en la Virgen de las Viñas de Aranda con motivo de su fiesta. Por la tarde preside la eucaristía y la procesión con el Santo Cristo de Burgos por las inmediaciones de la catedral con motivo de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.
- Día 15: Preside la inauguración del curso académico en la facultad de teología, sede de Burgos: santa misa y lección inaugural.
- Día 16: Visitas. Comisión Permanente del Consejo de Gobierno.
- Día 17: Comisión Permanente del Consejo de Gobierno. Visitas. Por la tarde preside la misa de inauguración de curso del seminario menor.

- Día 18: Visitas. Comisión Permanente del Consejo de Gobierno.
- Día 20: Encuentro de delegados de familia de Castilla y León en Valladolid sobre la pastoral de divorciados y les preside la eucaristía.
- Día 21: Preside la misa de clausura del I Encuentro nacional de cofradías del rosario en Caleruega. Por la tarde visita sacerdotes enfermos en Barrantes.
- Día 22: Consejo de Gobierno.
- Día 23: Visitas.
- Día 24: Visitas.
- Día 25: Encuentro con sacerdotes del arciprestazgo del Vena para preparar la Visita pastoral.
- Día 26: Visitas.
- Día 27: Participa en la beatificación de Mons. Álvaro del Portillo en Madrid.
- Día 30: Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española.



## Curia Diocesana

### Secretaría General

#### I

### NOMBRAMIENTOS

Publicada la convocatoria para la provisión de nuevos Arciprestes, con fecha 31 de agosto de 2014 (*Boletín Oficial del Arzobispado, Septiembre, pág. 27*), y celebradas las reuniones de Arciprestazgo en las que los sacerdotes elevaron sus respectivas propuestas al efecto, el Sr. Arzobispo ha nombrado arciprestes a los siguientes sacerdotes:

- 1) Arcipreste de AMAYA: Rvdo. D. Crisanto Báscones García
- 2) Arcipreste de MEDINA: Rvdo. D. Julio Alonso Mediavilla
- 3) Arcipreste de MERINDADES: Rvdo. D. Alejandro Ruiz López
- 4) Arcipreste de MIRANDA DE EBRO: Rvdo. D. Odorico Arranz Arlanzón
- 5) Arcipreste de OCA-TIRÓN: Rvdo. D. Julián Galerón Cuesta
- 6) Arcipreste de UBIERNA-URBEL: Rvdo. D. Juan José Pérez Solana
- 7) Arcipreste de BURGOS-GAMONAL: Rvdo. D. Francisco Javier García Cadiñanos
- 8) Arcipreste de BURGOS-VEGA: Rvdo. D. Miguel Ángel Díez Villalmanzo
- 9) Arcipreste de BURGOS-VENA: Rvdo. D. Jesús Ibáñez Tamayo
- 10) Arcipreste de SAN JUAN DE ORTEGA: Rvdo. D. Emilio Maestro Manzanal
- 11) Arcipreste de ARANDA DE DUERO: Rvdo. D. Rubén Manrique González
- 12) Arcipreste de ARLANZA: Rvdo. D. Fermín González López

- 13) Arcipreste de LA SIERRA: Rvdo. D. Francisco Alonso Merino
- 14) Arcipreste de ROA: Rvdo. D. Pedro Juanes Contreras
- 15) Arcipreste de SANTO DOMINGO DE GUZMÁN: Rvdo. D. Heriberto García Gutiérrez



## *Sección Pastoral e información*

### **Novena a Santa María la Mayor**

#### **HOMILÍAS PRONUNCIADAS DURANTE LA NOVENA**

(Catedral, 7/15-8-2014)

#### **DÍA PRIMERO**

Hoy comenzamos la novena a Santa María la Mayor, patrona de nuestra diócesis de Burgos. Nueve días para prepararnos a la fiesta de su Asunción a los cielos.

Hoy estamos especialmente convocados para honrar a nuestra Madre los pueblos de la zona de Juarros: San Millán, Cueva, Cuzcurrita, Espinosa, Mozoncillo, Matalindo-Cabañas, Salguero, San Adrián, Santa Cruz e Ibeas; también pueblos de la Sierra: Palazuelos, Tinieblas, Villamiel... y más: Galarde, San Medel, Santovenia de Oca, Villamórico y Zalduendo. Hoy todos nos ponemos a los pies de María y queremos aclamarla como Arca de la Nueva Alianza.

Porque de Alianza nos habla hoy la primera lectura: Dios, que había establecido una Alianza con su pueblo Israel, nos dice por boca de Jeremías que quiere hacer una Alianza nueva.

Cuando se firmó la antigua alianza entre Dios y el pueblo de Israel en el monte Sinaí, el Señor dio esta orden: “Me harán un santuario y habitaré en medio de ellos”. Y entonces los israelitas levantaron la “tienda de la reunión” y dentro de ella pusieron el arca de la alianza: un cofre rectangular hecho de madera de acacia donde se guardaban las dos tablas que llevaban grabados los diez mandamientos dados por Dios a Moisés en el Sinaí, como documento-base para regular esa alianza. Así pues, el arca se convirtió en el signo visible de la presencia de Dios en medio de su pueblo,

tal como dijo Dios: “Estableceré mi morada en medio de vosotros y nunca os aborreceré. Marcharé en medio de vosotros, seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”.

Ahora que Dios propone una nueva Alianza... ¿dónde quedarán escritos los términos del pacto? Dios nos contesta, de nuevo por boca de Jeremías: “Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. Cada uno de nosotros somos arca de esa nueva alianza.

Pero ¿quién es por excelencia Arca de la Nueva Alianza? La Virgen María. María llevó en su ser y puso entre nosotros a la Palabra de Dios hecha carne. No unas palabras escritas en unas tablas, sino la “Palabra hecha carne” dentro de ella.

En distintos pasajes de la Biblia descubrimos la correlación entre el Arca de la Antigua Alianza, y María, Arca de la Nueva Alianza:

- en el libro del Éxodo y en el pasaje de la Anunciación se utiliza el mismo verbo “cubrir” cuando dicen: “Entonces la nube **cubrió** el tabernáculo de la reunión, y la gloria de Dios llenó la habitación” (Éxodo 40, 34-35); del pasaje de Lucas: “Y la virtud del Altísimo te **cubrirá** con su sombra” (Lucas 1, 35).
- cuando el rey David quiere encontrar un lugar digno para el Arca de la Alianza, su primera reacción es: **¿Cómo vendrá a mí el Arca del Señor?**”. La misma reacción de Isabel cuando llega María a su casa: (Lucas 1, 43): **¿De dónde que venga a mí la madre de mi Señor?**”.
- cuando ya David se decide a traer el Arca a Jerusalén, primero decide que se quede en casa de un hombre llamado Obededón durante tres meses, el mismo tiempo que María se quedó con su prima.
- y cuando David recibe el Arca en la ciudad santa, él mismo se puso a saltar y danzar delante de ella... lo mismo que le pasó a Juan, pues Isabel dice a María: “en cuanto sonó la voz de tu saludo en mis oídos, **saltó de gozo** el niño en mi seno”.

Podemos hacer otras consideraciones: El Arca de la Antigua Alianza tenía que ser perfecta y santa porque era el único lugar donde se asentaba la presencia espiritual de Dios. La santidad de Dios no puede ser empañada por el contacto con algo que contenga defectos. Del mismo modo, la Virgen María, como la Nueva Arca y portadora de Jesucristo, tuvo que ser creada sin pecado y en estado de perfección.

Ella no sólo contuvo la presencia espiritual de Dios, sino al mismo Dios Jesucristo. Ella no sólo contuvo la palabra escrita de Dios, sino el Verbo de Dios hecho carne. Por consiguiente, María debe ser perfecta. Ella debe

estar libre de todo pecado. Ella debe ser siempre virgen y jamás tocada por el hombre.

Si el Arca de la Antigua Alianza, que contenía las tablas de la Ley escrita y era cubierta por la presencia espiritual de Dios, fue cubierta por el oro más puro y fue construida según las más precisas especificaciones de Dios, ¿cuán superior debió ser la creación de María, el Arca de la Nueva Alianza?

Con su “sí” al anuncio divino, María acoge la propuesta de Dios de hacer una alianza nueva con nosotros, el pueblo de la Nueva Alianza que confiesa con Pedro –lo hemos escuchado en el Evangelio– su fe en Cristo cuya Sangre derramada (y eso no lo entendía Pedro) es la Sangre de la Nueva Alianza que se entrega por nosotros.

Santa María, Arca de la Nueva Alianza, te pedimos que intercedas ante Dios para que cree en nosotros un corazón puro (salmo de la Palabra de Dios de hoy) que se convierta en arca de la presencia de Dios.

EMILIO MAESTRO MANZANAL

## DÍA SEGUNDO

En esta novena de la Asunción nos encontramos hoy con la Fiesta de Santo Domingo de Guzmán, Patrono y gloria de nuestra Provincia Burgalesa.

La primera historia que conocemos de este Santo es una leyenda que se convirtió en Historia. La madre del Santo, la beata Juana de Aza, soñó que tenía en su vientre un perro que llevaba en su boca una antorcha encendida. Preguntó sobre este curioso sueño a Santo Domingo de Silos que le dijo que su hijo incendiaría al mundo con el fuego de su palabra. Nació el niño, lo pusieron por nombre como al Santo de Silos. Y el de Caleruega fundó la orden de Predicadores o Dominicos, o dominicanos o, “Dómini canes”, perros del Señor, que efectivamente prendieron fuego al mundo con su palabra, con su santidad y con su doctrina Tomista. También algunos de sus hijos prendieron hogueras o las permitieron, contra cátaros y albigeneses y con la Inquisición. Su celo de “perros fieles” los llevó más allá del Evangelio. Cuando los discípulos le pidieron a Jesús que mandara fuego del cielo para que abrasara la aldea que no les quiso recibir, Jesús les dijo: “No sabéis de qué espíritu sois”. Cuando veo juntos santos y hogueras o torturas contra infieles, recuerdo estas palabras de Jesús; y también las de S.Pablo: “Dios ha permitido que todos seamos pecadores para compadecerse de todos”.

También hubo santos que se excedieron en rigorismos con pretexto de “perros fieles” y cancerberos del reino de Dios. Ciertamente es que “Distingue tempora et concordabis jura”...que eran otros tiempos. Pero también es cierto que el Evangelio de Jesús está escrito doce siglos antes que la quema de herejes y que S. Francisco de Asís, contemporáneo de Santo Domingo, no solo no quemó herejes sino que se hizo amigo del sultán de Egipto, un nieto de Saladino. “Los santos van al infierno”, escribió Gilbert Cesbrón, del que los saca Cristo que pagó por todos.

Entre las grandes lumbreras dominicanas descuella el que llamaban “el buey mudo”, Santo Tomás de Aquino, con todas sus Summas Teológicas, de las que todos hemos recibido su sabiduría. Pero todo este saber queda convertido en nada a la vista de un Crucifijo, según dijo él mismo, y que el Crucifijo explica mejor la esencia del “ens a se”, Dios, que todas sus Summas teológicas. Y que el maravilloso escándalo de un infinito degollado como un cordero en la Cruz, como dice San Juan, es la apoteósica epopeya mil veces más grande que la *Ilíada* de Homero o las Conquistas de Alejandro Magno porque es la salvación de todo el mundo. Y en este Cristo muerto y resucitado, que nos convierte en miembros de su Cuerpo, es donde encontramos nuestro destino en la vida, en la muerte y después de la muerte. “En Él hemos resucitado todos” dice el prefacio de la Resurrección.

La primera y la que más se benefició de esta muerte en Cruz fue su madre, la Virgen María, ya que convirtió su muerte en dormición, y así se habla de la muerte de María como dormición. Pero que la muerte es dormición o un sueño ya lo dijo Jesús ante la muerte de la hija de Jairo: “La niña no está muerta, está dormida”. Y se reían de él, claro. Y ante la muerte de Lázaro Jesús dijo a sus discípulos: “Nuestro amigo Lázaro está dormido”... Pues ya despertará, dijeron sus discípulos, porque no es fácil creer en esta transformación de la muerte en un simple sueño, obra apoteósica de un Dios crucificado... Jesús, claro, hablaba de la muerte de su amigo Lázaro.

María fue llevada al cielo por manos de ángeles y esta creencia de la Iglesia la vemos artísticamente representada en las pinturas de Tiziano, Murillo, el Greco, Tintoretto, Gil de Mena, y otros muchos. Cuando rezamos y cantamos por los muertos también decimos: “Corus angelorum te suscipiat”, “que el coro de los ángeles te reciba”, y es que, a cada muerto el buen Dios lo recibe en su gloria acompañado por el coro de los Ángeles, como a María. Aquí vemos también la maravillosa epopeya conseguida por un Dios degollado, escándalo para los judíos y musulmanes y filósofos como Nietzsche, porque donde “abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. El Hombre-Dios perdona a sus enemigos y los devuelve bien por mal... “Dichosa la culpa que mereció tal Redentor” cantamos en el Pregon

Pascual, como si se tratara de una blasfemia transformada en gloria eterna, gracias al Crucifijo de Santo Tomás de Aquino, es decir, al “Ens a se” que murió para nuestra salvación y nuestra gloria en los cielos.

Los hombres de fe deberíamos pasar la vida dando gracias a este buen Dios, el amor devorador, según el Cantar de los Cantares, que devora y quema todo el mal para transformarlo en bien y en gloria eterna. “Dichoso pecado, repetimos, porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y la misericordia de Dios”.

“Viva María, viva el Rosario, viva Santo Domingo que lo ha fundado”, canta el pueblo...aunque en mis viajes por países árabes, musulmanes o hindúes he visto a hombres con un collar de cuentas en la mano que les ayuda a meditar. Esto me lleva a pensar que Santo Domingo lo tomó de estas tradiciones de hombres meditativos y en los tiempos de los trovadores, cuando todos los Caballeros tenían su dama, San Bernardo y el caballero Cristiano Tanhauser de Wagner tomaron por su Dama a María y Santo Domingo, enamorado de Ella, convirtió las cuentas árabes o hindúes en 50 rosas, rosario de piropos y avemarías a su Dama, en las que en sus misterios gloriosos rendiría honor a la Asunción de nuestra Señora en cuerpo y alma a los cielos.

Y no lo olvidemos, “María es imagen de la iglesia que un día será glorificada, de ti y de mí que dormiremos y seremos despertados y glorificados en el cielo”. No tendremos Ascensión como Jesús pero tendremos Asunción como María, llevados por las manos de los ángeles a los cielos como llevaron al pobre Lázaro, según Jesús en S. Lucas.

“Dichosa tú que has creído”, pero también dichosos los que creen en las maravillas que el Señor hace con nosotros. María concibió a Dios por su fe, y la fe es la que ve estas obras grandes de Dios con nosotros.

“Viva María, viva el Rosario, viva Santo Domingo que lo ha fundado”: sí, pero mejor: Viva María y su hijo crucificado que con su muerte y resurrección nos ha salvado y glorificado. Que así sea.

ÁNGEL DEL CAMPO CAMINO

## DÍA TERCERO

Burgos es una ciudad mariana por los cuatro costados. Desde el Monasterio de las Huelgas de Santa María la Real a Santa María la Real de la más antigua parroquia de Gamonal. Desde la primera iglesia de Burgos, construida en las faldas del castillo y dedicada a la Virgen Blanca, hasta la puerta de entrada a la ciudad, ese Arco de Santa María pre-

sidido por Santa María la Mayor, que nos recibe y acoge con ternura maternal.

La piedra se hizo filigrana y se llenó de luz y belleza gótica en nuestra catedral, iglesia madre de la diócesis burgense, para honrar y venerar a quien es Madre de la Iglesia. En la primitiva fachada principal, la que da a la plaza de Santa María, había tres portadas de entrada de una belleza artística pocas veces conseguida en el gótico, según testimonio de quienes la conocieron antes de que por su deterioro fueran sustituidas por la sencillez y frialdad del neoclásico. Todas ellas dedicadas a la Virgen: El Tránsito, la Asunción y Coronación. En el parteluz de la puerta central María miraba con ternura y acariciaba a Jesús Niño, mirada y ternura con la que quiere invitarnos a todos sus hijos hasta el retablo del altar mayor en el que se repiten los mismos motivos.

En la calle central, en el centro del retablo, Santa María la Mayor, cuidando con cariño al niño Dios, para, en la parte superior de esta calle, a los pies de la cruz ser corredentora, aceptándonos como hijos: “Mujer ahí tienes a tus hijos”.

En la parte inferior, el sagrario, en el que María nos regala a su Hijo, hecho alimento. Sobre la imagen de Santa María, su gloriosa Asunción, anticipo de nuestro destino y la Coronación en la que intervienen las tres divinas personas.

En los relieves de las calles laterales pueden alimentar nuestra devoción mariana distintas escenas de la infancia de Jesús.

Toda la iconografía de retablo y portada es una exaltación a quien es nuestra Madre, en las que se han ido cumpliendo las proféticas palabras del Magnificat: “Me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí”. La felicitaron y ensalzaron en la portada las generaciones del siglo XIII y en el retablo mayor las del siglo XVI y la felicitamos nosotros en esta novena del siglo XXI, en la que nos sentimos a gusto a su lado, porque es nuestra Madre y es mucho lo que podemos aprender de ella.

Es cierto que en estos tiempos no están de moda ni las novenas ni la devoción mariana. Vivimos en una sociedad laicista en la que superficialmente muchos consideran progresismo el rechazo de todo lo que huela a devoción popular, llegan incluso a considerarse superiores y desprecian a quienes desde la fe intentan encontrar sentido a su vida.

Se reviste de progresismo el anticlericalismo y cada vez son más los que rechazan la enseñanza de la Iglesia, sin conocerla en profundidad, como algo pasado de moda y que no da respuesta al hombre de hoy.

Sigo pensando que el mensaje de Jesús tiene plena actualidad, es la enseñanza más progresista y la auténtica respuesta a los problemas del hombre de hoy. Sólo quien es humilde y sencillo llegará a descubrirlo. “Gracias te doy, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”.

En María tenemos el mejor modelo y testimonio de fe, fue ella quien mejor entendió y vivió el mensaje de Jesús. Es modelo de humildad. Si en esta novena la proclamamos como la más grande y la bienaventurada entre todos los humanos, es porque fue la más humilde. “Me llamarán bienaventurada, porque ha mirado la humillación de su esclava”.

Sólo desde la humildad podremos testimoniar nuestra fe. Sólo quien es humilde es libre para no buscarse a sí mismo, para ser altruista y para no vivir pendiente de lo que los demás opinen o con el temor a lo que los demás digan de nosotros. Sólo el humilde se acepta tal y como es y no tiene envidia de los demás. Por eso, el que es humilde no murmura ni critica, intenta comprender y respetar.

María vivió entregada al servicio de quienes la necesitaban. Acababa de recibir la gran noticia de que iba a ser Madre de Dios y con la sencillez de quien no se queda pensando en su grandeza, va a cuidar a su prima Isabel que, siendo mayor, está también embarazada.

De forma callada, pasó por el mundo haciendo el bien, buscando siempre una relación pacífica y de amistad con todos y de ayuda a quienes más la necesitaban.

¡Qué fácil de entender! No necesitamos grandes reflexiones filosóficas para comprender que el mundo sería distinto, si, como hijos, nos pareciéramos más a nuestra Madre en la humildad, servicio a los más necesitados y dedicación a crear una relación pacífica y de amistad con aquellos con quienes vivimos.

¡Qué difícil nos resulta, sin embargo, vivir este mensaje! En María, nuestra Madre, encontraremos la fuerza para imitarla y en la devoción al Rosario uno de los medios más válidos y siempre a nuestro alcance para sentir su cercanía e implorar su protección.

ERNESTO PÉREZ CALVO

## DÍA CUARTO

La primera lectura es emblemática. El Dios del AT, el Dios de fuego y tempestad, aquí se define como todo lo contrario. Al profeta Elías, que

huye de Jezabel y que quería arrasar el reino pecador, Dios se le manifiesta lejos de las fuerzas atemorizadoras de la naturaleza: viene en el susurro, es el Dios de la confianza. Es, como hemos orado en el salmo responsorial, un Dios que anuncia la paz, que está cerca para salvar, que lleva la fidelidad y el amor, la justicia.

Elías cansado de luchar por defender a Dios se dirige al Horeb donde esperaba encontrar una manifestación portentosa de Dios, y lo que descubre para su asombro, es que Dios se manifiesta en la brisa fresca y suave que le acaricia el rostro y le invita a experimentar a Dios de otra forma, fuera de la lucha, en el sosiego del encuentro...

El evangelio nos muestra otra tentación en la que podemos caer los creyentes cuando no estamos seguros de los fundamentos de la propia fe. La escena de la «tormenta calmada» es uno de los milagros que se narran de Jesús en los evangelios que son hechos significativos o “señales” del reinado de Dios. De manera que a nosotros, creyentes, nos importa sobre todo lo que estos milagros nos quieren decir y, en este caso concreto nos importa mucho saber qué significa la figura de Jesús caminando sobre las aguas.

“Las aguas” en continuo movimiento, sin forma permanente, sin consistencia, son en la Biblia el símbolo del caos, de la destrucción y de la muerte. Las fuerzas del mal que se oponen al designio de Dios.

- “La barca” simboliza a la comunidad de discípulos y a las comunidades cristianas posteriores.
- “El viento contrario” representa la resistencia de los discípulos y de los cristianos en general a aceptar el mesianismo de Jesús, cambiándolo por las ideas triunfalistas de un sensacional éxito humano, según el cual Jesús sería un líder indiscutible de multitudes. Han interpretado el signo de los panes y de los peces como una acción extraordinaria de Jesús y no como un efecto de su entrega personal a la voluntad del Padre, norma de vida para sus discípulos si lo quieren ser de verdad.
- “La orilla” a la que les envía Jesús, es figura de los países paganos, a los que deben ir a comunicar el mensaje del Maestro. Pero ellos aún no han entrado en la óptica del reino de Dios; más aún: tienden a confundirlo con sus esquemas humanos. Por eso no han sentido la necesidad de orar, se creen autosuficientes, y el viento que cae sobre ellos pondrá en evidencia la distancia entre sus puntos de vista y los del reino expresados por Jesús. Con esas actitudes es imposible que progrese el reino.

La otra imagen que debemos considerar en este retablo de las maravillas es la de Pedro, que salta de la barca y comienza a caminar tam-

bién por encima del agua. Una imagen sugerente para comprender la situación de todos los que seguimos a Jesús. Cuando Pedro duda y tiene miedo del viento y de las olas, entonces comienza a hundirse. También a nosotros nos puede acechar un mar de dudas. Pero la fe cristiana no es la seguridad del que se queda en la orilla o en la barca, sino *la confianza en medio del riesgo*. Porque la fe es como un salto, y los que no se atreven a saltar tampoco pueden comprobar que es posible caminar sobre un mar de dudas, respondiendo a Jesús que nos incita a la gran aventura: “Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre las aguas. Él dijo: Ven”.

También Jesús nos dice a todos nosotros: “Ven”, no tengas miedo, y si tienes la impresión de sucumbir, grita. Verás cómo no faltó a la cita. Igual que Pedro encontró a Jesús porque le pidió ayuda al darse cuenta que se hundía, lo encontraremos nosotros. Nuestro peligro quizá sea que ni nos enteremos que nos estamos hundiendo. ¡Es tan fácil dejarse hundir en las aguas de la mediocridad, perdidos en el anonimato de “hacen todos lo mismo”!

Es evidente que todo sería más fácil si la presencia de Jesús fuera más clara y nos resolviera los problemas de golpe, si nos evitara el discernimiento en cada momento, pero esta falsa seguridad nos quitaría el don más grande que tenemos que es la libertad; libres y conscientes asumimos el reto de creer en Jesús, de dudar y equivocarnos.

Por fin, Jesús sube a la barca y desaparece todo lo que causaba peligro. Entienden los planteamientos de Jesús y cesan en su oposición. La búsqueda del triunfo humano –el viento– no tiene razón de ser. Los discípulos le rinden homenaje, aceptan que se han equivocado: “Realmente eres Hijo de Dios”.

En medio de este relato vinculado al mundo del mar, podemos recordar a María como estrella de esperanza, ella con su sí, abrió la puerta de nuestro mundo a Dios, ella nos recuerda la capacidad de creer, esperar y confiar en el proyecto de Jesús que se hace realidad.

María se convierte en bienaventurada porque ha creído. Ella recibe y transmite el mensaje de su Hijo.

Ella nos enseña a creer y confiar en las promesas de Dios. Mantener viva la confianza, pero no como tranquilidad de conciencia, como posesión de una seguridad, sino como experiencia dinámica que entregamos y comunicamos, que recibimos y transmitimos...

Ella nos enseña a cuidar y acompañar a las personas hasta Jesús. La fe tiene un componente humano fundamental, creemos como somos, como personas, y ayudamos a otros en el camino de la fe, acompañamos a las

personas como son, en los procesos para que puedan descubrir y experimentar este misterio que a nosotros nos ha dado la vida.

Ella nos enseña a sentirnos niños, pequeños, abiertos, felices. No por nuestras decisiones, o nuestra entrega, sino por la fidelidad de Dios. Compartiendo con nuestros contemporáneos que Dios tiene una Palabra que es eficaz, que se realiza, que cura y sana el corazón.

Ella nos enseña a vivir y valorar la dimensión de la comunidad. En este momento histórico, como al principio, la Iglesia es la expresión del ser comunitario de la Trinidad. Vivir en comunidad es manifestar el amor que Dios tiene a la humanidad concretada en un pueblo: somos nación santa, pueblo elegido...

María, la Madre, nos invita a la entrega total. No basta con ser bautizados consagrados o sacerdotes, cada uno de nosotros hemos recibido unos dones que tenemos que poner al servicio, y así comprender nuestra vida en acción de gracias a Dios que se ha entregado por nosotros.

En definitiva, María, nos invita a vivir el sueño del Reino realizado en nuestras vidas y en este momento histórico, con sencillez de corazón, sin grandes montajes, pero con coherencia y radicalidad.

“Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia el reino de tu Hijo, estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestra camino”. Que así sea.

OSCAR MORIANA LÓPEZ DE SILANES

## DÍA QUINTO

Una característica de quienes nos hemos dado cita en esta tarde es que, con frecuencia, contemplamos el caminar lento de aquellos que van dejando sus huellas por el Camino de Santiago, peregrinos que se dirigen hacia la tumba del Apóstol.

El peregrino nos hace recordar las características del homo viator que experimenta su pequeñez e indefensión frente a la inmensidad del Camino.

El secreto de la peregrinación es descubrir nuestra propia condición de viandantes, pero no del Camino sino de la vida. El itinerario espiritual de la peregrinación jacobea es en realidad paradigma del itinerario espiritual de la vida de todo hombre: nos revela nuestra condición de peregrinos que hemos de seguir caminando hacia una meta no ya provisional sino definitiva.

El hecho de peregrinar es una constante en la Biblia: María es heredera de la promesa hecha por Yahvé a Abraham, «*Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré*» (Gen 12, 1). Abraham, escucha, confía y se pone en camino, por eso se le recuerda como padre de la fe.

La Virgen María supo del peregrinaje físico, pero sobre todo el peregrinaje espiritual. A ella la invocamos como PEREGRINA DE LA FE, cuya virtud queremos imitar en nuestra propia andadura espiritual.

El Concilio Vaticano II afirma que “así avanzó también la santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el hijo hasta la cruz” (LG 58). Juan Pablo II asumía esta misma peregrinación como tema central de meditación en su encíclica *Redemptoris Mater*.

Ella nos precede en esta peregrinación, nos acompaña y nos sostiene en el sentido de que toda su vida fue seguir a su Hijo: El es el Camino. Para comprender cómo es el peregrinaje de fe que realiza María, nos dejamos llenar por la admiración patente que el evangelista Lucas manifiesta sobre la Virgen. Con Él profundizamos en algunos momentos y al igual que su prima Isabel la decimos: “Dichosa Tú que has creído”.

Meditar sobre la fe de María es adentrarse en una de las lecciones más importantes para la espiritualidad cristiana. Con el mensaje de la Anunciación aprendemos que caminar en la fe es caminar en la confianza y abandono.

Ante el misterio de ser la Madre del esperado con la revelación del ángel, la sorpresa queda interrumpida por la pregunta de María: ¿Cómo sucederá esto...?

Ser Madre y Virgen, dos términos tan difíciles de unir simultáneamente en la misma persona. La pregunta de María es una expresión de extrañeza.

María estaba segura de que Dios la llamaba y tenía certeza de su amor. Su aceptación es un acto de obediencia, de ahí su respuesta: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Es claro que en la espiritualidad de María la voluntad de Dios es la estrella polar que guía sus pasos. El ángel le había prometido la ayuda de Dios. “El Señor está contigo” era el compromiso personal de Dios con ella. No duda, pues, en entregarse a esa palabra, que por ser de Dios es fiel y omnipotente.

Sus miedos nacían, como en Zacarías, de mirar más a su incapacidad que a la ayuda de Dios. María fue consciente de la propia impotencia para emprender el nuevo camino, pero miró más a Dios que su pequeñez.

En la Visitación María manifiesta otra característica de su peregrinaje de fe: descubrir la voluntad de Dios en los acontecimientos. El ángel le

había dado un signo que confirmaría sus palabras. “Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril” (Lc 1,36). María acude con presteza a casa de su prima porque necesita comprobar el signo que Dios le dio. Va a comprobar el signo no porque dude, sino para librarse de toda posibilidad de duda.

Esta situación interior de lucha explica la alegría de María en el abrazo a Isabel. La palabra del ángel se había cumplido. Hasta ahora lo creía por la fe, ahora los sentidos confirman aquella fe.

En andadura de fe por parte de María entiende los acontecimientos como expresión de la revelación de Dios.

En el Templo con el anciano Simeón se le anuncia que el peregrinaje de fe conlleva casi siempre cruz y dolor. Simeón intuye, desde la oración, al Salvador que llega. Con audacia carismática tomó al niño en las manos y le dio una lección espiritual a María. Confirmaba con su canto las palabras del ángel. Había llegado el salvador de todos los pueblos y, en consecuencia, la gloria del pueblo de Israel. María tuvo que oír con gozo este canto del anciano clarividente, pero pronto cambió la decoración de su alma. A la luz y el gozo le sucedieron la sombra del dolor y la contradicción.

Simeón levanta la cruz en la vida de María. Estas palabras constituían una nueva revelación. Nada le dijo el ángel del Mesías doliente. La espada estaba ya clavada en su corazón. Como en la anunciación repetirá la gran obediencia de su vida: “He aquí la esclava”, para continuar caminando en esta dura peregrinación de la fe.

Finalmente, caminar en la fe es para María seguir en su hijo, al Hijo de Dios. Lo aprende con su hijo adolescente cuando se pierde en el Templo ¿Por qué esta pérdida y este dolor? Fue la ocasión de un desvelamiento sorprendente de la persona de Jesús. María le dice a Jesús: “Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando. Y él les contestó: ¿Y por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (cf Lc 2,48s). María presenta su queja apoyándose en los derechos familiares. Y Jesús, sin negarlos, afirma que hay otros más importantes. Ante la aseveración de María, “tu padre y yo”, Jesús afirma otra paternidad: “la casa de mi Padre”.

Hay momentos en los cuales no entiende la palabra y se repliega sobre sí misma para meditarla, se aferra a la certeza de la anunciación, la palabra de Dios no falla. Sola ante el misterio procura aclararlo con su sabiduría de Dios.

Su peregrinar en la fe nos ilumina a nosotros. La diferencia entre María y nosotros no puede ser más radical. Nosotros desde la fe en Cris-

to glorioso y resucitado iluminamos todas las escenas de su vida. Es como quien ve una película sabiendo desde el principio cómo es el final. La vida de María fue todo lo contrario. Vivió en la otra ladera: la que todavía no estaba iluminada por la gloria de la resurrección. También a ella el triunfo de Jesús le llenó de luz. Su llama, pequeña pero clara, estuvo encendida hasta el alba de la Resurrección, y cuando le llegó la noticia de que el sepulcro estaba vacío su corazón quedó henchido de alegría. Aceptar el evangelio no supone un riesgo sólo en el comienzo, también a lo largo de la vida. Por muy fuerte que sea nuestra adhesión a Cristo, pasamos por momentos conflictivos. María camina delante de nosotros para señalar la salida del túnel.

Sería un error esperar la bonanza sin remar. La oración es uno de los remos. Por muchos tumbos que dé la barca, sabemos que Dios no duerme y desde la oración descubrimos su proximidad en el peligro. La oración ayudará a superar los obstáculos que lleva consigo inevitablemente el riesgo de creer.

La meditación es el segundo remo. Hay que iluminar con la palabra de la fe el misterio que nos envuelve. Guardar las cosas en el corazón meditándolas es poner todo el empeño humano para leer la historia desde el evangelio.

Ésta es nuestra peregrinación. También en nosotros la fe es respuesta en la penumbra. La fe es intuir que en la nube está Dios, aunque nunca llegues a verlo. El acto de fe es esencialmente libre, por eso la fe es acto supremo de entrega confiada.

Esta tarde, María, te damos gracias por tu fe, y renovamos nuestra entrega a ti Santa María la Mayor.

FÉLIX JOSÉ CASTRO LARA

## DÍA SEXTO

En las dos lecturas que acabamos de escuchar se nos repite el mismo mensaje: Dios quiere a su pueblo, y quiere comunicarse con él.

En la primera, quiere comunicarse por medio del profeta, en este caso el profeta Ezequiel: “Tú, hijo de Adán, oye lo que te digo: No seas rebelde, como la casa rebelde. Abre la boca y come lo que te doy: come este volumen y vete a hablar a la casa de Israel. Lo comí, sigue diciendo el profeta, y me supo en la boca dulce como la miel.”

¿Por qué el profeta se resiste a cumplir lo que Dios le manda? ¿Por qué, nos seguimos preguntando, Jonás, sólo atiende al mandato de Dios después

de ser engullido por el pez? Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor.

En los dos casos hay resistencia por parte del profeta, y sensación de lejanía, de distancia: Distancia respecto de Dios (los dos profetas se niegan a obedecer a Dios); y distancia respecto del mundo, del que ni Ezequiel ni Jonás parecen esperar nada.

Al final, en los dos casos queda el sabor dulce, que es lo que hemos proclamado con el salmo responsorial: “¡Qué dulce al paladar tu promesa, Señor!”

En la segunda lectura, el Evangelio, Dios también quiere a su pueblo, y quiere comunicarse con él. Pero las palabras “distancia y resistencia” no aparecen en el vocabulario de Jesús. Jesús está en el mundo y habla con la gente del mundo. Y para poder hablar con el mundo comienza escuchando al mundo.

Como Jesús habla mucho del reino (el reino de los cielos, el reino de Dios), los discípulos se interesan por el cómo se distribuyen los puestos en ese reino, y quién es el más importante en el reino de los cielos. Jesús no se molesta por la pregunta, totalmente alejada de lo que él les enseñaba.

Pero, como si no encontrara las palabras apropiadas para responder a esa pregunta..., Jesús llama a un niño, y lo pone en medio: “Os aseguro que si no volvéis a ser como niños...” “Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños...”

Pero Jesús va más allá todavía. No sólo hay que hacerse niños, no sólo no hay que despreciar a estos pequeños: “Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. Palabras con las que Jesús responde literalmente a la pregunta: “¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?”

Y ya en un tono más coloquial, les brinda una pequeña parábola, para decirles que la respuesta a su pregunta la pueden dar ellos mismos: “Suponed que un hombre tiene cien ovejas y se le pierde una. ¿No deja las noventa y nueve y va en busca de la perdida? Lo mismo vuestro Padre del cielo: no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños.”

O sea, que Jesús siente como propios los problemas del hombre. Sufre con los problemas de los hombres, y disfruta con las alegrías de los hombres.

Los cristianos nos sentimos tristes, cada vez vamos a menos, nuestro mensaje está perdiendo fuerza... Quizá ése es el mensaje que nos lanza el mundo de hoy. Eso es lo que dirían Ezequiel y Jonás; y también los discípulos de Emaús: “Nosotros esperábamos...”

Pero también podemos apreciar realidades que nos hablan de otra manera. Dos referencias que nos hablan de confianza:

La primera es la crisis. Todos conocemos las consecuencias de la crisis. Todos sabemos de primera mano lo que es la pobreza; todos tenemos algún familiar, algún vecino, algún amigo. La pobreza se ha hecho familiar. Podríamos decir que la pobreza se ha hecho de nuestra familia.

Pero la pobreza nos ha ayudado a descubrir que tenemos corazón. Y que nuestros bienes no son tan nuestros. Todos sabemos que por ese nuevo panorama se ha acrecentado la generosidad de mucha gente, colaborando con instituciones para ayudar a los que necesitan. Y todos sabemos también que hay personas que de manera anónima están sosteniendo a otras personas, o a familias.

La segunda referencia es el camino de Santiago. Algunos de los que estamos aquí conocemos muy de cerca el camino de Santiago. El camino de Santiago es un espejo de pobreza. Los peregrinos parece que necesitan sonreír. Los peregrinos vienen con la sonrisa puesta. Más todavía. Son muchos los peregrinos a los que te encuentras en el camino –nunca mejor dicho–, yendo tú en el coche, y con la mano te dicen “adiós”.

¿Por qué te dicen “adiós” si no te conocen? ¿Quizá es que son conscientes de que se han enfrentado a un reto muy difícil –cientos de kilómetros– que sólo se siente conseguido al remontar el “Monte del Gozo”?

La sonrisa del peregrino es semejante a la del niño, de la que decimos que no se paga con dinero. Y la dan, la regalan, el peregrino y el niño, como lo mejor que tienen. Es lo único que tienen. Necesitan sentirse queridos. Y pagan el cariño por adelantado: con su sonrisa.

Estamos celebrando la novena de la Virgen, de Santa María la Mayor. Y comenzamos, cada día de la novena, con el Rosario, es decir la contemplación de la vida de Jesús, distribuida en unos momentos destacados: los misterios.

No deja de ser curioso, pero revelador, que el Rosario sea considerado como una devoción de los cristianos a la Virgen, y se componga de 20 capítulos, llamados misterios, y todos llevan como título, o como nombre, un momento de la vida de Jesús.

Pedimos a María que nos ayude a conocer a Jesús, a comernos el libro, como diría Dios al profeta. Es la que mejor le conoce. Y también la que mejor puede facilitarnos la comunicación con Él.

La que dijo a Jesús “No tienen vino” no va a desoír nuestra súplica cuando le presentamos las necesidades de los pobres, tengan cara de niño, de hambre, de soledad, de peregrino.

En ella ponemos nuestra confianza y la mejor disposición de nuestro corazón.

ISAAC AYALA PICÓN

## DÍA SÉPTIMO

Habían robado la Virgen y la ermita se había quedado sin su razón de ser. El paso de los años estaba haciendo que ese templo, en otros tiempos punto de referencia en la fiesta de la Virgen que congregaba a los pueblos, se fuera quedando abandonado y que el desmoronamiento de parte de sus muros fuera a ser una muestra de su ruina total en pocos años. La puerta se había quedado abierta, incluso algunos animales estaban en ese cobijo. Ver aquella ermita en ese estado era ver parte de la identidad de unos pueblos bajo el dominio del olvido. Con el empeño y la ilusión de algunos y con la colaboración de muchos se fue reconstruyendo físicamente la ermita que formaba parte de la vida y el vivir de toda la zona. Con diferentes ayudas el templo se consolidó, se adecentó y se mantiene en pie como una atalaya que otea toda la vega. Como ya habréis deducido algunos de vosotros esta es la breve historia de la ermita de Muñó. Una ermita a la falda de un monte que se mantiene como testigo de la fe junto a lo que fue el castillo del condado de Muñó. Castillo que con el tiempo ya no está en pie y ermita que con el tiempo se ha ido levantando de sus avatares. Los campanarios que se ven desde esta ermita son los de las parroquias aquí representadas: Villavieja, Arroyo, Quintanilla, Mazuelo, Arenillas y Pedrosa. Todas con el apellido de Muñó y todas bajo la protección de la Virgen de la Piedad de la mencionada ermita.

Nunca se había ido el verdor del camino que va a esta ermita. Nunca se había secado la fuente. A diario unas mujeres, en invierno y en verano, caminaban hasta la Virgen. Pero la casa de la Virgen metida entre árboles necesitaba un arreglo que parecía hartó difícil. Me estoy refiriendo a la ermita de Argaño. Tejados, suelo, instalación...todo con unos primeros temores pero viendo después que la cartilla iba recibiendo empujones de ilusión con lo necesario para ir pagando. Algo sentido como propio hasta el punto de que en el argumentario para cambiar de nombre, Cañizar incluye el querer llevar el nombre de su virgen. Esta devoción congrega cada 16 de junio a Villorejo y Palacios de Benaver y es esta advocación la que distingue a Villanueva. Los caminos a esta ermita desde cada uno de estos pueblos son testigos de los rosarios anuales de la aurora y especialmente de ese rosario diario de quienes iban haciendo un paseo por la tierra y un rosario para el cielo.

Los pueblos que peregrináis hoy a la catedral tenéis la experiencia de entender el templo de la madre de Dios como algo propio. Es la experiencia

de construir desde la propia historia. Experiencia que en sus respectivos templos han tenido también los vecinos de Lodoso y los de Pedrosa de Río Urbel. Experiencia que hoy nos lleva a considerar como algo propio el templo que nos acoge. El sentido que tiene este templo que acoge la cátedra del Obispo, nos abre a una visión más amplia de la fe de la Iglesia que vivimos en cada uno de nuestros pueblos, nos abre a la vida diocesana. Una vida diocesana que tiene como patrona de esta nave a la Madre de Dios, Santa María la Mayor.

La experiencia nos puede ayudar a comprender la lectura del profeta Ezequiel. Cuando el mal es exterior es fácil verlo, detectarlo, observarlo. Cuando el problema es interior resulta más complejo detectar qué es lo que necesita curación. El mal de un edificio lo podemos detectar y cuando hay medios arreglar. La visión de los huesos secos de Ezequiel muestra una realidad muerta. Unos huesos sin nervios, sin músculos... Una visión la que tiene el profeta de huesos calcinados. Es el desánimo, el desaliento, la falta de esperanza para con nosotros mismos.

La esperanza del pueblo de Israel se había desvanecido. Estaban fuera de su tierra sin vida propia. Se sienten perdidos. El relato se sitúa históricamente en el destierro de Babilonia. Nosotros podemos hacer una lectura de este relato sin alejarnos de nuestro tiempo histórico. En las tierras de la escritura hay hermanos nuestros en la fe que sin duda ven hecha realidad esta visión. La destrucción, la muerte, los sepulcros... Sin salir de nuestro país, en nuestras mismas fronteras y en diferentes ambientes nos podemos encontrar con ilusiones perdidas, proyectos rotos, desconfianza en las instituciones...

Personalmente se nos puede arrebatar la esperanza. Si nos miramos a nosotros mismos podemos ver que corremos el peligro de convertir la virtud teologal de la esperanza en un sucedáneo que nos lleva a no tener vida propia y bailar a otro compás distinto del que tiene puesto Dios en la obra de nuestra vida. El pueblo de Israel deseaba una liberación de la esclavitud de Babilonia y no veía posibilidades. Nosotros ante los problemas de nuestro mundo nos quedamos como espectadores ante lo cual no sabemos qué podemos hacer y expectantes vemos los acontecimientos que pasan. Pero donde podemos actuar de una manera activa y efectiva es en nuestra propia vida y descubrir si la estamos viviendo como huesos secos o como huesos con vida. Si tenemos vida propia o estamos en las manos de otros. Si nos planteamos cual es proyecto de Dios en mi vida o me dejo vivir sin ningún planteamiento profundo de lo que hago con mi tiempo, con mis cosas, con mi familia, con mis amigos, con mis vecinos, en definitiva, con todas las circunstancias que me rodean.

Venimos hasta María para mirarla y para que nos mire. Su mirada nos puede ayudar a descubrir nuestros huesos secos. Nos puede ayudar a mi-

rarnos más profundamente para descubrir qué dimensiones de nuestra vida están más olvidadas de la mano de Dios porque nosotros las tenemos olvidadas de nuestras propias manos.

La mirada materna de María evoca especialmente al acompañamiento en el desarrollo de nuestra vida. La maternidad va unida a la fertilidad, a generar vida y una vida acompañada de la cercanía en cualquiera de las etapas de la vida. Cercanía en la enfermedad, en la soledad, en el sufrimiento, en la ansiedad, en la depresión, en el desaliento, en las pruebas, en las ilusiones, en los sueños, en las alegrías... La devoción a María lleva a largo o a corto plazo a un encuentro con la alegría de recibir la buena noticia de la salvación que es Jesucristo. Recuerdo, a propósito de esto, a una mujer que ante los comentarios, no del todo positivos, sobre cómo se acercaban algunos emigrantes a celebrar a la Virgen de su país, nos dijo en la sacristía: “Lo importante es que vayan a la Virgen y ya se encargará ella de hacer todo lo que tenga que hacer”. Que vayan, que la quieran y ya se encargará ella de los demás.

Dejarse mirar por la madre de Dios. Dejarse en la mirada de la Madre de Dios. Me ayudó a descubrir esto la conversación con un joven hace unos días que me decía: “Mira Agustín, he tenido unos meses que cada vez que iba a la oración salía peor de cómo entraba. No podía salir de mí mismo cada vez que me ponía en actitud de silencio para orar. En este tiempo el rezo del rosario ha sido la herramienta para no encerrarme en mi mundo y ser capaz de orar apoyándome en el acompañamiento de María”.

La escuela de María nos enseña a aprender por medio de su propia vida, por medio de sus obras. Estas transmiten unos contenidos pero sobre todo transmiten una actitud hacia Dios, hacia los demás y hacia nosotros mismos. Una actitud de profundo agradecimiento que hace brillar a María como la mujer de esperanza. Esperanza que se apoya en Dios al entender que de Dios viene todo don y actitud ante la vida como un don que desemboca en el agradecimiento. En la capilla de las clarisas entró un hombre que hablaba en voz alta sin poderle entender lo que decía y con una actitud que, para el ambiente de silencio que había, era molesta. Al marcharse, uno de los que estaban allí salió para darle algo pues veía que era necesitado, incluso le había visto algún día dormir en un cajero. Le preguntó: “¿qué decías antes?” Y este le contestó: “Le doy gracias a Dios porque es muy bueno conmigo”. El agradecimiento del don frente al resentimiento de la exigencia. Los huesos secos frente a la acción del Espíritu.

La pregunta de Yavé al profeta es “¿podrán revivir estos huesos?” El profeta sólo responde: “**Tú lo sabes**, Señor”. Suena esta respuesta a la respuesta de Pedro: “Tú sabes que te quiero”. La respuesta del profeta es pru-

dente. La respuesta de Pedro está llena del agradecimiento misericordioso. Una expresión de amor agradecido tras el don del perdón.

Nos pone en la pista ese “Tú lo sabes” para comprender que la acción de dar vida a los huesos secos no está en nuestro poder sino en el poder de Dios, en la fuerza de Dios, en el espíritu que da vida. La fuerza no está en nuestros lamentos sino en nuestra confianza, el poder no está en nuestros planteamientos sino en la presencia del evangelio en lo que planteamos, la vida no depende de nuestra animación sino de nuestra presencia en el mundo como cristianos, para que el mundo sea animado por la acción de Dios. Cada uno de nosotros hemos de pedir a Dios la esperanza de dar vida a todo lo que en nosotros se ha secado: la esperanza en el cielo, la transformación del mundo, la confianza de saber que lo que viene de Dios y compromete a vivir de una forma determinada es bueno, la necesidad de rezar, la apertura a la gracia de Dios en el perdón, la visión común de la vida del pueblo, la alegría de compartir el tiempo y las cosas, el gozo de compartir las alegrías de los demás, la sonrisa de un saludo cariñoso, la visión de la vida como don...

El Señor ordena a Ezequiel que se dirija a esos huesos secos y nos narra la escritura que mientras se está dirigiendo a ellos para que escuchen la palabra del Señor, esos huesos empiezan a ensamblar con músculo y nervios. Todo exteriormente bien formado, bien arreglado, bien restaurado, bien desarrollado, bien trabajado. Pero no tenían espíritu ¿Os imagináis que a nosotros por el desgaste rutinario de la vida nos terminara pasando lo mismo? ¿Que formalmente estuviéramos con todo aprendido y arreglado y que nos faltara espíritu? ¿Os imagináis a algunos conocidos vuestros a los que al acercarse a una fiesta de la Virgen les falte espíritu? ¿No conocéis a alguien para quien la dimensión de la fe es ya un patrimonio histórico? ¿Lo conocéis y no está muy lejos? Ahí está nuestra misión al igual que en esta visión se muestra la del profeta Ezequiel. Pedir al espíritu que anime estos cuerpos llenos de vida pero faltos de espíritu. “Espíritu, ven y sopla en estos muertos para que vivan”.

María nos reconstruye como madre. Nos enseña a vivir la apertura al Espíritu Santo como maestra. Pidamos por nosotros para que el Señor lleve de vida nuestros huesos secos. Porque él puede hacerlo si nos abrimos a la gracia. Pidamos para que nuestra devoción a María no sea una devoción sin espíritu. La ermita de Muñó en lo alto nos invita a que por la devoción a María veamos a nuestro mundo desde la atalaya para ver más allá de lo que se ve a pie de calle. La ermita de Argaño en una zona más llana nos recuerda que la devoción a María es para vivirla en nuestro día a día. Así nuestro mundo ira viviendo nuestra propia conversión y la transformación que necesita para que sea más fraterno y más humano.

El papa santo Juan XXIII visitó esta catedral y en su visita al menos un ave María dirigiría a esta imagen de la Virgen. Parafraseando las palabras que pronunció en la alocución desde el balcón, en lo que se ha llamado el discurso de la luna os digo: Regresando a casa, encontraréis a los niños, hacedles una caricia y decidles: esta es la caricia de la Virgen. Tal vez encontraréis alguna lágrima que enjugar. Tened una palabra de aliento para quien sufre. Sean los afligidos que la virgen está con sus hijos, especialmente en la hora de la tristeza y la amargura. En fin, recordemos todos, especialmente el vínculo de la caridad y cantando, o suspirando, o llorando, pero siempre llenos de confianza en Cristo que nos ayuda y nos escucha, procedamos serenos y confiados por nuestro camino...Os recomiendo que no os detengáis sólo en un arranque de buenos propósitos.

Santa María intercede para que nuestros huesos secos se llenen de vida y pidamos la vida para todos los que están secos. Santa María madre de Dios ruega con nosotros, ruega por nosotros.

AGUSTÍN BURGOS ASURMENDI

## DÍA OCTAVO

Esta tarde, convocatoria en muchas parroquias y pueblos para celebrar la fiesta de “La Virgen” “Nuestra Señora”. Fiesta arraigada en la fe del pueblo creyente. Hemos escuchado la aclamación espontánea de la mujer anónima del evangelio, portavoz de la admiración por Jesús, elogiando a su Madre. La bienaventuranza de María es ampliada por Jesús a todos los discípulos: “dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan”.

En esta solemnidad de la Asunción contemplamos a María: ella nos abre a la esperanza, a un futuro lleno de alegría y nos enseña el camino para alcanzarlo: acoger en la fe a su Hijo.

Palabras significativas: Fiesta; alegría; escucha.

La fiesta es parte integrante de la alegría. La fiesta se puede organizar, la alegría no. Sólo puede ofrecerse como don; y, de hecho, se nos ha dado en abundancia: por eso nos sentimos agradecidos. La alegría es el don en el que se resumen todos los demás dones. Es la manifestación de la felicidad, de estar en armonía consigo mismo, lo cual sólo puede derivar de estar en armonía con Dios y con su creación. La alegría, por su propia naturaleza, debe irradiarse, debe comunicarse. El espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso de comunicar la alegría que nos ha sido dada (Benedicto XVI).

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del

pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (Francisco, EG 1)

La Palabra de Dios proclamada en la Liturgia ilumina el camino de la alegría de la fe en María:

1. En primer lugar, una experiencia de Fiesta: Es lo que hemos escuchado de modo resumido en la crónica de la gran fiesta del pueblo de Israel, con el rey David a la cabeza: música, sacrificios. El motivo es la entronización del Arca de la Alianza. La descripción del Arca es impresionante: maderas nobles, revestida de oro, etc. y que guarda lo más valioso: el signo de la Alianza: “Yo seré vuestro Dios; vosotros seréis mi pueblo”.

Sin embargo lo más valioso está en unas humildes tablas de piedra (para quienes sólo ven las apariencias algo decepcionante). Todos podrían admirar el oro y el arte del arca (Ex 37,1-9), pero el verdadero valor sólo es perceptible desde la fe y desde el amor. Esas piedras representan la Alianza, el amor incondicional de Dios y significan la esperanza de vida para el pueblo.

Es el modo de hacer de Dios: las cosas de Dios comienzan por el pesebre, en la pobreza y la humildad. Sólo desde la fe se entiende; sólo se ve bien con el corazón.. “Os quedaréis sin la vida si le quitáis el misterio” (el misterio como realidad humana penetrada de la presencia de Dios). El tesoro que eran las tablas de la ley es ahora Jesucristo. El es verdadero tesoro.

2. La 2ª lectura nos ha señalado la fuerza de este tesoro: María es el arca de la nueva Alianza y causa de nuestra alegría. Es la Nueva Alianza: la antigua ley ha quedado superada por el amor entregado en Jesucristo; fuente de alegría y esperanza, porque la muerte ha sido vencida. Es lo que hemos escuchado en la carta de San Pablo. Jesucristo es la Palabra definitiva. Al proclamar hoy este texto los cristianos proclamamos a María unida estrechamente a su Hijo y solidaria con su destino. Participa del triunfo de la vida sobre la muerte: Dichosa tú, porque has creído. En el “Sí” de María está la respuesta afirmativa al “Sí de Dios”. Además estrechamente unida a sus hijos, a toda la humanidad, llamada a la realización plena y al triunfo de la vida sobre la muerte.

Cierto. San Pablo dirá que llevamos este tesoro en vasos de barro. María proclama la grandeza del Señor en la fragilidad: “porque ha mirado la humillación de su esclava”; no es el oro deslumbrante que recubría el arca, sino la fe y la humildad de la sierva del Señor, el oro ha quedado convertido en el amor que se entrega y da la vida.

3. El texto del Evangelio nos indica el camino recorrido por María y el que estamos llamados a recorrer como discípulos: Es el camino de la escucha.

La aclamación espontánea de la mujer anónima evoca admiración, asombro, por Jesús. En el comienzo del camino de la fe está el asombro... ante el primer anuncio se llena de alegría, no es un “viva” programado, sino de quien se siente sorprendido.

Es muy importante la admiración, pero sólo es el comienzo. Jesús tuvo muchos admiradores y pocos seguidores.

Jesús reorienta el elogio de la mujer en la línea de la fe y del discipulado y lo hace en plural “dichosos los que escuchan...” La proclamación de bienaventurada no es excluyente, sino que en su triunfo estamos llamados a entrar todos en la alegría de la fe. Es el dinamismo del discípulo: “todo el que viene a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica” (Lc 6,47).

La escucha de calidad es la base para construir la casa bien asentada (Lc 6,48-49).

Escuchar (auscultar); no basta con oír (“cristianos de oídas”). La escucha de calidad precisa de la orientación del corazón (quizá conocemos mucho de oídas, pero afinamos poco el oído).

María es la oyente/escuchante de la Palabra de Dios. Es el primer mandamiento de la Ley (“Escucha Israel”) y el gran pecado del pueblo: no escuchar.

Si recordamos las primeras palabras que Dios dirige al hombre y a la mujer (¿dónde estás? ¿Quién te informó? ¿Qué has comido?), pensemos en la 2ª pregunta, en la cuestión de la información, de la escucha. “la serpiente me engañó...”

Eva escuchó con gusto a la serpiente, porque le habló de ser como Dios... y eso es muy tentador. Mientras Eva pretendía ser como Dios, María sólo quiere “ser de Dios”. Escucha la Palabra de Dios, en las Escrituras y en los acontecimientos de la vida. “María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos” (EG 288)

El que escucha y guarda (cumple). Escuchar es sentirse implicado: es entrar en la corriente de amor que da confianza al Otro, le da la palabra: “habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9).

La escucha, en definitiva, es el amor puesto en acción; es desplegar el proyecto de Dios. Escucha de Dios y de los acontecimientos, de las personas, especialmente de los pobres, los que no tienen palabras, pero son palabra. Podemos afirmar de la escucha, lo que San Juan dice del amor: “quien no ama (escucha) a su hermano a quien ve, no puede amar (escuchar) a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20).

María es el ser humano que se nos ha adelantado plenamente, y que por ello es para nosotros un foco de esperanza. Con el Papa Francisco, “rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo. Es el Resucitado quien nos dice, con una potencia que nos llena de inmensa confianza y de firmísima esperanza: «Yo hago nuevas todas las cosas» (EG 288)

ÁNGEL MARINO GARCÍA CUESTA



## Comisión de iniciación cristiana

### CONFIRMACIÓN DE ADULTOS 2014-2015

Para facilitar la recepción de los sacramentos de iniciación de aquellos cristianos adultos que quieren profundizar en su formación y compromiso cristiano, y que no han recibido el sacramento de la confirmación, la diócesis de Burgos, por medio de la Comisión de Iniciación Cristiana ofrece unos cursillos de confirmación de adultos (mayores de 20 años).

Dos convocatorias de confirmaciones en la **ciudad de Burgos**.

#### 1) Confirmación el sábado, 20 de diciembre de 2014.

Catequesis preparatorias:

Los jueves, de 20,30 a 21,45, a partir del 2 de octubre.

En los salones parroquiales de Ntra. Sra. de Fátima, (centro S. Juan XXIII, C/ Fátima).

#### 2) Confirmación el sábado, 23 de mayo de 2015

Catequesis preparatorias:

**Semanalmente:** Los jueves, de 20,30 a 21,45, a partir del 19 de febrero.

En los salones parroquiales de Ntra. Sra. de Fátima, (centro S. Juan XXIII, C/ Fátima)

**Intensivas:** Sábados, 21 de Marzo, 18 de Abril y 16 de Mayo.

De 10,30 a 13,30 y de 16,30 a 19,30, en los salones parroquiales de S. Martín de Porres (entrada por calle particular, c/ Soria, 12)

En **Aranda, Miranda y otros arciprestazgos**, consultar en las parroquias.

Para inscribirse es preciso acudir a la parroquia Ntra. Sra. de Fátima. (C/ Fátima, s/n)

Más información: [confirmacionadultosburgos@gmail.com](mailto:confirmacionadultosburgos@gmail.com);  
tfno 630704601.



## Delegación de infancia y juventud

### COMENZAMOS

Con una jornada en la localidad de Aranda de Duero, la delegación diocesana de infancia y juventud ha convocado el sábado día 20 a jóvenes y animadores de la diócesis para comenzar este curso pastoral en los ámbitos de la infancia y la juventud. El lema de este curso está inspirado en Santa Teresa de Jesús: “a tiempos recios, amigos fuertes de Dios”. En esta línea se presentó la programación en la que se proponen diferentes momentos para poder desarrollar esta amistad fuerte con Dios. Entre ellas los momentos de oración mensual y semanal, los ejercicios y la lectio divina, la pastoral con adolescentes y con los centros de tiempo libre, los encuentros de jóvenes y de animadores además de las propuestas de primer anuncio en la experiencia de centinelas de la mañana y de los cursos alpha. El momento de formación de esta jornada ha sido en torno a la Eucaristía.

Tras la visita explicada a la exposición, divididos en cinco grupos los jóvenes participantes han compartido el sentido de la eucaristía y el compromiso que nace de ella. La propuesta de voluntariado en la unidad de mínima exigencia, la experiencia misionera en Perú y la participación en un campo de trabajo en Palestina son algunas de las actividades programadas en este curso para vivir la dimensión del compromiso. Por la tarde se vivió el momento de compartir experiencias del verano y de recordar mediante proyecciones las actividades del curso pasado. La celebración de la eucaristía en la iglesia de la vera cruz fue el momento para vivir todo lo tratado en el día e ir descubriendo mediante el símbolo de un botiquín de primeros auxilios todo lo que Cristo nos entrega en este sacramento. Terminaba la jornada poniéndonos en mano de María para que sea ella la que nos acompañe especialmente en este curso que comienza.



## Noticias de interés

- El pasado 8 de septiembre, en la Casa de la Iglesia, se ha celebrado la tradicional reunión de comienzo de curso de los Tribunales eclesiásticos de la Archidiócesis de Burgos. Este año han participado una veintena de miembros de los tribunales de Burgos (8), Bilbao (3), Vitoria (3), Palencia (3), y Soria (1). La reunión fue presidida por el Arzobispo de Burgos. A las 11 de la mañana D. Antonio Carlos Martín, experto en psicología y colaborador, además del Tribunal de la Rota de Madrid, de otros muchos tribunales eclesiásticos, disertó sobre las pericias psicológicas en las causas de nulidad del matrimonio, incidiendo



en la temporalidad de las causas psicológicas que pueden llevar a la declaración de nulidad. Tras un rico diálogo, se concluyó la reunión con una puesta en común sobre la relación entre tribunales y asuntos concernientes a los mismos. Un fraternal almuerzo en el que reinó el buen ambiente y una agradable convivencia dio por concluido el encuentro con la convicción de la conveniencia y utilidad de los mismos para la buena marcha de los tribunales de la Provincia eclesiástica.

- De Cursillos de Cristiandad nos escriben: *“Ya estamos preparando el próximo Cursillo de Cristiandad N° 232 de la Diócesis de Burgos que celebraremos, en el Monasterio de San Pedro de Cardeña, los días 21, 22 y 23 de noviembre de 2014. Parece que queda todavía mucho tiempo pero ya es momento de anunciarlo y comunicarlo a aquellos que tenemos a nuestro alrededor. El Cursillo de Cristiandad es una experiencia única de encuentro con uno mismo, con los demás y con Cristo, todo un Dios que se hace Hombre por ilimitado amor al mundo... ¡No esperes más! Si ya has vivido un Cursillo de Cristiandad no dudes en reenviar este mensaje a todos tus familiares/amigos/contactos.... Y si todavía no has vivido esta experiencia, es el momento de planteártelo, informarte y apuntarte al próximo Cursillo.”*
- El 20 de septiembre pasado se celebró en el Centro Diocesano de Espiritualidad del Corazón de Jesús en Valladolid el encuentro anual de Delegados Diocesanos de Familia y Vida de Castilla y León. El tema tratado fue: “Ministerio de sanación y acompañamiento a los cristianos separados” y fue presentado por D<sup>a</sup> María Luisa Erhart, fundadora de Betania. Es un tema muy a tener en cuenta en la vida de las familias. El Directorio de Pastoral Familiar le dedica el capítulo V (“La atención pastoral de las familias en situaciones difíciles e irregulares”).
- El día 24 del pasado mes de septiembre celebramos la Fiesta de Nuestra Señora de la Merced, día en que la Iglesia nos invitaba a fijar nuestra mirada en las prisiones españolas que en la actualidad retienen a 66.857 personas de las que más de 11.000 están sin condena y 20.474 son extranjeras. Cifras escalofriantes: Cada dos días muere una persona reclusa en nuestras prisiones. Enfermedades cardíacas, sobredosis, suicidios... Unas 2000 personas que cumplen condena en España sufren un trastorno mental grave cronicado. Ocho de cada diez personas reclusas han padecido un trastorno mental a lo largo de su vida y cuatro de cada diez lo presenta en el momento actual. El 70% de las personas presas que padecen discapacidad intelectual, ingresan en las cárceles sin un diagnóstico. Cerca de un 45% de la población reclusa actual estará incapacitada para llevar una vida normal en libertad al finalizar su condena.

## Comunicados eclesiales

### Santo Padre



I

### DISCURSO A LOS SACERDOTES DE LA DIÓCESIS DE CASERTA

(26-7-2014)

*Al llegar a Caserta el Papa Francisco se reunió con los sacerdotes de la diócesis en la capilla palatina del palacio real y mantuvo con ellos un diálogo. Introdujo la conversación el obispo Giovanni D'Alise con estas palabras.*

Santidad, no he preparado nada escrito porque comprendí inmediatamente que usted quiere una relación cercana y profunda con los sacerdotes. Por lo tanto, le digo: bienvenido. Esta es nuestra Iglesia, los sacerdotes, y luego iremos a ver el resto de la Iglesia, en tanto celebraremos la Eucaristía. Para mí este momento es importante, porque hace dos meses que estoy aquí, y comenzar este episcopado con su presencia y su bendición es para mí una gracia en la gracia. Y ahora esperamos su palabra. Sabiendo que usted desea un diálogo, los sacerdotes prepararon algunas preguntas para usted.

*El Papa Francisco dio las gracias al prelado e invitó a los presentes a formular sus preguntas.*

He preparado un discurso, pero lo entregaré al obispo. Muchas gracias por la acogida. Gracias. Estoy contento y me siento un poco culpable de haber causado tantos problemas el día de la fiesta patronal. Pero yo no sabía. Cuando llamé al obispo para decirle que quería venir a realizar una

visita privada, aquí, a un amigo, el pastor Traettino, él me dijo: «Ah, precisamente el día de la fiesta patronal». E inmediatamente pensé: «Al día siguiente en los periódicos aparecerá: en la fiesta patronal de Caserta el Papa estuvo con los protestantes». Un buen titular, ¿eh? Y así hemos acomodado la cuestión, con un poco de prisa, pero el obispo me ha ayudado mucho, y también la gente de la Secretaría de Estado. Cuando llamé al sustituto le dije: «Por favor, quítame la cuerda del cuello». Y lo hizo bien. Gracias por las preguntas que haréis, podemos comenzar; se hacen las preguntas y yo veo si podemos agrupar dos o tres, de lo contrario respondo a cada una.

*Siguió el diálogo con los sacerdotes, del cual publicamos la traducción de la transcripción.*

*Santidad, gracias. Soy el vicario general de Caserta, don Pasquariello. Un gracias inmenso por su visita aquí a Caserta. Quisiera hacer una pregunta: el bien que usted está trayendo a la Iglesia católica con sus homilias cotidianas, los documentos oficiales, especialmente la *Evangelii gaudium*, están marcadas, sobre todo, por la conversión espiritual, íntima, personal. Es una reforma que compromete, según mi modesto parecer, sólo el ámbito de la teología, de la exégesis bíblica y de la filosofía. Junto a esta conversión personal, que es esencial para la salvación eterna, vería útil alguna intervención, por parte de Su Santidad, que implique más al pueblo de Dios, precisamente como pueblo. Me explico. Nuestra diócesis, desde hace novecientos años, cuenta con límites absurdos: algunos territorios comarcales están divididos por la mitad con la diócesis de Capua y con la de Acerra. Incluso, la estación de la ciudad de Caserta, a menos de un kilómetro del municipio, pertenece a Capua. Por este motivo, Beatísimo Padre, le pido una intervención que traiga solución para que nuestras comunidades ya no tengan que sufrir a causa de traslados inútiles y no sea ulteriormente mortificada la unidad pastoral de nuestros fieles. Está claro, Santidad, que usted en el número 10 de la *Evangelii gaudium* dice que estas cosas pertenecen al episcopado; sin embargo, yo recuerdo que siendo joven sacerdote –hace 47 años– fuimos a ver a monseñor Roberti –él había salido de la Secretaría de Estado– y llevamos un poco de problemas también allí; y dijeron, después de explicar la cuestión: «Poneos de acuerdo con los obispos y nosotros firmaremos». Esto es una bellísima cosa. ¿Pero cuándo se ponen de acuerdo los obispos?*

**Papa Francisco:** Algunos historiadores de la Iglesia dicen que en algunos de los primeros Concilios los obispos llegaron incluso a los puñetazos, pero luego se ponían de acuerdo. Y esto es un mal signo. Es mala cosa cuando los obispos hablan mal uno del otro, o forman cordada. No digo tener unidad de pensamiento o unidad de espiritualidad, porque esto es bue-

no, digo cordada en el sentido negativo de la palabra. Esto es feo porque se rompe precisamente la unidad de la Iglesia. Esto no es de Dios. Y nosotros obispos debemos dar el ejemplo de unidad que Jesús pidió al Padre para la Iglesia. Pero no se puede ir hablando mal uno del otro: «Este lo hace así y aquel hace la cosas así...». Anda, y dilo de frente. Nuestros antepasados en los primeros Concilios llegaban a los puñetazos, y yo prefiero que se griten cuatro cosas de esas fuertes y luego se abracen y no que se hablen a escondidas uno contra el otro. Esto, como principio general, o sea: en la unidad de la Iglesia es importante la unidad entre los obispos. Usted destacó luego un camino que el Señor quiso para su Iglesia. Y esta unidad entre los obispos es la que favorece el ponerse de acuerdo sobre esto y sobre aquello. En un país –no en Italia, en otra parte– hay una diócesis cuyos límites se establecieron de nuevo, pero con motivo de la ubicación del tesoro de la catedral están en conflicto en los tribunales desde hace más de cuarenta años. Por dinero: ¡esto no se comprende! ¡Es aquí donde festeja el diablo! Es él quien gana. Es hermoso que usted diga que los obispos deban siempre estar de acuerdo: pero de acuerdo en la unidad, no en la uniformidad. Cada uno tiene su carisma, cada uno tiene su modo de pensar, de ver las cosas: esta variedad a veces es fruto de errores, pero muchas veces es fruto del Espíritu mismo. El Espíritu Santo quiso que en la Iglesia exista esta variedad de carismas. El Espíritu mismo hace la diversidad, luego logró formar la unidad; una unidad en la diversidad de cada uno, sin que nadie pierda la propia personalidad. Deseo que lo que usted ha dicho siga adelante. Además, todos somos buenos, porque todos tenemos el agua del Bautismo, tenemos el Espíritu Santo dentro que nos ayuda a seguir adelante.

*Soy el padre Angelo Piscopo, párroco de San Pedro apóstol y de San Pedro en la Catedral. Mi pregunta es esta: Santidad, en la exhortación apostólica Evangelii gaudium usted invitó a alentar y reforzar la piedad popular, como precioso tesoro de la Iglesia católica. Al mismo tiempo, sin embargo, mostró el riesgo –lamentablemente cada vez más real– de la difusión de un cristianismo individual y sentimental, más atento a las formas tradicionales y a la revelación, privado de los aspectos fundamentales de la fe y de incidencia en la vida social. ¿Qué sugerencia puede darnos para una pastoral que, sin mortificar la piedad popular, pueda relanzar el primado del Evangelio? Gracias, Santidad.*

**Papa Francisco:** Se oye decir que este es un tiempo donde la religiosidad ha disminuido, pero yo no creo mucho en eso. Porque son estas corrientes, estas escuelas de religiosidad intimistas, como los gnósticos, que hacen una pastoral similar a una oración pre-cristiana, una oración pre-bíblica, una oración gnóstica, y el gnosticismo entró en la Iglesia en estos grupos de piedad intimista: a esto llamo intimismo. El intimismo no hace bien, es algo para mí, estoy tranquilo, me siento lleno de Dios. Es un poco –no

es lo mismo—, pero va en cierto sentido por el camino de la *New Age*. Hay religiosidad, sí, pero una religiosidad pagana, o incluso herética; no debemos tener miedo de pronunciar esta palabra, porque el gnosticismo es una herejía, fue la primera herejía de la Iglesia. Cuando hablo de religiosidad, hablo de ese tesoro de piedad, con muchos valores, que el gran Pablo VI describía en la *Evangelii nuntiandi*. Pensad una cosa: el *Documento de Aparecida*, el documento de la quinta Conferencia del episcopado latinoamericano, para hacer una síntesis al final del documento mismo, en el último párrafo, ya que los otros dos eran de agradecimiento y de oración, tuvo que ir cuarenta años atrás y tomar un trozo de la *Evangelii nuntiandi*, que es el documento pastoral post-conciliar que aún no se ha superado. Tiene una actualidad enorme. En ese documento Pablo VI describe la piedad popular, afirmando que la misma algunas veces debe ser también evangelizada. Sí, porque como toda piedad existe el riesgo de ir un poco por una parte y un poco por otra y no contar con una expresión de fe fuerte. Pero la piedad que tiene la gente, la piedad que entra en el corazón con el Bautismo es una fuerza enorme, a tal punto que el pueblo de Dios que tiene esta piedad, en su conjunto, no puede equivocarse, es infalible *in credendo*: así dice la *Lumen gentium* en el número 12. La piedad popular verdadera nace de ese *sensus fidei* del que habla este documento conciliar y guía en la devoción de los santos, de la Virgen, incluso con expresiones folklóricas en el sentido bueno de la palabra. Por ello la piedad popular está fundamentalmente inculturada, no puede ser una piedad popular de laboratorio, fría, sino que siempre nace de nuestra vida. Se pueden cometer pequeños errores —es necesario, por lo tanto, vigilar—, sin embargo, la religiosidad popular es un instrumento de evangelización. Pensemos en los jóvenes de hoy. Los jóvenes —al menos la experiencia que tuve en la otra diócesis—, los jóvenes, los movimientos juveniles en Buenos Aires no funcionaban. ¿Por qué? Se les decía: hagamos una reunión para hablar... y al final los jóvenes se aburrían. Pero cuando los párrocos encontraron el camino para implicar a los jóvenes en las pequeñas misiones, ir de misión en vacaciones, la catequesis en los pueblos que tienen necesidad, en los poblados que no tienen sacerdote, entonces ellos se sumaban. Los jóvenes quieren de verdad este protagonismo misionero y de ahí aprenden a vivir una forma de piedad que se puede incluso llamar piedad popular: el apostolado misionero de los jóvenes tiene algo de piedad popular. La piedad popular es activa, es un sentido de fe profundo —dice Pablo VI—, que sólo los sencillos y los humildes son capaces de tener. ¡Esto es grande! En los santuarios, por ejemplo, se ven milagros. Cada 27 de julio yo iba al santuario de San Pantaleón, en Buenos Aires, y confesaba por la mañana. Volvía renovado por esa experiencia, volvía avergonzado por la santidad que encontraba en la gente sencilla, pecadora pero santa, porque decía los propios pecados y luego contaba cómo vivía, cómo era el problema del hijo

o de la hija o de esto o de lo otro, y cómo visitaba a los enfermos. Se transparentaba un sentido evangélico. En los santuarios se encuentran estas cosas. Los confesonarios de los santuarios son un sitio de renovación para nosotros sacerdotes y obispos; son un curso de actualización espiritual, por el contacto con la piedad popular. Y los fieles, cuando vienen a confesarse, te dicen sus miserias, pero tú ves detrás de esas miserias la gracia de Dios que los conduce a ese momento. Ese contacto con el pueblo de Dios que reza, que es peregrino, que manifiesta su fe con esa forma de piedad, nos ayuda mucho en nuestra vida sacerdotal.

*¿Me permite llamarle padre Francisco?, porque la paternidad implica inevitablemente una santidad, cuándo es auténtica. Como discípulo de los padres jesuitas, a quienes debo mi formación, cultural y sacerdotal, digo primero mi impresión, y luego una pregunta que dirijo a usted de modo especial. El identikit del sacerdote del tercer milenio: equilibrio humano y espiritual; conciencia misionera; apertura al diálogo con otros credos, religiosos o no. ¿Por qué esto? Usted ciertamente ha realizado una revolución copernicana por lenguaje, estilo de vida, comportamiento y testimonio sobre las temáticas más destacadas a nivel mundial, incluso de los ateos y de los alejados de la Iglesia cristiano-católica. La pregunta que le hago: ¿cómo es posible en esta sociedad –con una Iglesia que desea crecer y desarrollarse, en esta sociedad en evolución dinámica y conflictiva y muy a menudo lejana de los valores del Evangelio de Cristo– ser nosotros una Iglesia, con mucha frecuencia, con cierto retraso? Su revolución lingüística, semántica, cultural y de testimonio evangélico está suscitando ciertamente en las conciencias una crisis existencial para nosotros sacerdotes. ¿De qué modo nos sugiere los caminos, soñadores y creativos, para superar, o al menos para atenuar, esta crisis que advertimos? Gracias.*

**Papa Francisco:** Eso. ¿Cómo es posible, con la Iglesia en crecimiento y desarrollo, ir hacia adelante? Usted decía algunas cosas: equilibrio, apertura dialógica... Pero, ¿cómo es posible caminar? Usted mencionó una palabra que me gusta mucho: es una palabra divina, y si es humana es porque es un don de Dios: *creatividad*. Es el mandamiento que Dios dio a Adán: «Ve y haz crecer la Tierra. Sé *creativo*». Es también el mandamiento que Jesús dio a los suyos, a través del Espíritu Santo, por ejemplo la creatividad de la primera Iglesia en las relaciones con el judaísmo: Pablo fue un creativo; Pedro, ese día cuando fue a ver a Cornelio, tenía un gran miedo, porque estaba haciendo algo nuevo, algo creativo. Pero él fue allí. Creatividad es la palabra. ¿Y cómo se puede encontrar esta creatividad? Antes que nada –y esta es la condición si queremos ser creativos *en el* Espíritu, es decir en el Espíritu del Señor Jesús– no hay otro camino más que la oración. Un obispo que no reza, un sacerdote que no reza ha cerrado la puerta, ha cerrado la senda de la creatividad. Es precisamente en la ora-

ción cuando el Espíritu te hace percibir algo, y viene el diablo y te hace sentir otra cosa; pero en la oración está la condición para seguir adelante. Incluso si la oración muchas veces puede parecer aburrida. La oración es muy importante. No sólo la oración del Oficio divino, sino la liturgia de la misa, serena, bien hecha con devoción, la oración personal con el Señor. Si nosotros no rezamos, seremos tal vez buenos empresarios pastorales y espirituales, pero la Iglesia sin oración se convierte en una ONG, no tiene esa *unctio Spiritus Sancti*. La oración es el primer paso, porque es un abrirse al Señor para poder abrirse a los demás. Es el Señor que dice: «Ve por aquí, ve por allá, haz esto...», te suscita esa creatividad que a muchos santos les costó tanto. Pensad en el beato Antonio Rosmini, quien escribió *Las cinco llagas de la Iglesia*, fue precisamente un crítico creativo, porque rezaba. Escribió lo que el espíritu le hizo percibir, por esto fue a la cárcel espiritual, es decir, a su casa: no podía hablar, no podía enseñar, no podía escribir, sus libros estaban en el Índice. ¡Hoy es beato! Muchas veces la creatividad te lleva a la cruz. Pero cuando viene de la oración, da fruto. No la creatividad un poco a la *sans façon* y revolucionaria, porque hoy está de moda ser revolucionario; no, esto no es del Espíritu. Pero cuando la creatividad viene del Espíritu y nace de la oración te puede traer problemas. La creatividad que viene de la oración tiene una dimensión antropológica de trascendencia, porque mediante la oración te abres a la trascendencia, a Dios. Pero está también la otra trascendencia: abrirse a los demás, al prójimo. No hay que ser una Iglesia cerrada en sí, que se mira el ombligo, una Iglesia autorreferencial, que se mira a sí misma y no es capaz de trascender. Es importante la trascendencia dúplice: hacia Dios y hacia el prójimo. Salir de sí no es una aventura, es un camino, es el camino que Dios ha indicado a los hombres, al pueblo desde el primer momento cuando dijo a Abrahán: «Deja tu tierra». Salir de sí. Y cuando salgo de mí, encuentro a Dios y encuentro a los demás. ¿Cómo encuentro a los demás? ¿De lejos o de cerca? Es necesario encontrarlos de cerca, la cercanía. Creatividad, trascendencia y cercanía. Cercanía es una palabra clave: ser cercano. No asustarse de nada. Ser cercano. El hombre de Dios no se asusta. Pablo mismo, cuando vio tantos ídolos en Atenas, no se asustó, y dijo a esa gente: «Vosotros sois religiosos, con tantos ídolos... pero yo os hablaré de otro». No se asustó y se acercó a ellos, y citó también a sus poetas: «Como dicen vuestros poetas...». Se trata de cercanía a una cultura, cercanía a las personas, a su modo de pensar, a sus dolores, a sus resentimientos. Muchas veces esta cercanía es precisamente una penitencia, porque tenemos que escuchar cosas aburridas, cosas ofensivas. Hace dos años, un sacerdote misionero en Argentina –era de la diócesis de Buenos Aires y había ido a una diócesis del sur, en una zona donde no había sacerdote desde hacía años, y habían llegado los evangelistas– me contaba que fue a visitar a una mujer que había sido la maestra del pueblo y luego la directora de

la escuela del poblado. Esta señora lo invitó a sentarse y comenzó a insultarlo, no con palabras feas, sino a insultarlo con fuerza: «Nos habéis abandonado, nos habéis dejado solos, y yo que necesito la Palabra de Dios me vi obligada a ir al culto protestante y me hice protestante». Este sacerdote joven, que es humilde, es alguien que reza, cuando la mujer acabó la catarata, le dijo: «Señora, sólo una palabra: perdón. Perdónanos, perdónanos. Hemos abandonado al rebaño. Y el tono de esa mujer cambió. Siguió siendo protestante y el sacerdote no mencionó el tema de cuál es la verdadera religión: en ese momento no se podía hacer eso. Al final, la señora comenzó a sonreír y dijo: «Padre, ¿quiere un café?» —«Sí, tomemos un café». Y cuando el sacerdote estaba por salir, le dijo: «Quédese padre, venga», y lo llevó a la habitación, abrió el armario y estaba la imagen de la Virgen: «Usted debe saber que jamás la abandoné. La escondí por el pastor, pero en casa está». Es una anécdota que enseña cómo la cercanía, la mansedumbre hicieron que esta mujer se reconciliase con la Iglesia, porque se sentía abandonada por la Iglesia. Y yo le hice una pregunta que no se debe hacer nunca: «Y luego, ¿cómo acabó todo? ¿Cómo acabó la cuestión?». Pero el sacerdote me corrigió: «Ah, no, yo no pedí nada: ella sigue participando en el culto protestante, pero se ve que es una mujer que reza: que obre el Señor Jesús». Y no fue más allá, no invitó a volver a la Iglesia católica. Es esa cercanía prudente, que sabe hasta dónde se debe llegar. Pero cercanía significa también diálogo; hay que leer en la *Ecclesiam suam* la doctrina sobre el diálogo, que luego repitieron los demás Papas. El diálogo es muy importante, pero para dialogar son necesarias dos cosas: la propia identidad como punto de partida y la empatía con los demás. Si yo no estoy seguro de mi identidad y voy a dialogar, termino por canjear mi fe. No se puede dialogar si no es partiendo de la propia identidad; y la empatía, es decir, no condenar a priori. Cada hombre, cada mujer tiene algo propio para darnos; todo hombre, toda mujer, tiene la propia historia, la propia situación y debemos escucharla. Luego la prudencia del Espíritu Santo nos dirá cómo responder a ello. Partir de la propia identidad para dialogar, pero el diálogo no es hacer apologética, incluso si algunas veces se nos presentan preguntas que requieren una explicación. El diálogo es una cuestión humana, son los corazones, las almas los que dialogan, y esto es muy importante. No tener miedo de dialogar con nadie. Se decía de un santo, un poco bromeando —no recuerdo, creo que se trataba de san Felipe Neri, pero no estoy seguro—, que era capaz de dialogar incluso con el diablo. ¿Por qué? Porque tenía esa libertad de escuchar a todas las personas, pero partiendo de la propia identidad. Estaba muy seguro, pero estar seguro de la propia identidad no significa hacer proselitismo. El proselitismo es una trampa, que incluso Jesús en cierto sentido lo condena, *en passant*, cuando habla a los fariseos y a los saduceos: «Vosotros que dais la vuelta al mundo para encontrar un prosélito y luego os acor-

dáis de aquello...». Es una trampa. El Papa Benedicto tiene una expresión muy hermosa, la dijo en Aparecida pero creo que la repitió en otros lugares: «La Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción». ¿Y, qué es la atracción? Es esa empatía humana que luego la guía el Espíritu Santo. Así, pues, ¿cómo será el perfil del sacerdote de este siglo tan secularizado? Un hombre de creatividad, que sigue el mandamiento de Dios —«crear las cosas»—; un hombre de trascendencia, tanto con Dios en la oración como con los demás, siempre; un hombre de cercanía que se acerca a la gente. Alejar a la gente no es sacerdotal y de esta actitud la gente, a menudo, está cansada, y, sin embargo, viene igualmente a nosotros. Pero quien acoge a la gente y es cercano a ella, dialoga con la gente, lo hace porque se siente seguro de la propia identidad, que lo impulsa a tener el corazón abierto a la empatía. Esto es lo que se me ocurre decirle a su pregunta.

*Queridísimo padre: Mi pregunta se refiere al lugar donde vivimos: la diócesis, con nuestros obispos, la relación con nuestros hermanos. Y le pregunto: este momento histórico que estamos viviendo, ¿tiene expectativas en nosotros, presbíteros, es decir, de un testimonio claro, abierto, gozoso —como usted nos está invitando—, precisamente en la novedad del Espíritu Santo? Le pregunto: ¿qué podría ser propiamente, según usted, lo específico, el fundamento de una espiritualidad del sacerdote diocesano? Me parece haber leído en algún lugar que usted dice: «El sacerdote no es un contemplativo». Pero antes, no era así. Por lo tanto, ¿puede darnos un icono para tener presente con vistas al renacimiento, al crecimiento en la comunión de nuestra diócesis? Y, sobre todo, a mí me interesa cómo podemos ser fieles hoy al hombre, no tanto a Dios.*

**Papa Francisco:** ¡Bien! Usted ha dicho «la novedad del Espíritu Santo». Es verdad. Pero Dios es el Dios de las sorpresas, siempre nos sorprende, siempre, siempre. Leemos el Evangelio y encontramos una sorpresa tras otra. Jesús nos sorprende porque llega antes que nosotros: nos espera antes, nos ama antes, cuando nosotros lo buscamos, Él ya nos está buscando. Como dice el profeta Isaías o Jeremías, no recuerdo bien: Dios es como la flor del almendro, que florece antes de la primavera. Es el primero, siempre el primero, siempre nos espera. Y esta es la sorpresa. Muchas veces buscamos a Dios acá y Él nos está esperando allá. Y ahora vamos a la espiritualidad del clero diocesano. Sacerdote contemplativo, pero no como uno que está en la cartuja, no me refería a esa contemplación. El sacerdote debe tener contemplación, capacidad de contemplación tanto de Dios como de los hombres. Es un hombre que mira, que llena sus ojos y su corazón con esta contemplación: con el Evangelio ante Dios, y con los problemas humanos ante los hombres. En este sentido debe ser contemplativo. No hay que confundirse: el monje es otra cosa. Pero, ¿dónde está el centro de la espiritualidad del sacerdote diocesano? Diría que en la «diocesanidad».

Es tener la capacidad de abrirse a la diocesanidad. La espiritualidad de un religioso, por ejemplo, es la capacidad de abrirse a Dios y a los demás en la comunidad: tanto la más pequeña como la más grande de las congregaciones. En cambio, la espiritualidad del sacerdote diocesano es abrirse a la diocesanidad. Y vosotros, religiosos, que trabajáis en la parroquia, debéis hacer las dos cosas. Por eso el dicasterio de los obispos y el dicasterio de la vida consagrada están trabajando en una nueva versión de la *Mutuae relationes*, para que el religioso pertenezca a ambas. Pero volvamos a la diocesanidad: ¿qué significa? Significa tener una relación con el obispo y una relación con los demás sacerdotes. La relación con el obispo es importante, necesaria. Un sacerdote diocesano no puede estar separado del obispo. «Pero es que el obispo no me quiere, el obispo esto, el obispo lo otro...». Quizá el obispo sea un hombre con mal carácter, pero es tu obispo. Y debes encontrar también en esa actitud no positiva un camino para mantener la relación con él. De todos modos, esta es una excepción. Soy sacerdote diocesano porque tengo una relación con el obispo, una relación necesaria. Es muy significativo que en el rito de ordenación se haga voto de obediencia al obispo. «Yo prometo obediencia a ti y a tus sucesores». Diocesanidad significa una relación con el obispo, que se debe realizar y hacer crecer continuamente. En la mayoría de los casos no es un problema catastrófico, sino una realidad normal. En segundo lugar, la diocesanidad comporta una relación con los demás sacerdotes, con todo el presbiterio. No hay espiritualidad del sacerdote diocesano sin estas dos relaciones: con el obispo y con el presbiterio. Y son necesarias. «Yo me llevo bien con el obispo, pero a las reuniones del clero no voy porque se dicen estupideces». Con esa actitud te falta algo: no tienes la verdadera espiritualidad del sacerdote diocesano. Esto es todo: es sencillo, pero al mismo tiempo no es fácil. No es fácil, porque ir de acuerdo con el obispo no siempre es fácil, porque uno piensa de una manera y el otro piensa de otra, pero se puede discutir... ¡y que se discuta! ¿Y se puede hacer en voz alta? ¡Que se haga! Cuántas veces un hijo discute con su papá, pero al final son siempre padre e hijo. Sin embargo, cuando en estas dos relaciones, con el obispo y con el presbiterio, entra la diplomacia, no está el Espíritu del Señor, porque falta el espíritu de libertad. Hay que tener la valentía de decir «yo no pienso así, pienso de otra manera», y también la humildad de aceptar una corrección. Es muy importante. ¿Y cuál es el enemigo más grande de estas dos relaciones? Las habladurías. Muchas veces pienso –porque también yo tengo esta tentación de murmurar, la tenemos dentro; el diablo sabe que esta semilla le da frutos, y siembra bien–, pienso si no es consecuencia de una vida célibe vivida con esterilidad y no con fecundidad. Un hombre solo termina amargado, no es fecundo y murmura de los demás. Este es un aire que no hace bien, es precisamente lo que impide la relación evangélica, espiritual y fecunda con el obispo y con el presbiterio. Las habladurías son

el enemigo más fuerte de la diocesanidad, es decir, de la espiritualidad. Pero tú eres un hombre, por lo tanto, si tienes algo contra el obispo, ve y díselo. Luego tendrá consecuencias, llevarás la cruz, pero ¡sé hombre! Si eres un hombre maduro y ves algo en tu hermano sacerdote que no te agrada o que crees que está equivocado, ve y díselo en la cara, o si ves que no acepta ser corregido, ve a decírselo al obispo o al amigo más íntimo de ese sacerdote, para que pueda ayudarlo a corregirse. Pero no se lo digas a los demás: porque es ensuciarse unos a otros. Y el diablo es feliz con ese «banquete», porque así ataca precisamente el centro de la espiritualidad del clero diocesano. Para mí, las habladurías hacen mucho daño. Y no son una novedad posconciliar... San Pablo ya debió afrontarlas. ¿Recordáis la frase: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo...»? Las habladurías son una realidad ya presente en el inicio de la Iglesia, porque el demonio no quiere que la Iglesia sea una madre fecunda, unida, gozosa. ¿Cuál es, en cambio, el signo de que estas dos relaciones, entre el sacerdote y el obispo y entre el sacerdote y los demás sacerdotes están bien? Es la alegría. Así como la amargura es el signo de que no hay una verdadera espiritualidad diocesana, porque falta una hermosa relación con el obispo o con el presbiterio, la alegría es el signo de que las cosas funcionan bien. Uno puede discutir, puede enfadarse, pero la alegría está por encima de todo, y es importante que permanezca siempre en estas dos relaciones que son esenciales para la espiritualidad del sacerdote diocesano.

Quiero volver a otro signo, el signo de la amargura. Una vez me decía un sacerdote, en Roma: «Veo que muchas veces somos una Iglesia de enfadados, siempre enfadados unos con otros; tenemos siempre algo por lo cual enfadarnos». Esto lleva a la tristeza y a la amargura: no hay alegría. Cuando encontramos en una diócesis a un sacerdote que vive tan enfadado y con esa tensión, pensamos: este hombre, a la mañana, en el desayuno toma vinagre; después, en el almuerzo, verduras en vinagre; y, por último, a la noche, un buen jugo de limón. Así su vida no va bien, porque es la imagen de una Iglesia de enfadados. Al contrario, la alegría es el signo de que funciona bien. Uno puede enfadarse: incluso es sano enfadarse alguna vez. Pero el estado de enfado no es del Señor y lleva a la tristeza y a la desunión. Y al final, usted ha dicho: «la fidelidad a Dios y al hombre». Es lo mismo que hemos dicho antes. Es la doble fidelidad y la doble trascendencia: ser fieles a Dios es buscarlo, abrirse a Él en la oración, recordando que Él es fiel, que no puede renegar de sí mismo, es siempre fiel. Y también abrirse al hombre; es la empatía, el respeto, escucharlo, y decir la palabra justa con paciencia.

Debemos detenernos por amor con los fieles que esperan... Os doy verdaderamente las gracias y os pido que recéis por mí, porque también yo tengo las dificultades de cualquier obispo y también debo retomar cada

día el camino de la conversión. La oración de unos por otros nos hará bien para seguir adelante. Gracias por vuestra paciencia.



## II

### AUDIENCIA GENERAL

(Sala Pablo VI, 6-8-2014)

En las catequesis anteriores hemos visto cómo la Iglesia constituye un pueblo, un pueblo preparado por Dios con paciencia y amor y al cual estamos todos llamados a pertenecer. Hoy quisiera poner de relieve la novedad que caracteriza a este pueblo: se trata verdaderamente de un nuevo pueblo, que se funda en la nueva alianza establecida por el Señor Jesús con la entrega de su vida. Esta novedad no niega el camino precedente ni se contrapone al mismo, sino que más bien lo conduce hacia adelante, lo lleva a su realización.

Hay una figura muy significativa, que cumple la función de bisagra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: Juan Bautista. Para los Evangelios sinópticos él es el «precursor», quien prepara la venida del Señor, predisponiendo al pueblo para la conversión del corazón y la acogida del consuelo de Dios ya cercano. Para el Evangelio de Juan es el «testigo», porque nos hace reconocer en Jesús a Aquel que viene de lo alto, para perdonar nuestros pecados y hacer de su pueblo su esposa, primicia de la humanidad nueva. Como «precursor» y «testigo», Juan Bautista desempeña un papel central dentro de toda la Escritura, ya que hace las veces de puente entre la promesa del Antiguo Testamento y su realización, entre las profecías y su realización en Jesucristo. Con su testimonio Juan nos indica a Jesús, nos invita a seguirlo, y nos dice sin medias tintas que esto requiere humildad, arrepentimiento y conversión: es una invitación que hace a la humildad, al arrepentimiento y a la conversión.

Como Moisés había estipulado la alianza con Dios en virtud de la ley recibida en el Sinaí, así Jesús, desde una colina a orillas del lago de Galilea, entrega a sus discípulos y a la multitud una enseñanza nueva que comienza con las Bienaventuranzas. Moisés da la Ley en el Sinaí y Jesús, el nuevo Moisés, da la Ley en ese monte, a orillas del lago de Galilea. Las

Bienaventuranzas son el camino que Dios indica como respuesta al deseo de felicidad ínsito en el hombre, y perfeccionan los mandamientos de la Antigua Alianza. Nosotros estamos acostumbrados a aprender los diez mandamientos –cierto, todos vosotros los conocéis, los habéis aprendido en la catequesis– pero no estamos acostumbrados a repetir las Bienaventuranzas. Intentemos, en cambio, recordarlas e imprimirlas en nuestro corazón. Hagamos una cosa: yo les diré una tras otra y vosotros las repetís. ¿De acuerdo?

Primera: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán ellos llamados hijos de Dios». [en el aula repiten]

«Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». [en el aula repiten]

«Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa». Os ayudo: [repite con la gente] «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa».

«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo». [en el aula repiten]

¡Geniales! Pero hagamos una cosa: os doy una tarea para casa, una tarea para hacer en casa. Tomad el Evangelio, el que lleváis con vosotros... Recordad que debéis llevar siempre un pequeño Evangelio con vosotros, en el bolsillo, en la cartera, siempre; el que tenéis en casa. Llevad el Evangelio, y en los primeros capítulos de Mateo –creo que en el 5– están las Bienaventuranzas. Y hoy, mañana en casa, leedlas. ¿Lo haréis? [en el aula repiten: ¡Sí!] Para no olvidarlas, porque es la Ley que nos da Jesús. ¿Lo haréis? Gracias.

En estas palabras está toda la novedad traída por Cristo, y toda la novedad de Cristo está en estas palabras. En efecto, las Bienaventuranzas son el retrato de Jesús, su forma de vida; y son el camino de la verdadera felicidad, que también nosotros podemos recorrer con la gracia que nos da Jesús.

Además de la nueva Ley, Jesús nos entrega también el «protocolo» a partir del cual seremos juzgados. Cuando llegue el fin del mundo seremos juzgados. ¿Y cuáles serán las preguntas que nos harán en ese momento? ¿Cuáles serán esas preguntas? ¿Cuál es el protocolo a partir del cual el juez nos juzgará? Es el que encontramos en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo. La tarea de hoy es leer el quinto capítulo del Evangelio de Mateo donde están las Bienaventuranzas; y leer el vigésimo quinto, donde está el protocolo, las preguntas que nos harán el día del juicio. No tendremos títulos, créditos o privilegios para presentar. El Señor nos reconocerá si a su vez lo hemos reconocido en el pobre, en el hambriento, en quien pasa necesidad y es marginado, en quien sufre y está solo... Es este uno de los criterios fundamentales de verificación de nuestra vida cristiana, a partir del cual Jesús nos invita a medirnos cada día. Leo las Bienaventuranzas y pienso cómo debe ser mi vida cristiana, y luego hago el examen de conciencia con este capítulo 25 de Mateo. Cada día: he hecho esto, he hecho esto, he hecho esto... Nos hará bien. Son cosas sencillas pero concretas.

Queridos amigos, la nueva alianza consiste precisamente en esto: en verse, en Cristo, envueltos por la misericordia y la compasión de Dios. Es esto lo que llena nuestro corazón de alegría, y es esto lo que hace de nuestra vida un testimonio hermoso y creíble del amor de Dios por todos los hermanos que encontramos a diario. Recordad las tareas. Capítulo quinto de Mateo y capítulo 25 de Mateo. ¡Gracias!



### III

## AUDIENCIA GENERAL

(Aula Pablo VI, 20-8-2014)

En los días pasados realicé un viaje apostólico a Corea y hoy, juntamente con vosotros, doy gracias al Señor por este gran don. Tuve ocasión de visitar

una Iglesia joven y dinámica, fundada en el testimonio de los mártires y animada por espíritu misionero, en un país donde se encuentran antiguas culturas asiáticas y la perenne novedad del Evangelio: se encuentran ambas.

Deseo expresar nuevamente mi gratitud a los hermanos obispos de Corea, a la señora presidenta de la República, a las demás autoridades y a todos los que colaboraron con ocasión de mi visita.

El significado de este viaje apostólico se puede sintetizar en tres palabras: *memoria, esperanza y testimonio*.

La República de Corea es un país que tuvo un notable y rápido desarrollo económico. Sus habitantes son grandes trabajadores, disciplinados, ordenados y deben mantener la fuerza heredada de sus antepasados.

En esta situación, la Iglesia es custodio de la memoria y de la esperanza: es una familia espiritual en la que los adultos transmiten a los jóvenes la llama de la fe recibida de los ancianos; la memoria de los testigos del pasado se convierte en un nuevo testimonio en el presente y esperanza de futuro. En esta perspectiva se pueden leer los dos acontecimientos principales de este viaje: la *beatificación de 124 mártires coreanos*, que se suman a los ya canonizados hace 30 años por san Juan Pablo II; y el *encuentro con los jóvenes*, con ocasión de la *Sexta Jornada asiática de la juventud*.

El joven es siempre una persona en busca de algo por lo que valga la pena vivir, y el mártir da testimonio de algo, es más, de Alguien por quien vale la pena dar la vida. Esta realidad es el amor de Dios, que se hizo carne en Jesús, el Testigo del Padre. En los dos momentos del viaje dedicados a los jóvenes el Espíritu del Señor Resucitado nos ha colmado de alegría y de esperanza, que los jóvenes llevarán a sus diversos países y que harán mucho bien.

La Iglesia en Corea custodia también la memoria del *papel primario que tuvieron los laicos* tanto en los albores de la fe como en la obra de evangelización. En esa tierra, en efecto, la comunidad cristiana no fue fundada por misioneros, sino por un grupo de jóvenes coreanos de la segunda mitad del año 1700, quienes quedaron fascinados por algunos textos cristianos, los estudiaron a fondo y los eligieron como regla de vida. Uno de ellos fue enviado a Pekín para recibir el bautismo y luego ese laico bautizó a su vez a sus compañeros. De ese primer núcleo se desarrolló una gran comunidad, que desde el inicio y por casi un siglo sufrió violentas persecuciones, con miles de mártires. Así, pues, la Iglesia en Corea está fundada en la fe, en el compromiso misionero y en el martirio de los fieles laicos.

Los primeros cristianos coreanos se plantearon como modelo la comunidad apostólica de Jerusalén, practicando *el amor fraterno* que supera

toda diferencia social. Por ello he alentado a los cristianos de hoy a ser generosos al *compartir con los más pobres y los excluidos*, según el Evangelio de Mateo en el capítulo 25: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (v. 40).

Queridos hermanos, en la historia de la fe en Corea se ve cómo Cristo no anula las culturas, no suprime el camino de los pueblos que a través de los siglos y los milenios buscan la verdad y viven al amor a Dios y al prójimo. Cristo no elimina lo que es bueno, sino que lo lleva adelante, lo conduce a su realización.

Lo que Cristo, en cambio, combate y derrota es al maligno, que siembra cizaña entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo; que genera exclusión a causa de la idolatría del dinero; que siembra el veneno del vacío en el corazón de los jóvenes. Eso sí, Jesucristo lo combatió y lo venció con su Sacrificio de amor. Y si permanecemos en Él, en su amor, también nosotros, como los mártires, podemos vivir y testimoniar su victoria. Con esta fe hemos rezado, y también ahora rezamos a fin de que *todos los hijos de la tierra coreana*, que sufren las consecuencias de guerras y divisiones, puedan realizar *un camino de fraternidad y de reconciliación*.

Este viaje estuvo iluminado por la fiesta de María Asunta al cielo. Desde lo alto, donde reina con Cristo, la Madre de la Iglesia acompaña el camino del pueblo de Dios, sostiene los pasos más fatigosos, consuela a quienes son probados y mantiene abierto el horizonte de la esperanza. Que por su maternal intercesión, el Señor bendiga siempre al pueblo coreano, le done paz y prosperidad; y bendiga a la Iglesia que vive en esa tierra, para que sea siempre fecunda y esté llena de la alegría del Evangelio.



## IV

### AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 27-8-2014)

Cada vez que renovamos nuestra profesión de fe al rezar el «Credo», afirmamos que la Iglesia es «una» y «santa». Es *una*, porque tiene su origen en Dios Trinidad, misterio de unidad y de comunión plena. La Iglesia

también es *santa*, en cuanto que está fundada en Jesucristo, animada por su Santo Espíritu, llena de su amor y su salvación. Al mismo tiempo, sin embargo, es santa y está formada por pecadores, todos nosotros, pecadores, que experimentamos cada día nuestras fragilidades y nuestras miserias. Así pues, esta fe que profesamos nos impulsa a la conversión, a tener el valor de vivir cada día la unidad y la santidad, y si nosotros no estamos unidos, si no somos santos, es porque no somos fieles a Jesús. Pero ÉL, Jesús, no nos deja solos, no abandona a su Iglesia. ÉL camina con nosotros, ÉL nos comprende. Comprende nuestras debilidades, nuestros pecados, nos perdona, siempre que nosotros nos dejemos perdonar. ÉL está siempre con nosotros, ayudándonos a llegar a ser menos pecadores, más santos, más unidos.

El primer consuelo nos llega del hecho que Jesús *rezó mucho por la unidad de los discípulos*. Es la oración de la Última Cena, Jesús pidió con insistencia: «Padre, que todos sean uno». Rezó por la unidad, y lo hizo precisamente en la inminencia de la Pasión, cuando estaba por entregar toda su vida por nosotros. Es lo que estamos invitados continuamente a releer y meditar en una de las páginas más intensas y conmovedoras del Evangelio de Juan, el capítulo diecisiete (cf. vv. 11.21-23). ¡Cuán hermoso es saber que el Señor, antes de morir, no se preocupó de sí mismo, sino que pensó en nosotros! Y en su diálogo intenso con el Padre, rezó precisamente para que lleguemos a ser una cosa sola con ÉL y entre nosotros. Es esto: con estas palabras, Jesús se hizo nuestro intercesor ante el Padre, para que podamos entrar también nosotros en la plena comunión de amor con ÉL; al mismo tiempo, le confió a cada uno de nosotros como su testamento espiritual, para que la unidad llegue a ser cada vez más la nota distintiva de nuestras comunidades y la respuesta más bella a quien nos pida razón de la esperanza que está en nosotros (cf. *1 P* 3, 15).

«Que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17, 21). La Iglesia ha buscado desde los comienzos realizar este propósito que tanto le interesa a Jesús. Los Hechos de los Apóstoles nos recuerdan que los primeros cristianos se distinguían por el hecho de tener «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32); el apóstol Pablo, luego, exhortaba a sus comunidades a no olvidar que son «un solo cuerpo» (*1 Cor* 12, 13). La experiencia, sin embargo, nos dice que *son muchos los pecados contra la unidad*. Y no pensemos sólo en los cismas, pensemos en faltas muy comunes en nuestras comunidades, en pecados «parroquiales», en los pecados de las parroquias. A veces, en efecto, nuestras parroquias, llamadas a ser lugares donde se comparte y se vive en comunión, están tristemente marcadas por envidias, celos y antipatías... Y las habladurías están al alcance de todos. ¡Cuánto se murmura en las parroquias! Esto no es bueno. Por ejemplo,

cuando uno es elegido presidente de una asociación, se habla mal de él. Y si otra es elegida presidenta de la catequesis, las demás la critican. Pero esto no es la Iglesia. Esto no se debe hacer, no debemos hacerlo. Hay que pedir al Señor la gracia de no hacerlo. Esto es humano pero no es cristiano. Esto sucede cuando aspiramos a los primeros lugares; cuando nos ponemos nosotros mismos en el centro, con nuestras ambiciones personales y nuestros modos de ver las cosas, y juzgamos a los demás; cuando miramos los defectos de los hermanos, en lugar de sus dones; cuando damos más peso a lo que nos divide, en lugar de aquello que nos une...

Una vez, en la otra diócesis que tenía antes, escuché un comentario interesante y hermoso. Se hablaba de una anciana que durante toda su vida había trabajado en la parroquia, y una persona que la conocía bien, dijo: «Esta mujer nunca habló mal, jamás criticó, era siempre una sonrisa». Una mujer así puede ser canonizada mañana. Este es un buen ejemplo. Y si miramos la historia de la Iglesia, cuántas divisiones entre nosotros cristianos. Incluso ahora estamos divididos. También en la historia nosotros cristianos hemos declarado la guerra entre nosotros por divisiones teológicas. Pensemos en la de los 30 años. Pero esto no es cristiano. Tenemos que trabajar también por la unidad de todos los cristianos, ir por la senda de la unidad que es lo que Jesús quiere y por lo cual oró.

Ante todo esto, debemos hacer seriamente *un examen de conciencia*. En una comunidad cristiana, *la división es uno de los pecados más graves*, porque la convierte en signo no de la obra de Dios, sino de la obra del diablo, el cual es por definición el que separa, quien arruina las relaciones, insinúa prejuicios... La división en una comunidad cristiana, sea una escuela, una parroquia o una asociación, es un pecado gravísimo, porque es obra del diablo. Dios, en cambio, quiere que crezcamos en la capacidad de aceptarnos, de perdonarnos y querernos, para asemejarnos cada vez más a Él que es comunión y amor. En esto está la santidad de la Iglesia: identificarse a imagen de Dios, llena de su misericordia y de su gracia.

Queridos amigos, hagamos resonar en nuestro corazón estas palabras de Jesús: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán ellos llamados hijos de Dios» (*Mt 5, 9*). Pidamos sinceramente perdón por todas las veces en las que hemos sido ocasión de división o de incomprensión en el seno de nuestras comunidades, sabiendo bien que no se llega a la comunión si no es a través de una continua conversión. ¿Qué es la conversión? Es pedir al Señor la gracia de no hablar mal, no criticar, no murmurar, de querer a todos. Es una gracia que el Señor nos concede. Esto es convertir el corazón. Y pidamos que el tejido cotidiano de nuestras relaciones se convierta en un reflejo cada vez más hermoso y gozoso de la relación de Jesús con el Padre.

## V

## AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 3-9-2014)

En las catequesis anteriores hemos tenido ocasión de destacar varias veces que no se llega a ser cristianos por uno mismo, es decir, con las propias fuerzas, de modo autónomo, ni tampoco se llega a ser cristianos en un laboratorio, sino que somos engendrados y alimentados en la fe en el seno de ese gran cuerpo que es la Iglesia. En este sentido la Iglesia es verdaderamente madre, nuestra madre Iglesia –es hermoso decirlo así: nuestra madre Iglesia– una madre que nos da vida en Cristo y nos hace vivir con todos los demás hermanos en la comunión del Espíritu Santo.

La Iglesia, en su maternidad, tiene como modelo a la Virgen María, el modelo más hermoso y más elevado que pueda existir. Es lo que ya habían destacado las primeras comunidades cristianas y el Concilio Vaticano II expresó de modo admirable (cf. const. *Lumen gentium*, 63-64). La maternidad de María es ciertamente única, extraordinaria, y se realizó en la plenitud de los tiempos, cuando la Virgen dio a luz al Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo. Así, pues, la maternidad de la Iglesia se sitúa precisamente en continuidad con la de María, como prolongación en la historia. La Iglesia, en la fecundidad del Espíritu, sigue engendrando nuevos hijos en Cristo, siempre en la escucha de la Palabra de Dios y en la docilidad a su designio de amor. La Iglesia es madre. El nacimiento de Jesús en el seno de María, en efecto, es preludio del nacimiento de cada cristiano en el seno de la Iglesia, desde el momento que Cristo es el primogénito de una multitud de hermanos (cf. *Rm* 8, 29) y nuestro primer hermano Jesús nació de María, es el modelo, y todos nosotros hemos nacido en la Iglesia. Comprendemos, entonces, cómo la relación que une a María y a la Iglesia es tan profunda: mirando a María descubrimos el rostro más hermoso y más tierno de la Iglesia; y mirando a la Iglesia reconocemos los rasgos sublimes de María. Nosotros cristianos, no somos huérfanos, tenemos una mamá, tenemos una madre, y esto es algo grande. No somos huérfanos. La Iglesia es madre, María es madre.

La Iglesia es nuestra madre porque nos ha dado a luz en el Bautismo. Cada vez que bautizamos a un niño, se convierte en hijo de la Iglesia, entra en la Iglesia. Y desde ese día, como mamá atenta, nos hace crecer en la fe y nos indica, con la fuerza de la Palabra de Dios, el camino de salvación, defendiéndonos del mal.

La Iglesia ha recibido de Jesús el tesoro precioso del Evangelio no para tenerlo para sí, sino para entregarlo generosamente a los demás, como hace una mamá. En este servicio de evangelización se manifiesta de modo peculiar la maternidad de la Iglesia, comprometida, como una madre, a ofrecer a sus hijos el sustento espiritual que alimenta y hace fructificar la vida cristiana. Todos, por lo tanto, estamos llamados a acoger con mente y corazón abiertos la Palabra de Dios que la Iglesia dispensa cada día, porque esta Palabra tiene la capacidad de cambiarnos desde dentro. Sólo la Palabra de Dios tiene esta capacidad de cambiarnos desde dentro, desde nuestras raíces más profundas. La Palabra de Dios tiene este poder. ¿Y quién nos da la Palabra de Dios? La madre Iglesia. Ella nos amamanta desde niños con esta Palabra, nos educa durante toda la vida con esta Palabra, y esto es algo grande. Es precisamente la madre Iglesia que con la Palabra de Dios nos cambia desde dentro. La Palabra de Dios que nos da la madre Iglesia nos transforma, hace nuestra humanidad no palpitante según la mundanidad de la carne, sino según el Espíritu.

En su solicitud maternal, la Iglesia se esfuerza por mostrar a los creyentes el camino a recorrer para vivir una vida fecunda de alegría y de paz. Iluminados por la luz del Evangelio y sostenidos por la gracia de los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, podemos orientar nuestras opciones al bien y atravesar con valentía y esperanza los momentos de oscuridad y los senderos más tortuosos. El camino de salvación, a través del cual la Iglesia nos guía y nos acompaña con la fuerza del Evangelio y el apoyo de los Sacramentos, nos da la capacidad de defendernos del mal. La Iglesia tiene la valentía de una madre que sabe que tiene que defender a sus propios hijos de los peligros que derivan de la presencia de Satanás en el mundo, para llevarlos al encuentro con Jesús. Una madre defiende siempre a los hijos. Esta defensa consiste también en exhortar a la vigilancia: vigilar contra el engaño y la seducción del maligno. Porque si bien Dios venció a Satanás, este vuelve siempre con sus tentaciones; nosotros lo sabemos, todos somos tentados, hemos sido tentados y somos tentados. Satanás viene «como león rugiente» (1 P 5, 8), dice el apóstol Pedro, y nosotros no podemos ser ingenuos, sino que hay que vigilar y resistir firmes en la fe. Resistir con los consejos de la madre Iglesia, resistir con la ayuda de la madre Iglesia, que como una mamá buena siempre acompaña a sus hijos en los momentos difíciles.

Queridos amigos, esta es la Iglesia, esta es la Iglesia que todos amamos, esta es la Iglesia que yo amo: una madre a la que le interesa el bien de sus hijos y que es capaz de dar la vida por ellos. No tenemos que olvidar, sin embargo, que la Iglesia no son sólo los sacerdotes, o nosotros obispos, no, somos todos. La Iglesia somos todos. ¿De acuerdo? Y también nosotros somos hijos, pero también madres de otros cristianos. Todos los bautizados,

hombres y mujeres, juntos somos la Iglesia. ¡Cuántas veces en nuestra vida no damos testimonio de esta maternidad de la Iglesia, de esta valentía maternal de la Iglesia! ¡Cuántas veces somos cobardes! Encomendémonos a María, para que Ella como madre de nuestro hermano primogénito, Jesús, nos enseñe a tener su mismo espíritu maternal respecto a nuestros hermanos, con la capacidad sincera de acoger, de perdonar, de dar fuerza y de infundir confianza y esperanza. Es esto lo que hace una mamá.



## VI

### AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 10-9-2014)

En nuestro itinerario de catequesis sobre la Iglesia, nos estamos centrando en considerar que la Iglesia *es madre*. En el último encuentro hemos puesto de relieve cómo la Iglesia nos hace crecer y, con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, nos indica el camino de la salvación, y nos defiende del mal. Hoy quisiera destacar un aspecto especial de esta acción educativa de nuestra madre Iglesia, es decir cómo ella *nos enseña las obras de misericordia*.

Un buen educador apunta a lo *esencial*. No se pierde en los detalles, sino que quiere transmitir lo que verdaderamente cuenta para que el hijo o el discípulo encuentre el sentido y la alegría de vivir. Es la verdad. Y lo esencial, según el Evangelio, es *la misericordia*. Lo esencial del Evangelio es la misericordia. Dios envió a su Hijo, Dios se hizo hombre para salvarnos, es decir para darnos su misericordia. Lo dice claramente Jesús al resumir su enseñanza para los discípulos: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (*Lc 6, 36*). ¿Puede existir un cristiano que no sea misericordioso? No. El cristiano necesariamente debe ser misericordioso, porque este es el centro del Evangelio. Y fiel a esta enseñanza, la Iglesia no puede más que repetir lo mismo a sus hijos: «Sed misericordiosos», como lo es el Padre, y como lo fue Jesús. Misericordia.

Y entonces la Iglesia se comporta como Jesús. No da lecciones teóricas sobre el amor, sobre la misericordia. No difunde en el mundo una filosofía, un camino de sabiduría... Cierto, el cristianismo es también todo esto, pero

como consecuencia, por reflejo. La madre Iglesia, como Jesús, enseña con el ejemplo, y las palabras sirven para iluminar el significado de sus gestos.

La madre Iglesia nos enseña a dar de comer y de beber a quien tiene hambre y sed, a vestir a quien está desnudo. ¿Y cómo lo hace? Lo hace con el ejemplo de muchos santos y santas que hicieron esto de modo ejemplar; pero lo hace con el ejemplo de muchísimos padres y madres, que enseñan a sus hijos que lo que nos sobra a nosotros es para quien le falta lo necesario. Es importante saber esto. En las familias cristianas más sencillas ha sido siempre sagrada la regla de la hospitalidad: no falta nunca un plato y una cama para quien lo necesita. Una vez una mamá me contaba –en la otra diócesis– que quería enseñar esto a sus hijos y les decía que ayudaran a dar de comer a quien tiene hambre. Y tenía tres hijos. Y un día a la hora del almuerzo –el papá estaba en el trabajo, estaba ella con los tres hijos, pequeños, de 7, 5 y 4 años más o menos– y llamaron a la puerta: era un señor que pedía de comer. Y la mamá le dijo: «Espera un momento». Volvió a entrar y dijo a los hijos: «Hay un señor allí y pide de comer, ¿qué hacemos?». «Le damos, mamá, le damos». Cada uno tenía en el plato un bistec con patatas fritas. «Muy bien –dice la mamá–, tomemos la mitad de cada uno de vosotros, y le damos la mitad del bistec de cada uno de vosotros». «Ah no, mamá, así no está bien». «Es así, tú debes dar de lo tuyo». Y así esta mamá enseñó a los hijos a dar de comer de lo *propio*. Este es un buen ejemplo que me ayudó mucho. «Pero no me sobra nada...». «Da de lo tuyo». Así nos enseña la madre Iglesia. Y vosotras, muchas madres que estáis aquí, sabéis lo que tenéis que hacer para enseñar a vuestros hijos para que compartan sus cosas con quien tiene necesidad.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está enfermo. ¡Cuántos santos y santas sirvieron a Jesús de este modo! Y cuántos hombres y mujeres sencillos, cada día, ponen en práctica esta obra de misericordia en una habitación del hospital, o de un asilo, o en la propia casa, asistiendo a una persona enferma.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está en la cárcel. «Pero Padre no, esto es peligroso, es gente mala». Pero cada uno de nosotros es capaz... Oíd bien esto: cada uno de nosotros es capaz de hacer lo mismo que hizo ese hombre o esa mujer que está en la cárcel. Todos tenemos la capacidad de pecar y de hacer lo mismo, de equivocarnos en la vida. No es más malo que tú o que yo. La misericordia supera todo muro, toda barrera, y te conduce a buscar siempre el rostro del hombre, de la persona. Y es la misericordia la que cambia el corazón y la vida, que puede regenerar a una persona y permitirle incorporarse de un modo nuevo en la sociedad.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está abandonado y muere solo. Es lo que hizo la beata Teresa por las calles de Calcuta; es lo que hi-

cieron y hacen tantos cristianos que no tienen miedo de estrechar la mano a quien está por dejar este mundo. Y también aquí la misericordia dona la paz a quien parte y a quien permanece, haciéndonos sentir que Dios es más grande que la muerte, y que permaneciendo en Él incluso la última separación es un «hasta la vista»... Esto lo había entendido bien la beata Teresa. Le decían: «Madre, esto es perder tiempo». Encontraba gente moribunda por la calle, gente a la que empezaban a comer el cuerpo las ratas de la calle, y ella los llevaba a casa para que muriesen limpios, tranquilos, acariciados, en paz. Ellas les decía «hasta la vista», a todos estos... Y muchos hombres y mujeres como ella hicieron esto. Y ellos los esperan, allí [indica el cielo], en la puerta, para abrirles la puerta del Cielo. Ayudar a la gente a morir bien, en paz.

Queridos hermanos y hermanas, así la Iglesia es madre, enseñando a sus hijos las obras de misericordia. Ella aprendió de Jesús este camino, aprendió que esto es lo esencial para la salvación. No basta amar a quien nos ama. Jesús dice que esto lo hacen los paganos. No basta hacer el bien a quien nos hace el bien. Para cambiar el mundo en algo mejor es necesario hacer el bien a quien no es capaz de hacer lo mismo, como hizo el Padre con nosotros, dándonos a Jesús. ¿Cuánto hemos pagado nosotros por nuestra redención? Nada, todo es gratis. Hacer el bien sin esperar algo a cambio. Eso hizo el Padre con nosotros y nosotros debemos hacer lo mismo. Haz el bien y sigue adelante.

Qué hermoso es vivir en la Iglesia, en nuestra madre Iglesia que nos enseña estas cosas que nos ha enseñado Jesús. Damos gracias al Señor, que nos da la gracia de tener como madre a la Iglesia, ella que nos enseña el camino de la misericordia, que es la senda de la vida. Demos gracias al Señor.



## VII

### AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 17-9-2014)

Esta semana seguimos hablando de la Iglesia. Cuando profesamos nuestra fe, afirmamos que la Iglesia es «*católica*» y «*apostólica*». ¿Pero cuál es efectivamente el significado de estas dos palabras, de estas dos notas

características de la Iglesia? ¿Y qué valor tienen para las comunidades cristianas y para cada uno de nosotros?

*Católica* significa universal. Una definición completa y clara nos ofrece uno de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos, san Cirilo de Jerusalén, cuando afirma: «La Iglesia sin lugar a dudas se la llama católica, es decir, universal, por el hecho de que está extendida por todas partes de uno a otro confín de la tierra; y porque universalmente y sin defecto enseña todas las verdades que deben llegar a ser conocidas por los hombres, tanto en lo que se refiere a las cosas celestiales, como a las terrestres» (*Catequesis* XVIII, 23).

Signo evidente de la catolicidad de la Iglesia es que ella habla todas las lenguas. Y esto es el efecto de Pentecostés (cf. *Hch* 2, 1-13): es el Espíritu Santo quien capacitó a los Apóstoles y a toda la Iglesia para anunciar a todos, hasta los confines de la tierra, la Hermosa Noticia de la salvación y del amor de Dios. Así, la Iglesia nació católica, es decir, «sinfónica» desde los orígenes, y no puede no ser católica, proyectada a la evangelización y al encuentro con todos. Hoy la Palabra de Dios se lee en todas las lenguas, todos tienen el Evangelio en su idioma para leerlo. Y vuelvo al mismo concepto: siempre es bueno llevar con nosotros un Evangelio pequeño, para llevarlo en el bolsillo, en la cartera, y durante el día leer un pasaje. Esto nos hace bien. El Evangelio está difundido en todas las lenguas porque la Iglesia, el anuncio de Jesucristo Redentor, está en todo el mundo. Y por ello se dice que la Iglesia es *escatólica*, porque es universal.

Si la Iglesia nació católica, quiere decir que nació «en salida», que nació misionera. Si los Apóstoles hubiesen permanecido allí en el cenáculo, sin salir para llevar el Evangelio, la Iglesia sería sólo la Iglesia de ese pueblo, de esa ciudad, de ese cenáculo. Pero todos salieron por el mundo, desde el momento del nacimiento de la Iglesia, desde el momento que descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Y es así como la Iglesia nació «en salida», es decir, misionera. Es lo que expresamos llamándola *apostólica*, porque el apóstol es quien lleva la buena noticia de la Resurrección de Jesús. Este término nos recuerda que la Iglesia, sobre el fundamento de los Apóstoles y en continuidad con ellos –son los Apóstoles quienes fueron y fundaron nuevas iglesias, ordenaron nuevos obispos, y así en todo el mundo, en continuidad. Hoy todos nosotros estamos en continuidad con ese grupo de Apóstoles que recibió el Espíritu Santo y luego fue en «salida», a predicar–, es enviada a llevar a todos los hombres este anuncio del Evangelio, acompañándolo con los signos de la ternura y del poder de Dios. También esto deriva del acontecimiento de Pentecostés: es el Espíritu Santo, en efecto, quien supera toda resistencia, quien vence las tentaciones de cerrarse en sí mismo, entre pocos elegidos, y de considerarse los únicos destinatarios de

la bendición de Dios. Si, por ejemplo, algunos cristianos hacen esto y dicen: «Nosotros somos los elegidos, sólo nosotros», al final mueren. Mueren primero en el alma, luego morirán en el cuerpo, porque no tienen vida, no son capaces de generar vida, otra gente, otros pueblos: no son apostólicos. Y es precisamente el Espíritu quien nos conduce al encuentro de los hermanos, incluso de los más distantes en todos los sentidos, para que puedan compartir con nosotros el amor, la paz, la alegría que el Señor Resucitado nos ha dejado como don.

¿Qué comporta para nuestras comunidades y para cada uno de nosotros formar parte de una Iglesia que es católica y apostólica? Ante todo, *significa interesarse por la salvación de toda la humanidad*, no sentirse indiferentes o ajenos ante la suerte de tantos hermanos nuestros, sino abiertos y solidarios hacia ellos. Significa, además, *tener el sentido de la plenitud, de la totalidad, de la armonía* de la vida cristiana, rechazando siempre las posiciones parciales, unilaterales, que nos cierran en nosotros mismos.

Formar parte de la Iglesia *apostólica* quiere decir ser conscientes de que nuestra fe está anclada en el anuncio y en el testimonio de los Apóstoles de Jesús –está anclada allí, es una larga cadena que viene de allí–; y, por ello, sentirse siempre enviados, sentirse mandados, en comunión con los sucesores de los Apóstoles, a anunciar con el corazón lleno de alegría a Cristo y su amor por toda la humanidad. Y aquí quisiera recordar la vida heroica de tantos, tantos misioneros y misioneras que dejaron su patria para ir a anunciar el Evangelio a otros países, a otros continentes. Me decía un cardenal brasileño que trabaja bastante en la Amazonia, que cuando él va a un lugar, en un país o en una ciudad de la Amazonia, va siempre al cementerio y allí ve las tumbas de estos misioneros, sacerdotes, hermanos, religiosas que fueron a predicar el Evangelio: apóstoles. Y él piensa: todos ellos pueden ser canonizados ahora, lo dejaron todo para anunciar a Jesucristo. Demos gracias al Señor porque nuestra Iglesia tiene muchos misioneros, ha tenido numerosos misioneros y tiene necesidad de muchos más. Demos gracias al Señor por ello. Tal vez entre tantos jóvenes, muchachos y muchachas que están aquí, alguno quiera llegar a ser misionero: ¡qué siga adelante! Es hermoso esto, llevar el Evangelio de Jesús. ¡Que sea valiente!

Pidamos entonces al Señor que renueve en nosotros el don de su Espíritu, para que cada comunidad cristiana y cada bautizado sea expresión de la santa madre Iglesia católica y apostólica.



## VII

### AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 24-9-2014)

Hoy quisiera hablar del viaje apostólico que realicé a Albania el domingo pasado. Lo hago ante todo como acción de gracias a Dios, que me ha concedido realizar esa visita para demostrar a este pueblo, incluso físicamente y de modo tangible, mi cercanía y la de toda la Iglesia. Deseo también renovar mi fraterno reconocimiento al episcopado albanés, a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas que trabajan con tanto empeño. Mi agradecimiento se dirige también a las autoridades que me acogieron con tanta cortesía, así como a cuantos cooperaron para la realización de la visita.

Este viaje nació del deseo de ir a un país que, tras haber estado durante largo tiempo oprimido por un régimen ateo e inhumano, está viviendo una experiencia de pacífica convivencia entre sus diversos componentes religiosos. Me parecía importante alentarlos en este camino, para que lo continúe con tenacidad y profundice en él todos sus aspectos a favor del bien común. Por ello, en el centro del viaje tuvo lugar un encuentro interreligioso donde pude constatar, con viva satisfacción, que la pacífica y fructuosa convivencia entre personas y comunidades que pertenecen a religiones distintas no sólo es algo que se puede desear, sino que es concretamente posible y factible. ¡Ellos lo hacen realidad! Se trata de un diálogo auténtico y fructuoso que evita el relativismo y tiene en cuenta la identidad de cada uno. Lo que une a las diversas expresiones religiosas, en efecto, es el camino de la vida, la buena voluntad de hacer el bien al prójimo, sin negar o disminuir las respectivas identidades.

El encuentro con los sacerdotes, las personas consagradas, los seminaristas y los movimientos laicales fue una ocasión para hacer grata memoria, con acentos de especial emoción, por los numerosos mártires de la fe. Gracias a la presencia de algunos ancianos, que vivieron en su carne las terribles persecuciones, se evocó la fe de numerosos heroicos testigos del pasado, quienes siguieron a Cristo hasta las extremas consecuencias. Precisamente de la unión íntima con Jesús, de la relación de amor con Él, brotó para estos mártires –así como para cada mártir– la fuerza para afrontar los acontecimientos dolorosos que los condujeron al martirio. También hoy, como ayer, la fuerza de la Iglesia no viene de las capacidades organizativas o de las estructuras, que incluso son necesarias: la Iglesia no encuentra su fuerza allí. Nuestra fuerza es el amor de Cristo. Una fuerza que nos sostiene en los mo-

mentos de dificultad y que inspira la actual acción apostólica para ofrecer a todos bondad y perdón, testimoniando así la misericordia de Dios.

Al recorrer la calle principal de Tirana, que desde el aeropuerto conduce a la gran plaza central, pude contemplar los retratos de los cuarenta sacerdotes asesinados durante la dictadura comunista y para los cuales se inició la causa de beatificación. Ellos se suman a los centenares de religiosos cristianos y musulmanes asesinados, torturados, encarcelados y deportados sólo porque creían en Dios. Fueron años sombríos, durante los cuales se limitó la libertad religiosa y estaba prohibido creer en Dios, miles de iglesias y mezquitas fueron destruidas, transformadas en depósitos y cines que propagaban la ideología marxista, los libros religiosos fueron quemados y a los padres se les prohibía poner a los hijos los nombres religiosos de los antepasados. El recuerdo de estos hechos dramáticos es esencial para el futuro de un pueblo. La memoria de los mártires que resistieron en la fe es garantía para el destino de Albania; porque su sangre no fue derramada en vano, sino que es una semilla que dará frutos de paz y de colaboración fraterna. Hoy, en efecto, Albania es un ejemplo no sólo de renacimiento de la Iglesia, sino también de pacífica convivencia entre las religiones. Por lo tanto, los mártires no son personas derrotadas, sino vencedores: en su heroico testimonio se refleja la omnipotencia de Dios que siempre consuela a su pueblo, abriendo nuevas sendas y horizontes de esperanza.

Este mensaje de esperanza, fundado en la fe en Cristo y en la memoria del pasado, lo confié a toda la población albanesa que vi entusiasta y gozosa en los sitios de los encuentros y de las celebraciones, así como en las calles de Tirana. Alenté a todos a encontrar energía siempre nueva en el Señor resucitado, para poder ser levadura evangélica en la sociedad y comprometerse, como ya se hace, en actividades caritativas y educativas.

Una vez más doy gracias al Señor porque, este viaje, me concedió encontrar un pueblo valiente y fuerte, que no se dejó vencer por el dolor. A los hermanos y hermanas de Albania renuevo la invitación a la valentía del bien, para construir el presente y el mañana de su país y de Europa. Encomiendo los frutos de mi visita a la Virgen del Buen Consejo, venerada en el homónimo santuario de Escútari, a fin de que siga guiando el camino de este pueblo mártir. Que la dura experiencia del pasado lo arraigue cada vez más en la apertura a los hermanos, especialmente a los más débiles, y lo haga protagonista de ese dinamismo de la caridad tan necesario en el actual contexto sociocultural. Quisiera que todos nosotros enviásemos hoy un saludo a ese pueblo valiente y trabajador, y que en paz busca la unidad.



## Viaje Apostólico a Albania

### I

#### DISCURSO A LAS AUTORIDADES

(Salón de recepciones del Palacio Presidencial (Tirana), 21-9-2014)

Estoy muy contento de encontrarme con ustedes en esta noble tierra de Albania, tierra de héroes, que sacrificaron su vida por la independencia del país, y tierra de mártires, que dieron testimonio de su fe en los tiempos difíciles de la persecución. Les agradezco la invitación a visitar su patria, llamada “*tierra de las águilas*”, y su festiva acogida.

Ha pasado ya casi un cuarto de siglo desde que Albania ha encontrado de nuevo el camino arduo pero apasionante de la libertad. Gracias a ello, la sociedad albanesa ha podido iniciar un camino de reconstrucción material y espiritual, ha desplegado tantas energías e iniciativas, se ha abierto a la colaboración y al intercambio con los países vecinos de los Balcanes y del Mediterráneo, de Europa y de todo el mundo. La libertad recuperada les ha permitido mirar al futuro con confianza y esperanza, poner en marcha proyectos y tejer nuevas relaciones de amistad con las naciones cercanas y lejanas.

El respeto de los derechos humanos –respeto es una palabra esencial para ustedes–, entre los cuales destaca la libertad religiosa y de pensamiento, es condición previa para el mismo desarrollo social y económico de un país. Cuando se respeta la dignidad del hombre, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común.

Me alegro de modo especial por una feliz característica de Albania, que debe ser preservada con todo cuidado e interés: me refiero a la *convivencia pacífica y a la colaboración entre los que pertenecen a diversas religiones*. El clima de respeto y confianza recíproca entre católicos, ortodoxos y musulmanes es un bien precioso para el país y que adquiere un relieve especial en este tiempo en que, de parte de grupos extremistas, se desnaturaliza el auténtico sentido religioso y en que las diferencias entre las diversas confesiones se distorsionan e instrumentalizan, haciendo de ellas un factor peligroso de conflicto y violencia, en vez de una ocasión de diálogo abierto y respetuoso y de reflexión común sobre el significado de creer en Dios y seguir su ley.

Que nadie piense que puede escudarse en Dios cuando proyecta y realiza actos de violencia y abusos. Que nadie tome la religión como pretexto para las propias acciones contrarias a la dignidad del hombre y sus derechos fundamentales, en primer lugar el de la vida y el de la libertad religiosa de todos.

Lo que sucede en Albania demuestra en cambio que la convivencia pacífica y fructífera entre personas y comunidades que pertenecen a religiones distintas no sólo es deseable, sino posible y realizable de modo concreto. En efecto, la convivencia pacífica entre las diferentes comunidades religiosas es un bien inestimable para la paz y el desarrollo armonioso de un pueblo. Es un valor que hay que custodiar y hacer crecer cada día, a través de la educación en el respeto de las diferencias y de las identidades específicas abiertas al diálogo y a la colaboración para el bien de todos, mediante el conocimiento y la estima recíproca. Es un don que se debe pedir siempre al Señor en la oración. Que Albania pueda continuar siempre en este camino, sirviendo de ejemplo e inspiración para muchos países.

Señor Presidente, tras el invierno del aislamiento y las persecuciones, ha llegado por fin la primavera de la libertad. A través de elecciones libres y nuevas estructuras institucionales, se ha consolidado el pluralismo democrático que ha favorecido también la recuperación de la actividad económica. Muchos, movidos por la búsqueda de trabajo y de mejores condiciones de vida, sobre todo al comienzo, tomaron el camino de la emigración y contribuyen a su modo al progreso de la sociedad albanesa. Otros muchos han descubierto las razones para permanecer en su patria y construirla desde dentro. El trabajo y los sacrificios de todos han contribuido a mejorar las condiciones generales.

La Iglesia católica, por su parte, ha podido retomar una existencia normal, restableciendo su jerarquía y reanudando los hilos de una larga tradición. Se han edificado o reconstruido lugares de culto, entre los que destaca el Santuario de la Virgen del Buen Consejo en Scutari; se han fun-

dado escuelas e importantes centros educativos y de asistencia, para toda la ciudadanía. La presencia de la Iglesia y su acción es percibida justamente como un servicio no sólo para la comunidad católica sino para toda la Nación.

La beata Madre Teresa, junto a los mártires que dieron testimonio heroico de su fe –a ellos va nuestro reconocimiento más alto y nuestra oración– ciertamente se alegran en el Cielo por el compromiso de los hombres y mujeres de buena voluntad para que florezca de nuevo la sociedad y la Iglesia en Albania.

Sin embargo, ahora aparecen nuevos desafíos a los que hay que responder. En un mundo que tiende a la globalización económica y cultural, es necesario esforzarse para que el crecimiento y el desarrollo estén a disposición de todos y no sólo de una parte de la población. Además, el desarrollo no será auténtico si no es también sostenible y equo, es decir, si no tiene en cuenta los derechos de los pobres y no respeta el ambiente. A la globalización de los mercados es necesario que corresponda la globalización de la solidaridad; el crecimiento económico ha de estar acompañado por un mayor respeto de la creación; junto a los derechos individuales hay que tutelar los de las realidades intermedias entre el individuo y el Estado, en primer lugar la familia. Albania afronta hoy estos desafíos en un marco de libertad y estabilidad que hay que consolidar y que representa un buen augurio para el futuro.

Agradezco cordialmente a cada uno por la exquisita acogida y, como hizo san Juan Pablo II, en abril de 1993, invoco sobre Albania la protección de María, Madre del Buen Consejo, confiándole las esperanzas de todo el pueblo albanés. Que Dios derrame sobre Albania su gracia y su bendición.



## II

### HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

(Plaza Madre Teresa (Tirana), 21-9-2014)

El Evangelio que hemos escuchado nos dice que Jesús, además de llamar a los Doce Apóstoles, llamó a otros setenta y dos discípulos y los envió a

anunciar el Reino de Dios en los pueblos y ciudades (cf. *Lc* 10, 1-9. 17-20). Él vino a traer al mundo el amor de Dios y quiere que se difunda por medio de la comunión y de la fraternidad. Por eso constituyó enseguida una comunidad de discípulos, una comunidad misionera, y los preparó para la misión, para “ir”. El método misionero es claro y sencillo: los discípulos van a las casas y su anuncio comienza con un saludo lleno de significado: «Paz a esta casa» (v. 5). No es sólo un saludo, es también un don: la paz. Queridos hermanos y hermanas de Albania, también yo vengo hoy entre ustedes a esta plaza dedicada a una humilde y gran hija de esta tierra, la beata Madre Teresa de Calcuta, para repetirles ese saludo: paz en sus casas, paz en sus corazones, paz en su Nación. Paz.

En la misión de los setenta y dos discípulos se refleja la experiencia misionera de la comunidad cristiana de todos los tiempos: El Señor resucitado y vivo envía no sólo a los Doce, sino también a toda la Iglesia, envía a todo bautizado a anunciar el Evangelio a todos los pueblos. A través de los siglos, no siempre ha sido bien acogido el anuncio de paz de los mensajeros de Jesús; a veces les han cerrado las puertas. Hasta hace poco, también las puertas de su País estaban cerradas, cerradas con los cerrojos de la prohibición y las exigencias de un sistema que negaba a Dios e impedía la libertad religiosa. Los que tenían miedo a la verdad y a la libertad hacían todo lo posible para desterrar a Dios del corazón del hombre y excluir a Cristo y a la Iglesia de la historia de su País, si bien había sido uno de los primeros en recibir la luz del Evangelio. En la segunda lectura que hemos escuchado se mencionaba a Iliria que, en tiempos del apóstol Pablo, incluía el territorio de la actual Albania.

Pensando en aquellos decenios de atroces sufrimientos y de durísimas persecuciones contra católicos, ortodoxos y musulmanes, podemos decir que Albania ha sido una tierra de mártires: muchos obispos, sacerdotes, religiosos, fieles laicos, ministros de culto de otras religiones, pagaron con la vida su fidelidad. No faltaron pruebas de gran valor y coherencia en la confesión de la fe. ¡Fueron muchos los cristianos que no se doblegaron ante la amenaza, sino que se mantuvieron sin vacilación en el camino emprendido! Me acerco espiritualmente a aquel muro del cementerio de Escútari, lugar-símbolo del martirio de los católicos, donde fueron fusilados, y con emoción ofrezco las flores de la oración y del recuerdo agradecido e imperecedero. El Señor ha estado a su lado, queridos hermanos y hermanas, para sostenerlos; Él los ha guiado y consolado, y los ha llevado sobre alas de águila, como hizo con el antiguo pueblo de Israel, como hemos escuchado en la primera lectura. El águila, representada en la bandera de su País, los invita a tener esperanza, a poner siempre su confianza en Dios, que nunca defrauda, sino que está siempre a nuestro lado, especialmente en los momentos difíciles.

Hoy las puertas de Albania se han abierto y está madurando un tiempo de nuevo protagonismo misionero para todos los miembros del pueblo de Dios: todo bautizado tiene un lugar y una tarea que desarrollar en la Iglesia y en la sociedad. Que todos se sientan llamados a comprometerse generosamente en el anuncio del Evangelio y en el testimonio de la caridad; a reforzar los vínculos de solidaridad para promover condiciones de vida más justas y fraternas para todos. Hoy he venido para agradecerles su testimonio y también para animarlos a que se esfuercen para que crezca la esperanza dentro de ustedes y a su alrededor. No se olviden del águila. El águila no olvida el nido, pero vuela alto. ¡Vuelen alto! ¡Suban! He venido para animarles a involucrar a las nuevas generaciones; a nutrirse asiduamente de la Palabra de Dios abriendo sus corazones a Cristo, al Evangelio, al encuentro con Dios, al encuentro entre ustedes como ya hacen: a través de este encontrarse dan un testimonio a toda Europa.

En espíritu de comunión con los obispos, sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos, los animo a impulsar la acción pastoral, que es una acción de servicio, y a seguir buscando nuevas formas de presencia de la Iglesia en la sociedad. En particular, esta invitación la dirijo a los jóvenes. Había tantos en el camino del aeropuerto hasta aquí. Éste es un pueblo joven. Muy joven. Y donde hay juventud hay esperanza. Escuchen a Dios, Adoren a Dios y ámense entre ustedes como pueblo, como hermanos.

Iglesia que vives en esta tierra de Albania, gracias por tu ejemplo de fidelidad. No se olviden del nido, de su historia lejana, también de las pruebas; no se olviden de las heridas, pero no se venguen. Vayan adelante a trabajar con esperanza por un futuro grande. Muchos hijos e hijas de Albania han sufrido, incluso hasta el sacrificio de la vida. Que su testimonio sostenga sus pasos de hoy y de mañana en el camino del amor, en el camino de la libertad, en el camino de la justicia y sobre todo en el camino de la paz. Que así sea.



## III

**DISCURSO A LOS LÍDERES DE OTRAS RELIGIONES  
Y OTRAS DENOMINACIONES CRISTIANAS**

(Universidad Católica “Nuestra Señora del Buen Consejo”(Tirana), 21-9-2014)

Me alegro mucho de este encuentro con los responsables de las principales confesiones religiosas presentes en Albania. Mi saludo respetuoso a cada uno de ustedes y a las comunidades que representan; y gracias de corazón a Mons. Massafra por sus palabras de presentación e introducción. Es importante que estén aquí juntos: es signo del diálogo que viven día a día, intentando establecer entre ustedes relaciones fraternas y de colaboración por el bien de toda la sociedad. Gracias por cuanto hacen.

Albania ha sido tristemente testigo de la violencia y de las tragedias que se pueden producir si se excluye a Dios a la fuerza de la vida personal y comunitaria. Cuando, en nombre de una ideología, se quiere expulsar a Dios de la sociedad, se acaba por adorar ídolos, y enseguida el hombre se pierde, su dignidad es pisoteada, sus derechos violados. Ustedes saben bien a qué atrocidades puede conducir la privación de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, y cómo esa herida deja a la humanidad radicalmente empobrecida, privada de esperanza y de ideales.

Los cambios que se han producido a partir de los años 90 del siglo pasado han tenido también como efecto positivo la creación de las condiciones adecuadas para una efectiva libertad religiosa. Esto ha hecho posible que las comunidades reaviven tradiciones que nunca se habían apagado del todo, a pesar de las feroces persecuciones, y ha permitido que todos, también desde sus propias convicciones religiosas, puedan colaborar en la reconstrucción moral, antes que económica, del país.

En realidad, como dijo San Juan Pablo II en su visita a Albania en 1993, «la libertad religiosa [...] no es sólo un don precioso del Señor para cuantos tienen la gracia de la fe: es un don para todos, porque es la garantía fundamental para cualquier otra expresión de libertad [...]. La fe nos recuerda mejor que nadie que, si tenemos un único creador, todos somos hermanos. La libertad religiosa es un baluarte contra todos los totalitarismos y una aportación decisiva a la fraternidad humana» (*Mensaje a la Nación de Albania*, 25 de abril de 1993).

Pero inmediatamente es necesario añadir: «La verdadera libertad religiosa rehúye la tentación de la intolerancia y del sectarismo, y promueve

actitudes de respeto y diálogo constructivo» (*ibid.*). No podemos dejar de reconocer que la intolerancia con los que tienen convicciones religiosas diferentes es un enemigo particularmente insidioso, que desgraciadamente hoy se está manifestando en diversas regiones del mundo. Como creyentes, hemos de estar atentos a que la religión y la ética que vivimos con convicción y de la que damos testimonio con pasión se exprese siempre en actitudes dignas del misterio que pretende venerar, rechazando decididamente como no verdaderas, por no ser dignas ni de Dios ni de los hombres, todas aquellas formas que representan un uso distorsionado de la religión. La religión auténtica es fuente de paz y no de violencia. Nadie puede usar el nombre de Dios para cometer violencia. Matar en nombre de Dios es un gran sacrilegio. Discriminar en nombre de Dios es inhumano.

Desde este punto de vista, la libertad religiosa no es un derecho que garantiza únicamente el sistema legislativo vigente –lo cual es también necesario–: es un espacio común –como éste–, un ambiente de respeto y colaboración que se construye con la participación de todos, también de aquellos que no tienen ninguna convicción religiosa. Me permito indicar dos actitudes que pueden ser especialmente útiles en la promoción de la libertad religiosa.

La primera es ver en cada hombre y mujer, también en los que no pertenecen a nuestra tradición religiosa, no a rivales, y menos aún a enemigos, sino a hermanos y hermanas. Quien está seguro de sus convicciones no tiene necesidad de imponerse, de forzar al otro: sabe que la verdad tiene su propia fuerza de irradiación. En el fondo, todos somos peregrinos en esta tierra, y en este viaje, aspirando a la verdad y a la eternidad, no vivimos, ni individualmente ni como grupos nacionales, culturales o religiosos, como entidades autónomas y autosuficientes, sino que dependemos unos de otros, estamos confiados los unos a los cuidados de los otros. Toda tradición religiosa, desde dentro, debería lograr dar razón de la existencia del otro.

La segunda actitud es el compromiso en favor del bien común. Siempre que de la adhesión a una tradición religiosa nace un servicio más convencido, más generoso, más desinteresado a toda la sociedad, se produce un auténtico ejercicio y un desarrollo de la libertad religiosa, que aparece así no sólo como un espacio de autonomía legítimamente reivindicado, sino como una potencialidad que enriquece a la familia humana con su ejercicio progresivo. Cuanto más se pone uno al servicio de los demás, más libre es.

Miremos a nuestro alrededor: cuántas necesidades tienen los pobres, cuánto les falta aún a nuestras sociedades para encontrar caminos hacia una justicia social más compartida, hacia un desarrollo económico inclusivo. El alma humana no puede perder de vista el sentido profundo de las ex-

perencias de la vida y necesita recuperar la esperanza. En estos ámbitos, hombres y mujeres inspirados en los valores de sus tradiciones religiosas pueden ofrecer una ayuda importante, insustituible. Es un terreno especialmente fecundo para el diálogo interreligioso.

Y además, quisiera referirme a una cosa que es siempre un fantasma: el relativismo, “todo es relativo”. A este respecto, hemos de tener presente un principio claro: no se puede dialogar si no se parte de la propia identidad. Sin identidad no puede haber diálogo. Sería un diálogo fantasma, un diálogo en el aire: sin valor. Cada uno de nosotros tiene su propia identidad religiosa, a la que es fiel. Pero el Señor sabe cómo hacer avanzar la historia. Cada uno parte de su identidad, pero sin fingir que tiene otra, porque así no vale y no ayuda, y es relativismo. Lo que nos une es el camino de la vida, es la buena voluntad de partir de la propia identidad para hacer el bien a los hermanos y a las hermanas. Hacer el bien. Y así, como hermanos, caminamos juntos. Cada uno de nosotros da testimonio de su propia identidad ante el otro y dialoga con él. Después el diálogo puede avanzar más sobre cuestiones teológicas, pero lo que es más importante y hermoso es caminar juntos sin traicionar la propia identidad, sin ocultarla, sin hipocresía. A mí me hace bien pensar esto.

Queridos amigos, les animo a mantener y a desarrollar la tradición de buenas relaciones entre las comunidades religiosas presentes en Albania, y a sentirse unidos en el servicio a su querida patria. Con un poco de sentido del humor, se podría decir que esto es como un equipo de fútbol: los católicos contra los otros, pero todos juntos, por el bien de la patria y de la humanidad. Sigán siendo signo, para su país y para los demás países, de que son posibles las relaciones cordiales y de fecunda colaboración entre hombres de diversas religiones. Y les pido un favor: recen por mí. También yo lo necesito, lo necesito mucho. Gracias.



#### IV

### DISCURSO A LOS SACERDOTES Y RELIGIOSOS

Me alegro de poder tener este encuentro con ustedes en su querida tierra; doy gracias al Señor y les agradezco a todos su acogida. Así les puedo expresar mejor mi apoyo a su tarea evangelizadora.

Cuando su país salió de la dictadura, las comunidades eclesiales se pusieron en marcha de nuevo y reorganizaron la acción pastoral, afrontando con esperanza el futuro. Quiero expresar especialmente mi reconocimiento a aquellos pastores que pagaron un alto precio por su fidelidad a Cristo y por su decisión de permanecer unidos al Sucesor de Pedro. Fueron valientes ante las dificultades y las pruebas. Todavía se encuentran entre nosotros sacerdotes y religiosos que sufrieron cárcel y persecución, como la hermana y el hermano que han compartido su propia experiencia. Los abrazo conmovido y alabo a Dios por su fiel testimonio, que estimula a toda la Iglesia a seguir anunciando el Evangelio con alegría.

A partir de esta experiencia, la Iglesia en Albania puede crecer en espíritu misionero y en entrega apostólica. Conozco y valoro cómo se oponen decididamente a las nuevas formas de “dictadura” que amenazan con esclavizar a los individuos y a las comunidades. Si el régimen ateo intentaba acabar con la fe, estas dictaduras, de forma más encubierta, pueden hacer desaparecer la caridad. Me refiero al individualismo, a la rivalidad y a los enfrentamientos exacerbados: es una mentalidad mundana que puede contagiar también a la comunidad cristiana. No se desanimen ante estas dificultades, no tengan miedo de mantenerse en el camino del Señor. Él está siempre a su lado y los asiste con su gracia para que se apoyen unos a otros, para que sean comprensivos y misericordiosos y acepten a cada uno como es, para que cultiven la comunión fraterna.

La evangelización es más eficaz cuando cuenta con iniciativas compartidas y con una sincera colaboración entre las diversas realidades eclesiales y entre los misioneros y el clero local: esto requiere determinación para no cejar en la búsqueda de formas de trabajo común y de ayuda recíproca en los campos de la catequesis, de la educación católica, así como en la promoción humana y en la caridad. En estos ámbitos, es valiosa también la aportación de los movimientos eclesiales, dispuestos a planificar y trabajar en comunión con sus Pastores y entre ellos. Es lo que veo aquí: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, una Iglesia que quiere caminar en fraternidad y en unidad.

Cuando el amor a Cristo está por encima de todo, incluso de las legítimas exigencias particulares, entonces es posible salir de uno mismo, de nuestras “minucias” personales y grupales, y salir al encuentro de Jesús en los hermanos; sus llagas son todavía visibles hoy en el cuerpo de tantos hombres y mujeres que tienen hambre y sed, que son humillados, que están en la cárcel o en los hospitales. Y precisamente tocando y sanando con ternura esas llagas, es posible vivir en profundidad el Evangelio y adorar a Dios vivo en medio de nosotros.

¡Son muchos los problemas que se presentan cada día! Todos ellos los estimulan a lanzarse con pasión a una generosa actividad apostólica. Sin

embargo, sabemos que nosotros solos no podemos hacer nada: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (*Sal* 127,1). Esta certeza nos invita a dar cada día el espacio debido al Señor, a dedicarle tiempo, a abrirle el corazón, para que actúe en nuestra vida y en nuestra misión. Lo que el Señor promete a la oración confiada y perseverante supera cuanto podamos imaginar (cf. *Lc* 11,11-12): además de lo que pedimos, nos da también el Espíritu Santo. La dimensión contemplativa es así indispensable en medio de los compromisos más urgentes e importantes. Cuanto más nos llama la misión a ir a las periferias existenciales, más siente nuestro corazón la íntima necesidad de estar unido al de Cristo, lleno de misericordia y de amor.

Y teniendo en cuenta que aún se necesitan más sacerdotes y consagrados, el Señor les repite también hoy a ustedes: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9,37-38). No podemos olvidar que esta oración está precedida por una mirada: la mirada de Jesús que ve la abundancia de la cosecha. ¿Tenemos también nosotros esta mirada? ¿Sabemos reconocer la abundancia de los frutos que la gracia de Dios ha hecho crecer y la labor que hay que hacer en el campo del Señor? De esta mirada de fe sobre el campo de Dios, nace la oración, la petición cotidiana e insistente al Señor por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Ustedes, queridos seminaristas, y ustedes, queridos postulantes y novicios, son fruto de esta oración del pueblo de Dios, que siempre precede y acompaña su respuesta personal. La Iglesia de Albania tiene necesidad de su entusiasmo y de su generosidad. El tiempo que hoy dedican a una sólida formación espiritual, teológica, comunitaria y pastoral, dará fruto oportuno en su futuro servicio al pueblo de Dios. La gente, más que maestros, busca testigos: testigos humildes de la misericordia y de la ternura de Dios; sacerdotes y religiosos configurados con Cristo Buen Pastor, capaces de comunicar a todos la caridad de Cristo.

En este sentido, junto a ustedes y a todo el pueblo de Albania, quiero dar gracias a Dios por tantos misioneros y misioneras, cuya acción ha sido determinante para que la Iglesia resurja en Albania y todavía hoy sigue teniendo gran relevancia. Ellos han contribuido notablemente a consolidar el patrimonio espiritual que obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos albaneses conservaron en medio de durísimas pruebas y tribulaciones. Pensemos en el gran trabajo hecho por los institutos religiosos para el relanzamiento de la educación católica: este trabajo merece reconocimiento y apoyo.

Queridos hermanos y hermanas, no se desanimen ante las dificultades; siguiendo las huellas de sus antepasados, den testimonio de Cristo con perseverancia, caminando “juntos con Dios, hacia la esperanza que no

defrauda”. En este camino, siéntanse siempre acompañados y sostenidos por el afecto de toda la Iglesia. Les agradezco de corazón este encuentro y encomiendo a cada uno de ustedes y a sus comunidades, sus proyectos y esperanzas a la Santa Madre de Dios. Los bendigo afectuosamente y les pido, por favor, que recen por mí.



## V

### **DISCURSO A LOS NIÑOS DEL CENTRO BETANIA Y A ASISTIDOS DE OTROS CENTROS CARITATIVOS DE ALBANIA**

(Iglesia del Centro Betania (Tirana), 21-9-2014)

Les agradezco de corazón su gozosa acogida. Y, sobre todo, les agradezco la hospitalidad que cada día dan a tantos niños y adolescentes necesitados de atención, de ternura, de un ambiente sereno y de personas amigas, que sean también verdaderos educadores, ejemplos de vida, y en las que encuentren apoyo.

En lugares como éste, todos confirmamos nuestra fe, se nos hace más fácil creer, porque vemos la fe hecha caridad concreta. La vemos dar luz y esperanza a situaciones de gran dificultad; vemos que se enciende de nuevo en el corazón de personas tocadas por el Espíritu de Jesús, que decía: «*El que acoge a un niño como éste en mi nombre me acoge a mí*» (Mc 9, 37). Esta fe que actúa en la caridad mueve las montañas de la indiferencia, de la incredulidad y de la indolencia, y abre los corazones y las manos para hacer el bien y difundirlo. La Buena Noticia de que Jesús ha resucitado y está vivo en medio de nosotros pasa a través de gestos humildes y simples de servicio a los pequeños.

Además, este *Centro* demuestra que es posible la convivencia pacífica y fraterna entre personas de distintas etnias y diversas confesiones religiosas. Aquí las diferencias no impiden la armonía, la alegría y la paz; es más, se convierten en ocasión para profundizar en el conocimiento y en la comprensión mutua. Las diversas experiencias religiosas se abren al amor respetuoso y operante con el prójimo; cada comunidad religiosa se expresa con el amor y no con la violencia, no se avergüenza de la bondad. Quien

cultiva la bondad en su interior recibe a cambio una conciencia tranquila, una alegría profunda aun en medio de las dificultades y de las incomprendiones. Incluso ante las ofensas recibidas, la bondad no es debilidad, sino auténtica fuerza, capaz de renunciar a la venganza.

El bien es premio en sí mismo y nos acerca a Dios, Sumo Bien. Nos hace pensar como Él, nos hace ver la realidad de nuestra vida a la luz de su proyecto de amor para cada uno de nosotros, nos permite disfrutar de las pequeñas alegrías de cada día y nos sostiene en las dificultades y en las pruebas. El bien paga infinitamente mejor que el dinero, que nos defrauda porque hemos sido creados para recibir y comunicar el amor de Dios, y no para medir las cosas por el dinero y el poder, que es el peligro que nos mata a todos.

Queridos amigos, en su saludo, la Directora ha recordado las etapas que ha recorrido su asociación y las obras que han nacido de la intuición de la fundadora, la Señora Antonietta Vitale –a la que saludo cordialmente y agradezco su acogida–, ha subrayado la ayuda de los bienhechores y el desarrollo de las diversas iniciativas. Ha hablado de la gran cantidad de niños amorosamente acogidos y atendidos. Mirjan, por su parte, ha dado testimonio de su experiencia personal, de su entusiasmo y gratitud por un encuentro que ha transformado su existencia y le ha abierto nuevos horizontes, con nuevos amigos y con un Amigo todavía más grande y mejor que los demás: Jesús. Ha dicho una cosa muy significativa a propósito de los voluntarios que colaboran aquí; ha dicho: «*Desde hace 15 años se sacrifican con alegría por amor a Jesús y a nosotros*». Es una frase que revela cómo entregarse por amor a Jesús produce alegría y esperanza, y cómo servir a los hermanos se transforma en reinar con Dios. Estas palabras de Mirjan-Paolo pueden resultar paradójicas para buena parte de nuestro mundo, que no acaba de comprenderlas y ansía encontrar la clave de la propia existencia en las riquezas terrenas, en el poder y en la pura diversión, donde sólo encuentra alienación y confusión.

El secreto de una existencia plena es amar y entregarse por amor. Ahí se encuentra la fuerza para “*sacrificarse con alegría*”, y el compromiso más exigente se convierte en fuente de mayor alegría. Así no asustan las opciones de vida definitivas, que aparecen, a su verdadera luz, como un modo de realizar plenamente la libertad personal.

Que el Señor Jesús y su Madre, la Virgen María, bendigan su Asociación, este *Centro Betania* y los otros centros que la caridad ha hecho surgir y la Providencia crecer. Que bendigan a todos los voluntarios, a los bienhechores y a todos los niños y adolescentes. Su patrón, san Antonio de Padua, los acompañe en el camino. Continúen con confianza sirviendo al Señor en los pobres y en los abandonados, y pidiéndole que los corazones y las

mentes de todos se abran al bien, a la caridad operante, fuente de auténtica alegría. Les pido, por favor, que recen por mí y de corazón los bendigo.



## VI

### RUEDA DE PRENSA DURANTE EL VUELO DE REGRESO A ROMA

(21-9-2014)

(Padre Lombardi) – *Estamos muy agradecidos al Santo Padre por estar con nosotros al final de una jornada tan agotadora. Está dispuesto a contestar algunas preguntas, pero pocas y sobre el viaje. Y hemos decidido que las hagan nuestros tres colegas albaneses, que han realizado todo el viaje con nosotros: fueron a Roma precisamente para viajar con usted, y ahora regresan de nuevo Roma para concluir la experiencia con usted. Son de tres televisiones albanesas. Empezamos con la señora Mira Tuci, de la Televisión Nacional Albanesa.*

(Periodista) – *Su Santidad llevaba una idea en su mente para los albaneses, para Albania: cómo el albanés ha sufrido, pero es también tolerante. ¿Ha encontrado alguna otra cualidad en los albaneses con los que ha entrado en contacto? ¿Son éstas las actitudes adecuadas para hacer volver el águila al nido?*

(Papa Francisco) – *Diría que he precisado un poco esas cosas que usted dice. El sufrimiento que ustedes los albaneses han pasado lo he visto más de cerca. En cuanto a lo de *tolerante*, cambio la palabra. El albanés no es *tolerante*; es *hermano*. Tiene la capacidad para la fraternidad, que es más. Y esto se ve en la convivencia, en la colaboración entre los musulmanes, los ortodoxos y los católicos. Colaboran, pero como hermanos, ¿no? Y, además, otra cosa que me ha llamado la atención desde el primer momento es la juventud del país. Cuando he hecho este comentario, me han dicho que es el país más joven de Europa. Albania tiene –se ve claramente– un desarrollo superior en la cultura y también en la gobernanza gracias a esta fraternidad.*

(Periodista) – *Su Santidad, recorriendo el bulevar central de Tirana, con las fotografías de los clérigos martirizados durante el régimen comunista,*

*en un país al que le fue impuesto el ateísmo de Estado hasta hace 25 años, ¿ha tenido algún sentimiento particular?*

(Papa Francisco) – Hace dos meses que vengo estudiando un poco ese período difícil de Albania para entenderlo. He estudiado también un poco sus orígenes. Ustedes tienen unas raíces culturales bellísimas y recias, de gran cultura desde el principio. He estudiado este período y sí fue un período cruel: el nivel de crueldad fue terrible. Cuando veía estas fotografías... –pero no sólo los católicos, también ortodoxos, también los musulmanes–, pensaba en las palabras que les decían: “No debes creer en Dios”. –“Sí, yo creo”. Pam, y acababan con él. Por eso digo que las tres religiones han dado testimonio de Dios y ahora dan testimonio de fraternidad.

(Periodista) – *Su Santidad, usted ha visitado Albania, un país de mayoría musulmana. Pero la visita ha tenido lugar en un momento difícil de la situación global. Usted mismo ha dicho que la tercera guerra mundial ya ha comenzado. ¿El mensaje de su visita es sólo para los albaneses o va más allá?*

(Papa Francisco) – No: va más allá. Va más allá. Albania ha hecho un camino de paz, de convivencia y de colaboración que va más allá, va a otros países que tienen igualmente varias raíces étnicas. Usted ha dicho: “un país de mayoría musulmana”; sí, pero no es un país musulmán. Es un país europeo. Para mí esto ha sido una sorpresa. Albania es un país europeo, precisamente por su cultura –la cultura de convivencia, también por la cultura histórica que ha tenido–.

(Periodista) – *Acaba de hacer este viaje a Albania, que está en Europa, ¿cuáles serán los próximos?*

(Papa Francisco) – Sí: no puedo cambiar la geografía. Los próximos viajes serán el 25 de noviembre a Estrasburgo, Consejo de Europa y Parlamento Europeo, los dos. Y luego, el 28 –quizás– a Turquía, para estar allí en la fiesta del día 30, San Andrés, con el Patriarca Bartolomé.

(Periodista) – *Santidad, hemos percibido que usted tiene una visión de Albania un poco diversa de la que tienen los europeos, es decir: nosotros vemos a Europa casi como la Unión Europea; usted ha querido que el primer país europeo que visita sea un país de la periferia, que no pertenece a la Unión Europea. ¿Qué puede decir a los que miran sólo a la Europa de los “poderosos”?*

(Papa Francisco) – Que es un mensaje, este viaje mío, es un signo: es un signo que quiero hacer.

(Periodista) – *Creo que es la primera vez que lo hemos visto llorar; se conmovió en aquel encuentro: pienso que ha sido el momento más conmovedor de todo el viaje.*

(Santo Padre) – Oír hablar a un mártir de su propio martirio es duro. Creo que todos los que estábamos allí nos emocionamos: todos. Y esos testigos hablaban como si se tratase de otro, con una naturalidad, con una humildad... A mí me ha hecho bien esto. Muchas gracias y que tengan buena cena.





## ÍNDICE GENERAL

*Páginas*

EL ARZOBISPO	<b>Homilías</b>	
	Fiesta de Nuestra Señora de Altamira .....	773
	Fiesta de Nuestra Señora de las Viñas .....	776
	Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz .....	779
	Inauguración del curso en el Seminario Menor .....	781
	Encuentro nacional de Cofradías del Rosario .....	784
	<b>Mensajes</b>	
	Vuelta a la vida de cada día .....	787
	La familia cristiana ante el nuevo curso .....	789
	Un pequeño gran libro para el nuevo curso .....	790
Un nuevo intercesor para los burgaleses .....	792	
	<b>Agenda del Sr. Arzobispo</b>	
	Agenda del mes de septiembre .....	794
CURIA DIOCESANA	<b>Secretaría General</b>	
	Nombramientos .....	796
SECCION PASTORAL E INFORMACION	<b>Novena a Santa María la Mayor</b>	
	Homilías pronunciadas durante la novena por los sacerdotes del arciprestazgo de San Juan de Ortega ...	798
	<b>Comisión de Iniciación Cristiana</b>	
	Confirmación de adultos curso 2014-2015 .....	821
	<b>Delegación de infancia y juventud</b>	
	Comenzamos .....	823
	<b>Noticias de interés</b>	
	Noticias de interés diocesano .....	825

COMUNICADOS  
ECLESIALES

**Santo Padre**

Discurso a los sacerdotes de Caserta .....	827
Audiencia General (6-8-2014) .....	837
Audiencia General (20-8-2014) .....	839
Audiencia General (27-8-2014) .....	841
Audiencia General (3-9-2014) .....	844
Audiencia General (10-9-2014) .....	846
Audiencia General (17-9-2014) .....	848
Audiencia General (24-9-2014) .....	851

**Visita Apostólica a Albania**

Discurso a las autoridades .....	853
Homilía en la Santa Misa .....	855
Discurso a los líderes de otras religiones y denomina- ciones cristianas .....	858
Discurso a los sacerdotes y religiosos .....	860
Discurso a niños y asistidos .....	863
Rueda de prensa en el viaje de vuelta a Roma .....	865



